REVELACIONES

DE ULTRATUMBA

NOVELA ORIJINAL

POR

Ramon Pacheco.

SANTIAGO DE CHÎLE: IMPRENTA SANTIAGO, TEATINOS NUM 42. 1876

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La monja endemoniada, dos volúmenes con 724 pjs.

El puñal i la sotana o las víctimas de una venganza,

—dos volúmenes con 958 pjs.

Los triunfos i percances de una coqueta, un volúmen —con 374 pjs.

Una beata i un bandido, un volúmen con 246 pjs.

Un legado que vale millones.

summation of the second second

ploy an committee no L. Nicoto

Allá en la infancia, cuando mi alma conservaba intacta su fantasía, pasé noches mui agradables o mui tristes, segun eran los cortos romances que un amigo me narraba.

Mas de una vez brotó una lágrima de mi corazon de niño, i mas de una vez, tambien, mi tierna imajinacion quiso penetrar los misterios que encerraban aquellas historias referidas con un lenguaje pintoresco i elevado; pero mis ideas se perdian en las conjeturas, como se pierde la accion de nuestra vista, en la inmensidad del firmamento.

El que me contaba esas bellas baladas, jamas quiso levantar el velo que cubria la parte principal del cuadro; i cuando yo lo compelia a que lo hiciese, me contestaba:

—Una luz mui viva, ciega; i yo quiero que tú veas siempre. Si llegas a hombre, te revelaré todo.

- —Pero, le decia yo; usted me cuenta hechos maravillosos, estraordinarios, ¿porqué no esplicarme las causas que los producian?
- —Porque tú no estás en estado de comprenderlas. Escucha por ahora, medita despues en ello si quieres, i mas tarde verás por completo la luz.

I tras de estos diálogos, me relataba otras historias en que figuraban nuevos personajes, pero siempre en distintas e interesantes escenas.

El destino quiso que yo llegara a hombre; pero él murió el año 1865 poniendo en mis manos un voluminoso rollo de papeles cerrado con lacre negro.

-Toma, me dijo: guarda eso que vale mucho....

No tuvo tiempo de decir mas i espiró.

—Aquí, me dije, encontraré sin duda alguna la esplicacion de las maravillas que me ha narrado.

Iba a romper el sello, cuando ví que en la cubierta se hallaba escrito lo siguiente:

Este paquete se abrirá el dia I.º de mayo de 1876.

Si mueres ántes de la fecha indicada, ordena a quien tengas seguridad de que cumplirá tu órden, que entierre este paquete sin que nadie lo lea. Deberá cuidarse al enterrarlo de que la accion de la humedad no lo destruya. Si tal hicieres, Dios te bendiga; si faltares a lo que dejo mandado, EL te lo demande.

SIMON.

Se comprenderá que la lectura de esta órden, i la posesion de esos papeles, exacerbó mi curiosidad hasta lo infinito.

Era innegable que ahí encontraria la esplicacion que tanto habia anhelado, i que seria mui importante a juzgar por las misteriosas medidas que se tomaban al comunicármela.

Mil veces, arrastrado por el deseo, seducido por el recuerdo de las fantásticas historias que Simon me habia contado, llevé mi mano hasta el negro sello para destrozarlo i satisfacer en seguida mi imperiosa curiosidad; pero pronto el respeto que debemos a las ordenes de un moribundo, contuvo mi brazo i calmó mi tentacion.

II.

Llegó por fin el 1.º de mayo de 1876, o mas bien el 30 de abril, porque de antemano habia pensado que a las doce de la noche ya era libre para abrir el paquete.

Ese dia me levanté mui temprano, a causa de que en la noche me habia sido imposible dormir; i cuando me hube cerciorado de que el legajo estaba en su lugar, me lancé a la calle para no caer en la falta de abrirlo ántes del término fijado.

Pero era tanta la impaciencia que me devoraba, que salí diez veces i volví otras tantas; i a varios amigos que quisieron detenerme, los dejé con la palabra en los labios, so pretesto de urjentísimas ocupaciones.

Tenia fiebre, la fiebre de la curiosidad, que es acaso la mas vehemente de todas, i por esto en aquel dia ni almorcé, ni comí, sino que saqué mil veces el reloj i lo llevé mas de cien veces al oido temeroso de que hubiese dejado de correr.

Se me hará justicia: hacia doce años, es decir, cuatro mil trescientos ochenta dias, o mas bien, ciento cinco mil, ciento veinte horas que esperaba ese momento.

A la oracion me encerré en mi pieza i encendí una lámpara.

Puse el manuscrito i el reloj frente a mí, bajo mi vista. ¿A qué hora darian las doce?— La respuesta estaba en la misma pregunta, pero yo no lo queria comprender así.

Cuando mi reloj marcaba las ocho solamente, creí que estaba descompuesto i fuí a confrontar la hora con otros. ¡Desgracia inaudita! Andaba el mio un cuarto adelante! ya no podia de buena fe abrir el paquete hasta que mi reloj marcase las doce i cuarto!... ¡Quince minutos mas de espera por mi impaciencia!

Volví a mi aposento resuelto a no moverme, a fin de que alguna otra desgracia no retardara mi satisfaccion.

¡Qué de argumentos durante aquel tiempo para anticiparme a la media noche, hora en que debia principiar el primer dia de mayo! ¡Pensé hasta en que podia morirme de repente i no llenar mis deseos.

Por fin, ya no faltaban mas que diez minutos!...; Ocho!... cinco,... dos.....

¡Las doce i cuarto!.....

¡Hice pedazos el sello, luego el papel, luego otro mas!.....

¡Temblaba como un paralítico, i en mi cabeza ardia un volcan!...

Al desgarrar la última cubierta, cayó un papel plegado en forma de carta. Lo demas era un voluminoso cuaderno.

Tomé precipitadamente la carta, la abrí, i hé aquí lo que contenia:

III.

"Si has guardado mis órdenes, bendito seas, porque habrás llegado a la edad en que tu razon será clara i tu intelijencia capaz de comprender.

"Si quieres ser feliz, mui feliz, lée atentamente la historia que te lego i que podrás legar a la posteridad si así lo crees conveniente.

"Ella es un tesoro, si eres pobre.

"Un consuelo, si eres desgraciado.

"Una luz, si eres ciego.

"Te dejo una herencia que vale millones: sabe aprovecharla.

"Te dejo la llave de la felicidad: ve que no la pierdas "Si aprovechas mi ciencia i la estiendes, la posteridad te elevará estátuas mas bien que a Colon.

"Colon no descubrió mas que un pedazo de mundo, i el descubrimiento que yo te lego es mil, un millon de veces mas valioso.

"Yo no he querido aprovechar ese tesoro porque me habria envanecido.

"No he querido mostrarlo al mundo, porque como sucedió a Colon, talvez me habrian tenido por visionario.

"Tu sí que podrás hacerlo: doce años mas de vida para el universo al paso que camina, habrán madurado su razon, lo mismo que sucederá con la tuya.

"Vas a tener la esplicacion de lo que te contaba en tu infancia.

"Vas a tener el complemento del cuadro que tantas veces contemplaste con ojos deslumbrados.

"No temo ya que lo conozcas en todas sus partes, porque sé que te convencerás de que digo la verdad.

"No temo ya indicarte el derrotero de ese tesoro tanto tiempo escondido, porque sé que inmediatamente tomarás la azada para desenterrarlo.

"Pero si la duda asalta tu espíritu, nada hagas.

"Pero si no logro llevar a tu alma el convencimien to, no des un solo paso.

"Escribo estas líneas, porque sé que voi a morir.

"He escrito lo que te acompaño, porque supe que no habia de llegar a la vejez.

"Temiendo que hayas olvidado algo de lo que te he narrado, he escrito la historia completa de los personajes que ya tú conoces por mis descripciones.

"No te horrorices si encuentras crímenes, porque los crímenes son inherentes a las pasiones del hombre.

"La historia que vas a leer, es la historia de la humanidad: aquí el crímen, allá la virtud; o bien, el crímen codeándose con la virtud.

IV.

Cuando concluí de leer lo que antecede, dejé el papel sobre la mesa i me entregué a un instante de recojimiento.

El recuerdo de aquel buen amigo, desterró por largo rato mi curiosidad, i durante muchos minutos me ocupé tan solo de él.

Me parecia verlo: siempre tranquilo, siempre sonriendo de un modo triste que inclinaba en su favor. Me parecia escuchar aun su voz llena de cierta armonía melancólica que llegaba hasta el corazon.

Confieso que me detuve bien poco en estas reflecciones. Tenia un vivísimo interes en recorrer aquellas pájinas.

-¡A la obra! me dije echando mano al manuscrito.

Si el lector quiere conocerlo a su vez, no tiene mas que continuar la lectura de este libro, i se convencerá de si tiene o nó el mérito que le atribuyó Simon.

Una historia increible.

El 14 de enero de 18..., a las siete de la noche, se abria por la sesta vez, para dar paso a un caballero, la puerta de una casa situada en la calle de los Huérfanos.

El que entraba, se dirijió a una sala lujosamente amueblada donde se hallaban sentados alrededor de una mesa con cubierta de mármol, seis caballeros que lo saludaron con notables muestras de aprecio.

Uno de los mas jóvenes, que contaria treinta i dos años, indicó al recien llegado la única silla de brazos que quedaba desocupada inmediata á la mesa, i le dijo:

—Solo a tí esperaba, Anselmo, para comunicar a ustedes el objeto con que he querido reunirlos aquí como a mis mas íntimos amigos.

El que así hablaba, era un jóven alto, delgado, de frente despejada, de mirada poderosa i al mismo tiempo melancólica. Sus blancos dientes resaltaban entre su bigote negro como azabache, i su barba profusa i rizada como su cabello. En resúmen, era un hombre que, sin ser hermoso, poseia ese vigor en las formas i esa dulzura en las líneas, que a nuestro parecer tanto agrada al sexo que ha aceptado el nombre de bello.

Guillermo, tal era el nombre de nuestro personaje, tenia a mas otras cualidades que lo recomendaban altamente. Sus labios eran finos i mui lacres, i formaban un agradable contraste con sus mejillas que eran mui blancas i pálidas. Su conversacion era regularmente amena, su trato mui fino, i tenia el don de hacerse querer de todos.

No se estrañará, pues, que los amigos de Guillermo esperaran con interes la confidencia que les habia prometido, i que apénas el nombrado Anselmo ocupó la silla que le habian designado, todos dirijieran su vista al primero como interrogándolo.

—No os asombreis, dijo al fin Guillermo, que haya tomado ciertas medidas que parecerán nimiedades. Se trata, amigos mios, talvez de mi porvenir, talvez de mi vida, o qué se yo de qué. Como es tan raro lo que voi a comunicaros, no estrañeis, tampoco, que os haga una pregunta que va a pareceros ridícula, o que va a haceros consentir en que tenga algun fundamento mi temor.

Guillermo calló un instante i luego preguntó:

—Decidme con toda franqueza: ¿habeis visto en mí, de algun tiempo a esta parte, algo que haga creer que me estoi volviendo loco?

Miráronse unos a otros, ya sonriendo, ya admirados, hasta que al fin uno de ellos contestó:

--Por mi parte, Guillermo, te diré que si no fuera

porque sé que tú jamas te chanceas, creeria que ahora lo haces.

- —I yo, dijo otro, estoi tan léjos de creerte loco, que trocaria con toda mi alma, mi cordura por la tuya.
- -¡Qué gracia! I yo tambien! dijo un tercero.
- —Entónces, dijo Guillermo, quede sentado que no estoi loco ni lo he estado. ¡Ojalá podais decirme al fin de esta conferencia. lo que me decís ahora!.....
- -Sabeis, agregó, tras un instante de pausa, que hace algun tiempo que me cupo en suerte sufrir una desgracia horrible que me tuvo a las puertas del sepulcro. Desde entónces, mi vida ha sido triste i solitaria, i creedme que mil veces he preferido a vuestra compañía, el encerrarme en nn cuarto tan solo como mi alma. ¡Dios sabe lo que he sentido i pensado en esos momentos de lúgubre meditacion! Como cristiano, he renegado de Dios llamándolo injusto; como hombre, he maldecido la amarga vida que me habian dado; i a no ser porque encontraba un secreto encanto en padecer, mil veces habria atentado contra mi vida. Vosotros sois testigos de mis desgracias, como tambien lo sois de mis dolores: vosotros podreis, pues, comprender, qué habré sufrido en esta casa, alhajada con la sonrisa de la esperanza, i cubierta ahora de una desgarradora realidad. Junto conmigo habeis recorrido los aposentos donde hai oro, estátuas i seda: habeis admirado el arte i la riqueza, i talvez os hayais dicho: quien esto posee es imposible que por largo tiempo sea infeliz.

Os habeis equivocado, amigos mios: mil veces, poseido de un delirio de destruccion, he corrido con un martillo en la mano para hacer trizas esas estatuas que sonrien de mi infortunio o lloran un finjido dolor; i ese oro, i esas obras de arte que tanto han llamado vuestra atencion, para mí valen tanto como la franja de un ataud. Me direis que porqué no me he deshecho de todo, que porqué he querido permanecer en el sitio que me recuerda a cada paso mi horrendo infortunio. ¡Ah! preguntad al prisionero porqué le gusta conservar los hierros que durante largos años aprisionaron sus piés!.....

—Pero veo que me estiendo en una inútil digresion, dijo Guillermo despues de lanzar un profundo suspiro. Yo no os he llamado para contaros mis pesares, sino para deciros lo que me sucede. No creais por un momento que quiero chancearme, ni que sea una fascinacion la que padezco. Si hoi me resuelvo a hablaros, es porque ya estoi convencido de la realidad. Oid pues.

A los veinte o treinta dias de mi desgracia, me hallaba precisamente en esta sala, i apoyado en el mármol de esta mesa. Pensaba en lo único en que me era dado pensar entónces, cuando de repente sentí que abrian esa puerta que dá a mi dormitorio. Miré, pero la puerta permanecia tal cual está ahora, es decir, cerrada; sin embargo, los goznes seguian crujiendo cual si la abrieran pausadamente. Creí que soñaba, i para convencerme de que no era así, me levanté, pasé las

manos por mi frente, anduve de un lado a otro i volví a sentarme. El ruido de la puerta dejó de oirse, però en cambio sentí el roce de un vestido de mujer i unos lijeros pasos que se acercaban a mí. Cesaron estos i el roce del vestido, e inmediatamente sentí crujir la cubierta de esta mesa, i ví que se suspendia del lado en que yo me apoyaba, como si álguien la hubiese cargado en el estremo opuesto.

Un terror vago se apoderó de mí. Estaba enteramente solo, i esta misma lámpara alumbraba la pieza.

—Vamos, me dije para animarme; el mismo estado en que está mi corazon, infunde fantasías a mi cerebro. Voi a recojerme.

Apénas formulado este pensamiento, sentí que la cubierta de la mesa cedia al peso de mi brazo, como si la hubieran descargado del otro estremo.

No hice caso tampoco de esto, i me levanté para dirijirme al dormitorio. Pero no bien habia dado algunos pasos, cuando of distintamente el roce del vestido i los mismos rumores que ya habia oido anteriormente; pero esta vez me seguian al dormitorio i llegaron hasta mui cerca de mi cama.

Poseido ya de un verdadero miedo, miré a todas partes por si algo veia; i como en esto me demoré unos cuantos minutos, oí que álguien, o mas bien dicho, oí que una mujer se sentaba en la silla de brazos que tengo a los piés del catre. I al afirmar que fué una mujer, es porque el ruido de sus vestidos, no dejaba lugar a dudarlo.

Pasó un cuarto de hora sin que yo me atreviese a mover un dedo; i como durante ese tiempo no oí el menor ruido, fui poco a poco tranquilizándome hasta que por fin me desnudé i me acosté.

No hice mas que apagar la luz, cuando oí que se paraban de la silla, luego que daban algunos pasos, i por fin que se sentaban a los piés de mi cama.

He oido crujir el catre: he sentido que los cobertores corrian un poquito hácia los pies, al hundirse en los colchones con el peso de la persona que los cargaba; i en fin, he sentido real i patentemente todo lo que se oye i se siente cuando álguien viene a sentarse en el lecho que ocupamos.

Confieso que comencé a perder el miedo con la idea de que aquello no debia ser mas que una ilusion de mis sentidos, o una larga pesadilla. Para convencerme al dia siguiente de si estaba dormido o despierto, rasgué un pedazo a la funda de una de mis almohadas, i pasé casi toda la noche ocupado en recordar las menores incidencias de aquel estraño suceso.

Al amanecer, ví la funda rota i que todo estaba tal cual yo lo habia dejado. No podia, pues, ser una ilusion. Era cierto que se habian sentado en mi lecho, que se habian apoyado en la mesa, i que me habian seguido hasta mi dormitorio.

Pero pasó esto, i he aquí lo que sucedió algunas no-

Para distraer un poco mi melancolía, me propuse

leer i fuí al armario a buscar alguna obra que fuese capaz de hacerlo.

Antes de que yo dirijese la vista a los libros se desprendió uno de una tabla, i no diré cayó, sino que llegó suavemente a mi mano.

Estuve al dar gritos, al huir, pero me contuve i dije:

—Talvez sea una ilusion de mis sentidos; no quiero ponerme en ridículo.

Me dirijí a la mesa i dejé sobre ella el libro sin abrirlo. Por mucho que fuera mi valor, sentí que me abandonaba, i en vez de leer, pensé en salir a la calle.

Pero el libro, sin tocarlo yo, i teniendo mis manos a gran distancia, se abrió en la mitad.

Arrojé un grito de terror, i me quedé yerto, mirando el libro con ojos espantados.

Al grito, acudió un criado preguntándome:

—¿ Qué le sucede, señor?

Estuve al confesarle lo que me aterrorizaba; pero temiendo siempre al ridículo, me dominé i le dije:

-Tráeme un vaso de agua.....

Cuando hubo pasado cerca de un cuarto de hora, cuando se hubo desvanecido mi primera impresion, maquinalmente fijé la vista en el libro. La parte en que estaba abierto, trataba de la caridad. Principié a leer, casi sin darme cuenta de lo que hacia; i al llegar al fin de la pájina, la hoja se dió vuelta por sí misma...

Aquello era mas de lo que yo podia soportar, i dí

un salto sintiendo que mis cabellos se herizaban, i que un frio glacial corria por mis venas.

La refleccion me abandonó por completo, el corazon queria abogarme con sus latidos, i la pieza en que me hallaba se convirtió para mí en una caverna atestada de fantasmas.

-¡Jorje!... Jorje! grité llamando al sirviente.

Mi voz debió alarmar al criado, porque entró casi corriendo.

- —¡Aquí estoi, señor!... ¿ Qué tiene su merced? me preguntó.
- —Nada, le contesté; pero trae tu cama para que duermas cerca de mí.
- —¿ Se siente enfermo? ¿ Quiere que vaya a traer un médico? insistió con esa solicitud que adquieren los sirvientes que han vivido mucho tiempo a nuestro lado.
 - -Nó, le dije; es solo una pequeña indisposicion.

Pues bien, continuó Guillermo, en aquella noche no hubo ninguna otra cosa notable, si no que yo no pude dermir.

Guillermo, tras la narracion hecha en las líneas anteriores, guardó silencio un instante para que sus amigos tuvieran tiempo de meditar sobre lo que les habia contado.

-Hasta aquí, les dijo despues, solo hai hechos que

pueden creerse hijos de mi fantasía; vais a conocer otros que os causarán mayor admiracion.

Como la mala noche me hizo amanecer con fiebre, me levanté, apénas una débil luz principió a aparecer en el oriente.

El aire de esta casa me ahogaba, i salí a pasearme a la alameda, por la que comencé a caminar hácia arriba.

Nada mas grato que respirar el aire de la mañana cuando el corazon se halla sofocado por el dolor. Hai en esos ecos vagos, en esa claridad indecisa, algo que reanima el alma, como la gota de rocío que tras una tarde ardiente de verano, reanima una marchita flor. Sentí que mis pulmones se dilataban, que mis pesares se desvanecian. Me sentí ájil de cuerpo i espíritu, i recordando aquellos dias de mi niñez en que con alguno de vosotros solia pasearme por el Santa Lucía i los tajamares, me dirijí allá para ver si aun me era dado sentir lo que en aquella época sentia.

Al cabo de una hora, me hallaba sentado en una de las mas altas rocas del cerro pensando que, así como habia volado mi infancia, así tambien habia concluido para mí la esperanza de ser feliz.

Tenia en las manos un baston, cuya punta descansaba en el suelo, i lo sentí oscilar entre mis dedos. Creyendo que estaria mal apoyado, miré i ¡cuál no fué mi sorpresa cuando ví escrita en la tierra esta palabra: «¡Confía!»

—¡Es una casualidad! me dije, como para desvanecer cierto supersticioso terror que se apoderaba de mí. Bajé precipitadamente del cerro, me vine a mi escritorio, i a fin de apartar mis ideas de lo que me sucedia, tomé una pluma con el objeto de contestar algunas cartas.

No bien me puse en actitud de escribir, cuando sentí un estremecimiento en el brazo i un deseo vehementísimo de borronear el papel haciendo rayas i garabatos.

—Voi a dejar que se desfoguen mis nervios, me dije. I cerré los ojos i apoyé la pluma en el papel. Incontinenti, comenzó aquella a correr con tal velocidad, que por cada segundo llenaba una línea.

Yo permanecia con los ojos cerrados, riéndome con anticipacion de los garabatos que iba a ver, i atribuyendo a la práctica el hecho de que mi mano, al llegar a cierto punto del papel, volviese hácia la izquierda, cuando de repente cesó el impulso que movia mi brazo i yo lancé una esclamacion de asombro al ver cuatro líneas escritas con una letra irreprochable. Helas aquí:

Guillermo sacó de su bolsillo un papel i leyó lo siguiente:

"¡Eres un cobarde! ¿Por qué entristecerte i desmayar? Espera i al fin serás mui feliz! Ibas a seguir una senda estraviada, i la que llamas tu desgracia te lo impidió.»

Vosotros que conoceis mi letra, continuó Guillermo, podeis ver que en nada se asemeja a esta, i que aun cuando yo me llevara un mes imitándola, jamas conseguiria perfiles tan puros, ni igualdad i rasgos tan sistemados.

Al decir esto, Guillermo les pasó el papel, i cada uno de sus amigos tuvo que admirar la belleza de los caracteres. Cuando el papel volvió a las manos del jóven i lo hubo guardado, continuó:

—Ocuparia toda la noche si siguiera contandoos una por una todas las cosas que me han sucedido; pero básteos saber que desde 'aquel dia no ha habido uno solo en que no haya sentido, ya un golpe inusitado, ya una voz que pronuncia mi nombre, ya en fin mil ruidos cuya causa no he podido averiguar. I no es solo esto. Dejo un objeto sobre esta mesa, por ejemplo, i miéntras doi vuelta la cara, ha cambiado de lugar; dejo encendida una luz, i me la apagan; busco un objeto que acabo de tener en la mano, i vengo a hallarlo a cuatro o seis varas de distancia: en fin, no hai dia en que no encuentre un misterio, ni paso que dé que no vaya acompañado de un suceso estraño. El último, i que me ha obligado a llamaros, pasó solamente ayer.

Me levanté mui triste, i quise visitar por primera vez, desde el dia en que tuvo lugar mi desgracia, la sala en que ese infame perpetró su crimen. Queria ver la sangre que mancha la blanca alfombra, i palpar los cobertores que ella restregó entre sus manos convulsas por la agonía. Vosotros sabeis que esa sala fué visitada por los jueces que, no respetando mi desesperacion, me arrebataron a la cárcel; i que desde ese dia

se cerró con llave i nadie ha entrado en ella. Para mayor seguridad, miéntras se levantaba el sumario, lacraron todas las puertas, por si habia necesidad de volver a visitar el sitio en que se cometió el crímen; pero no habiendo habido esa necesidad, se me entregaron las llaves cuando salí de mi prision.

Los sellos de las puertas estaban, pues, intactos ayer. Rompí el primero con la mayor emocion, i avancé dos pasos en la sala.

Arrojé un grito de alegría i me precipité a la cama para estrechar a Corina que estaba ahí, reclinada en los blandos almohadones, i llamándome con su mas encantadora mirada... Pero una nueva sorpresa cambió mi alegría en terror. Continuaba viendo a Corina, pero mis manos solo tocaban el helado lecho.

-¡Corina, Corina! esclamé loco de exaltacion.

Yo he visto ajitarse sus labios, he visto relucir el esmalte de sus dientes, i seguro de que ella estaba ahí, llevé mis labios hasta los suyos.

Solo encontré la tela que cubria el almohadon, a pesar de que continuaba viendo, a una pulgada bajo de los mios, sus negros i relucientes ojos.

Sentí entónces un hielo mortal que corria por todas mis venas i caí desfallecido. Cuando volví del desmayo, los criados me habian llevado a la cama, i un médico estaba a la cabecera.

—No es nada, me dijo; con una media hora de reposo, pasará todo. Solo tiene usted un poco de exitacion en los nervios. El doctor se retiró, continuó Guillermo, i yo me levanté a los pocos instantes resuelto a poner en vuestro conocimiento lo que me pasa, para que me digais con toda franqueza lo que pensais de mí.

Los amigos de Guillermo se esforzaron en hacerle ver que su razon estaba tan buena como la todos ellos, i que lo que habia visto i sentido, no podia ser otra cosa que una alucinacion de su cerebro, sumamente trabajado por los sufrimientos morales que la suerte le habia hecho soportar.

—; Me observaré mas, aun! se dijo Guillermo aquella noche cuando ya sus amigos se habian retirado. Estoi cierto de que todo es real, i solo creería que no es así, cuando se me dijera que estoi loco. Pero nó, no puedo estarlo, porque siento fuerte mi razon, i nada hago en que aparezca mi demencia!...

Se interrumpió, porque en aquel momento oyó que le decian:

—Guillermo: tú estás destinado a una gran obra, i lo que te sucede no es sino para hacer brotar en tí la fe.

Aquella voz era clara, dulce, un tanto melancólica i llena de ternura. Guillermo miró a todas partes como para buscar el punto de donde nacia; pero su investigacion fué infructuosa, pues habia resonado en la sala cual si brotase de todas partes a la vez.

El jóven se quedó anonadado, confundido, sin valor para moverse del sitio que ocupaba; i cuando calmó un tanto su terror, se propuso dar un paso que lo sacara de su incertidumbre.

Grandeza de la creacion.

A las doce de la noche, Guillermo aun no habia podido dormir. Pensaba en la injusticia del destino, que lo hacia tan desgraciado, mientras otros eran enteramente felices.

Cuando se extinguió el sonido de la última campanada de un reloj que habia en su dormitorio, el jóven probó en todo su organismo una sensacion de indefinible placer. No podríamos dar una idea exacta de lo que sentia, si no apelásemos a esas impresiones llenas de cierta voluptuosidad que se esperimentan, ya al respirar la atmósfera tibia de un aposento cuando nos ha cojido el frio, ya al contacto de una ráfaga de aire helado cuando nos abruma el calor.

Guillermo se quedó inmóvil, como extasiado, temeroso de ahuyentar con el menor movimiento su pasajero bienestar.

Su imajinacion vagaba en un ousis de ventura infinita, sin contraerse en nada i pensando en todo. Se hallaba en un estado tal de lánguido deleite, que pedia a Dios prolongase indefinidamente aquel goce supremo. Pasó así como un cuarto de hora que para Guillermo tuvo ménos duracion que un segundo. Por fin oyó, esta vez sin estremecerse, la misma voz que ya le habia hablado ántes.

—Guillermo, le dijo con una entonacion melodiosa, que sonó en los oidos del jóven como la mas suave armonía. —Guillermo: ¿ te sientes bien así? te agrada ese estado?

-¡Oh! sí, sí!... contestó él mentalmente.

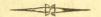
-¡Pues bien, le dijo la voz; eso no es sino la sombra del placer supremo que algun dia gozarás! ¿Has pensado alguna vez en lo que es la vidá comparada con la eternidad? Te has propuesto averiguar lo que es Dios i lo que eres tú?... Eres la gota de rocío comparada con el océano; el musgo adherido a una roca comparado con la vejetacion universal; ménos aun: la nada delante del todo; el polvo microscópico frente a los millones de mundos que pueblan el espacio. A propósito: tú que acusas el destino, es decir a Dios, ¿has pensado alguna vez, siquiera, en lo que es la creacion?—Ves sobre tu cabeza un millar de estrellas i dices: «ese es el cielo, la patria de Dios» ¡Qué sabes tú! Remonta a la última de esas estrellas i mira. ¿Qué ves? ¡Un nuevo cielo a millares de leguas de tí!... Un millar de nuevas estrellas que forman bóveda al pequeño átomo à que has llegado i que sin embargo es mas grande que el que actualmente habitas. Pero sube, sube mil, un millon de veces, deteniéndote siempre en la estrella, en el sol, en el mundo mas elevado. ¿Qué has visto? ¡Siempre un cielo mas allá! siempre millones de mundos, de soles, de estrellas, al rededor de tí!... Pero desciende, corre a la derecha, marcha a la izquierda: hace mil i mil estaciones en los astros mas lejanos. ¿ Qué has visto? ¡Siempre un cielo allá en el infinito!... Siempre en el infinito un millar de puntos luminosos que con su imponente majestad os dicen: ¡Somos la obra de Dios! En el espacio infinito, la creacion infinita; i en la creacion i espacio infinito, Dios!... ¿Te abismas? ¿Piensas en la pobre creacion que tú i tantos como tú se habian figurado? ¡Qué mezquina veis ahora, ¿ no es verdad? la idea de que esos millones de planetas, casi todos superiores al vuestro, hayan sido criados nada mas que para recrear vuestra vista, o para sostener en el espacio el globo que habitais! Las investigaciones de la ciencia, os han probado ya que el astro en que vivís es uno de los inferiores de la creacion. ¿ Qué diríais de un poderoso que edificara una suntuosa morada, para sus hijos, i despues los mandara a habitar en la cocina dejando vacíos los departamentos cómodos i alhajados? ¡Pues no es otra cosa lo que creeis de Dios, en vuestro necio modo de pensar! ¡Ah! cuán insensato es vuestro orgallo! Al tender una mirada por el universo, i al ver que todo se os humilla, que todo os obedece, habeis dicho: «Dios quiso darnos, no solo el ave que habita en el aire i el bruto que recorre la tierra; no solo los peces que hinchan el océano i las yerbas i las plantas que tapizan el globo; sino tambien, una luna, un millon de lunas; un sol, mil millones de soles! Nosotros, comparados con esa inmensidad de planetas, somos como uno para mil: ¿qué importa? nuestra vista necesita de esos puntos luminosos en la oscura noche, i Dios quiso darnos una muestra de su grandeza formando mundos que para ninguna otra cosa habian de servir desde que están inhabitados.»

—¡Tal es lo que nace, Guillermo, de vuestras limitadas creencias! Encerrais a Dios ilimitado, en un espacio limitado: a Dios infinito, en una finita mezquindad! Creó el universo ayer, i lo destruirá mañana, pues segun vosotros, hace solo unos pocos miles de años que existe; i a juzgar por los pronósticos, no durará otros tantos. ¡Hé aquí el universo, el universo entero concluido en ocho o diez mil años! Es decir, un segundo de existencia en la infinita eternidad!... ¿Despues?... Cielo e infierno! Cielo mas allá de las nubes, donde las estrellas servirán de pavimento. I el infierno, ¿adónde?... ¡Guillermo, Guillermo, piensa en Dios, i cuando te hayas formado una idea mas exacta del él, se iluminará tu razon. ¡Entónces no lo acusarás, sino que lo bendecirás!...

Guillermo dejó de oir la voz, i al mismo tiempo, dejó de sentir el inmenso bienestar que se habia apoderado de él.

—¡Oh! qué dulce sueño! murmuró el jóven creyendo que habia dormido i cerrando los párpados como para atraer nuevamente hácia él esa bienhechora emocion.

Pero sus esfuerzos fueron inútiles, i cuando el dios del reposo estendió sobre él sus alas, fué para darle un sueño ajitado i febril.



El doctor Simon.

A la mañana siguiente, Guillermo se levantó preocupado siempre con la idea de que sus ficciones no eran otra cosa que un principio de locura.

-Es necesario, se dijo, que apele a una medida pronta, ántes que mi enfermedad tome cuerpo.

Diciendo esto, el jóven salió de su casa con el objeto de ver a varios médicos para consultarles lo que le sucedia.

Ocuparíamos muchas pájinas en narrar las dirversas peripecias de esta orijinal ocurrencia de Guillermo, si no necesitáramos nuestro tiempo para otras narraciones de mayor interes. Baste con saber que el médico A*, despues de mil averiguaciones i exámenes, concluyó por decirle, con una sonrisa burlona:

—Caballero, el único síntoma que encuentro en usted de locura, es el creerse loco; i como se ha observado que los que padecen esta enfermedad son los que ménos la creen, declaro a usted que no está loco. Guillermo comprendió que se burlaban de él, pero no queriendo llegar a su casa sin saber a qué debia atenerse, se dirijió a las casas de los doctores B*, C*, R*, los cuales mas o ménos le contestaron lo mismo despues de tomarle el pulso, de tentarle el cráneo i hacer otras mil ridículas observaciones.

Despechado al fin con no encontrar mas que personas que se burlaban de su situacion, se volvia ya a su casa, cuando se acordó de un médico anciano, que gozaba de cierto nombre en la capital; nombre que no le habia proporcionado escudos como a sus colegas, sino por el contrario, decepciones i cierta aversion por parte de la sociedad.

—Iré a ver al doctor Simon Bertrand, se dijo Guillermo; a ese hombre de quien se cuentan mil excentricidades.

Simon Bertrand era un anciano de sesenta años, de frente calva, nariz correcta, ojos verdes que miraban con dulzura, i luenga i blanca barba. Vestia siempre de negro, en el invierno un paltó de castor, i en el verano una levita de paño. Vivia en una casa pequeña, no arrastraba coche ni tenia mas servidumbre que una criada tan vieja como él, que regañaba por todo, sin que el doctor jamas la hubiera prohibido hacerlo.

Guillermo saludó con respeto al doctor, quien con afabilidad sin estudio, le invitó a tomar asiento.

El jóven no pudo ménos de lanzar una rápida mirada a la sala del doctor. ¡Qué contraste con las que habia visitado en ese mismo dia! Una estera, seis sillas

de paja i una mesa, constituian todo el ajuar. Lo demas de la pieza, hasta una altura de dos varas del suelo, estaba materialmente cubierta de libros colocados en una tosca armazon.

- —¿ En qué puedo servir a usted? preguntó el doctor, sentándose familiarmente al lado del jóven.
- —El objeto de mi venida es mui estraño, señor, le dijo Guillermo, i principiaré por confesarle que he visto a cuatro médicos ántes que a usted, i que todos ellos se han burlado de mí. Si usted tiene tiempo de oirme con detencion, le diré ahora lo que me sucede; si no, volveré otro dia, pues estoi resuelto a no confiar a ningun otro mi rara enfermedad.
- —Hable usted, jóven, le dijo el doctor con bondad; mi tiempo es de todo el que lo necesite para aliviar sus dolores.
- —Seré breve, señor, a fin de no distraerle demasiado. Hace algun tiempo que tengo la monomanía de oir i de ver cosas estraordinarias.

Esto no me alarmaría si yo abrigase la menor duda de que no es real, de que no es verdadero cuanto me sucede; pues cada vez que se han realizado los fenómenos que me preocupan, he apelado a todos mis sentidos, a todas mis facultades, para convencerme a mí mismo de que no duermo, de que no soi víctima de una enajenacion mental. El exámen me ha dado a conocer que mi razon ha permanecido serena, que mi cerebro se ha mantenido fuerte, i que todas las potencias de mi alma se conservan dóciles a mi voluntad.

Sin embargo, como los hechos se han realizado a mi vista de tal manera que no me han dejado motivos para dudar, he creido que sean algunos síntomas de locura; pero cuando me examino con imparcialidad, cuando recuerdo con la mas minuciosa exactitud todo lo que he hecho, todo lo que he pensado en los momentos mismos en que tienen lugar mis visiones, me digo: nó, no puedo estar loco, pues un loco no recuerda lo que ha hecho, ni lo que ha sucedido en el tiempo que ha obrado sin razon. Mi objeto, pues, al venir a consultar a usted, es preguntarle si hai otra enfermedad que se parezca a la locura en cuanto a las ficciones del cerebro, pero que se diferencie en cuanto a dejarnos intacta la memoria, intacto el entendimiento e intacta la voluntad, sin tocar en nada, tampoco, los sentidos corporales.

—Antes de contestarle, repuso el doctor, querria que usted me refiriera, si le es posible, alguno de los fenómenos que ha visto o sentido; pero si tiene algun inconveniente para hacerlo, dígamelo usted con franqueza.

-No tengo el menor obstáculo, señor.

Guillermo narró al doctor cuanto ya habia comunicado a sus amigos, esceptuando solo la escena en que habia creido ver a Corina, recostada en el lecho.

El anciano se quedó largo rato pensativo.

— Tiene usted justicia, le dijo al fin, para sorprenderse. Lo que a usted sucede es maravilloso i está mui léjos de ser una enfermedad; al ménos, si lo es, yo no

la conozco. La medicina no es, ni será jamas otra cosa, que un océano sin fondo en el cual no le es dado al hombre penetrar. Se han hallado las sustancias que destruyen, i unas cuantas que por un poco de tiempo alimentan, pero jamas serán halladas algunas que conserven nuestro organismo animal. El médico tiene por mision curar el cuerpo; i como en muchos casos puede hacerlo, ha limitado solo hasta ese punto sus investigaciones. Confieso que bien poco conquistaria en un largo estudio moral; pero estoi persuadido de que es ahí por donde debia principiar i concluir su aprendizaje. Todas las enfermedades, al parecer, tienen su nombre i sus medicamentos, i a todas se atacan de la misma manera, sin que se haya pensado, sino de un modo mui superficial, en que la vida del hombre está constituida de dos entidades, de dos causas enteramente disconformes, pero ligadas i encaminadas por Dios a un objeto, a un fin. Hablo del alma i del cuerpo: de la esencia unida a la materia para formar ámbas un todo de dos partes distintas; pero un todo que será herido en cada una de sus partes por diferentes clases de dolores, sin que por esto deje de afectarse la una por lo que a la otra le sucede. Nosotros estudiamos para curar el cuerpo, lo ménos esencial, i es ahí donde conquistamos algunos triunfos, demasiado cuestionables todavía. El alma no figura en nuestra ciencia: como es hija de Dios, la hemos dejado a él para que la cure. Volviendo a usted, le diré que, como médico, no tengo remedio que darle, pues nada me revela en usted algunas de las enfermedades que pretendemos conocer; pero como lo que mas he ambicionado siempre es que nadie salga de aquí sin llevar algo de lo que pueda darle, le ofrezco, como amigo, la poca esperiencia que me han dado mis años.

—¡Oh! hable usted, señor! esclamó Guillermo, encantado de la benevolencia del doctor.

Iba éste a contestar, cuando tocaron lijeramente la puerta de su aposento.

-¡Adelante! dijo el médico.

Un momento despues entró un anciano, apoyado en una jóven como de quince años. Marchaba con dificultad, i con mucha mayor, aun, buscaba la respiracion en su pecho. Parecia mui pobre, a juzgar por su traje i el de la jóven que lo sostenia.

El doctor Simon, apénas lo vió, se levantó con presteza, i acercándose a él, le dijo con acento de reproche, pero lleno de bondad:

- —¡Qué ha hecho usted! ¿Para qué ha venido? porqué no me mandó avisar?
- —Yo se lo decia, señor, dijo la jóven, miéntras el pobre viejo se sonreia tristemente; yo le decia que vendria a ver a su merced, i que no se habia de incomodar, pues siempre es tan caritativo.....
- —Bien, hija mia, bien; le interrampió el doctor como para impedirle que continuase hablando de él. Siéntese usted, dijo al anciano conduciéndole él mismo de una mano hasta colocarlo con toda suavidad en una silla. I tú tambien; hija mia, siéntate. ¿ Qué ha sucedido?

- —Hoi amanecí mui alentado, señor doctor, dijo el viejo, i quise lograr *este solcito* viniendo a verlo para que usted no se molestara.
- —Gracias, amigo mio; pero usted ha hecho mal, mui mal, i en lugar de darme un gusto me da un pesar. Usted ha querido ahorrarme un viaje a su casa, i si ahora vuelve a caer a la cama, me hará hacer veinte.

—¡Cierto! dijo el anciano inclinando tristemente la cabeza.

El doctor notó el efecto que habian hecho sus palabras, i trató al instante de neutralizarlas, diciéndole con tono festivo i regañon:

- —A ver, déjeme examinarlo; i si veo que le ha hecho a usted mal la caminata, voi a castigarle.
- -¡Vaya! esclamó cuando lo hubo examinado. Es usted mejor médico que yo; pero usted no se irá a pié; nó, señor mio; tendrá que irse en coche.

El enfermo i la jóven cambiaron una mirada, que Guillermo tradujo en estas palabras:

-¿ Con qué lo haremos?

Para el doctor no pasó desapercebida, tampoco, aquella furtiva mirada, pues Guillermo notó que miéntras escribia una receta con la mano derecha, con la izquierda se tentaba disimuladamente los bolsillos haciendo un leve jesto de contrariedad cada vez que no encontraba dinero en ninguno de ellos. Convencido, sin duda, de que sus pesquizas eran inútiles, miró a su red edor como buscando algo. Sus ojos se iluminaron con una chispa de alegría al fijarlos en un estremo de

la mesa donde habia varios útiles de escritorio; i Guilermo, que seguia todos sus movimientos, percibió una moneda de cinco francos, que el doctor tomó con gran disimulo, ocultándola en el hueco de su mano.

- Esta receta, hija mia, la llevarás a la misma botica de siempre, dijo el doctor acercándose a la jóven.
 - -¡Oh! gracias, gracias, señor! esclamó el anciano.
- —I usted, llegando a la casa, se volverá a acostar, le dijo el doctor sin dejarlo concluir; i ¡cuidado con que me vuelva a hacer estas locuras!

El enfermo se paró, i el médico, tomándole de un brazo, le ayudó con solicitud paternal, a salir de la pieza.

Al poco momento, Guillermo oyó una voz conmovida que decia:

- -; Señor!... tantos beneficios... No es posible!.....
- —Calle usted, oyó tambien Guillermo que decia el doctor con voz recatada. I luego en voz alta: Váyase usted en coche, ya le digo que puede enfermarse si no lo hace.
 - -¡Dios se lo pague! murmuró aun el enfermo.

El doctor, sonriéndose volvió al lado de Guillermo, que habia presenciado esta escena con una emocion desconocida para él.

—Este pobre anciano, dijo el médico, parece un excelente hombre... Pero volviendo a usted, a quien habia olvidado porque aquello era mas urjente, voi a tomarme la libertad de darle algunos consejos, ya

que no conozco sus males. Nunca debemos negar lo que no conocemos, porque ahí donde presentimos el fraude i la mentira, es talvez donde reluce una maravillosa verdad. No creo que lo que a usted sucede sea una alucinacion, ni me atreveria a creer, tampoco, que sea una cosa sobrenatural. ¿ Qué es entónces? No sabré decirlo, porque como usted, lo ignoro. Pero estudie usted este fenómeno si vuelve a reproducirse; i si quiere asociarme a sus investigaciones, le agradeceré infinito. Mientras tanto, cualquiera que sea la situacion de su espíritu, procure usted mantenerlo sereno: si hai alguna llaga en su corazon, cúrela con la filosofía; si hai alguna tendencia viciosa en su organismo, destrúyala con la reflexion. El valor mas hermoso, es el que se emplea en combatir con nosotros mismos. Ahora, voi a dar a usted algunos consejos hijiénicos, destinados a obrar, tanto en lo moral, como en su físico. Aunque no puedo penetrar en su alma, algo me dice que es a ella, principalmente, a la que debemos curar.

Levántese usted temprano i salga al campo a la hora en que la naturaleza rie i habla con mas elocuencia de Dios. Por herido que se halle nuestro espíritu, hai en la creacion palabras mudas pero consoladoras que llegan hasta él. Si un pesar oculto mina su existencia, no trate de combatirlo ahuyentándolo, porque la lucha exacerba, sino que ahuyéntelo reflexionando. Un libro es una poderosa arma contra la tristeza, i la sociedad con nuestros hermanos, si no nos fastidia, tambien lo es. Huya de la música: si las armonías que

hieran sus oidos son alegres, le parecerán blasfemias: si tristes, serán sollozos mui amargos que irán a aumentar los de su corazon. La música, para una alma dolorida, es un sorbo de hiel oculto bajo un barniz de miel. Entra por los oidos halagándolos, pero sale por los ojos abrasándolos. En fin, dedíquese usted a algun trabajo corporal: es bueno ejercitar la materia cuando la moral se abate i desmaya. Si quiere asociarme, ya sea a sus pesares, ya a sus investigaciones, venga a menudo aquí, o yo iré donde usted: seremos dos contra un pesar i lo combatirémos: dos tras una averiguacion i la hallaremos.

—¡Gracias, gracias, señor! esclamó Guillermo, en extremo impresionado por los consejos del doctor. Confieso a usted que sus palabras me han fortalecido, i que me siento con ánimos para indagar la verdad. Vendré mañana, cada dia, i bien pronto le comunicaré todo... Usted ha leido en mi alma: es cierto que soi desgraciado; pero ya no lo seré tanto, si usted se interesa en mi favor....

Guillermo tomó su sombrero, i con disimulo trató de colocar una moneda de oro en la mesa del doctor.

—¡Nó! le dijo éste al percibirlo. I con voz triste, calmada, agregó:—¿ Por qué se nos ha de creer ávidos siempre de dinero? Ademas, jóven, yo no he ejercido ahora mi triste profesion.

Guillermo se ruborizó, i dió la mano al doctor disculpándose.

El jóven se alejó gratamente impresionado de cuan-

to habia visto i oido; i el desinteres de aquel anciano que parecia no tener mas caudal que sus libros, le llamaba mucho la atencion. Sobre todo, Guillermo estaba casi seguro de que el peso que habia regalado al enfermo, era el único que poseia. I esto era exacto.

Marta, (tal era el nombre de la regañona sirviente del doctor) Marta, apénas vió que su amo quedaba solo, vino donde él para decirle:

- —Ya está el almuerzo: hace mas de una hora que se lo dije a usted, i ha hecho el caso del perro....
 - -Bueno, Marta: ya voi, hija. He tenido jente....
- —Conveniencias no habian de ser, porque aquí no vienen nunca; i cuando llegan a venir, se les dá con la puerta en las narices. A ver, deme usted plata porque se me ha concluido, i el maldito panadero no ha venido hoi, para hacerme ir a la esquina, como si fuera tan poco lo que tengo que hacer aquí.
- -Por hoi, Marta, no tengo ganas de comer pan, le dijo el doctor sonriéndose.
- —; No será mucho que haya dado el único peso que habia! exclamó Marta acercándose a la mesa. ¿ No lo decia yo? ¡Jesus! ya esto es intolerable!...
- —No solo con pan vive el hombre, ha dicho Jesus, replicó el doctor, siempre sonriendo con bondad.
- —Sí, pero eso seria en aquellos tiempos en que cuentan que llovia manito....
 - -Maná, querras decir, le observó el anciano.
 - -Maná o manito, lo mismo tiene; pero ahora atén-

gase usted a eso i lo lamberá un buei. ¿Será dable, pues, que no haya ni para comprar pan? ¡Jesus, María i José! Bueno es el cilandro, pero no tanto! Vaya, pues, vaya a almorzar sin pan; a ver si le viene del cielo!...

Marta salió refunfuñando aun para ir a la cocina, i el doctor, sin abandonar su aire tranquilo, su sonrisa bondadosa, se dirijió a la pobre pieza que le servia de comedor.

Cuando llegó a ella, Marta habia colocado ya sobre la mesa, cubierta con un albo mantel, una pequeña fuente.

-Vaya, regálese usted, le dijo, con el buen pan.

I saliendo de la pieza, se dirijió apresuradamente a la calle murmurando entre dientes:

—¡Es mui capaz de comer sin pan, i hasta de no comer nada, por darlo todo! Jesus! qué corazon le ha dado Dios!

Marta fué a un despacho i empeñó sus aros de perlas, en cuatro reales, de los cuales sacó para comprar pan.

Inmediatamente volvió al lado del doctor.

—Tome, le dijo; si no fuera porque me parte el corazon, lo habria dejado comer así... Pero yo sé lo que haré en adelante: a todos esos que eche de ver que vienen a pedir, les daré con la puerta donde no les duela....

El anciano habia partido un pan i seguia riéndose

de los rezongos de la sirviente; pero cuando oyó sus últi mas palabras, se formalizó, i con voz perentoria, le dijo:

- —¡Jamas, Marta; jamas cierre usted mi puerta al desvalido que venga a ella: si usted lo hace algun dia, ese será el último que está a mi lado!
- —¡Lo decia yo! exclamó Marta cubriéndose la cara con ambas manos. ¡Lo decia yo, que me habia de querer echar como a un perro porque no quiero que lo desnuden, que lo hagan morirse de hambre!... ¡Bueno! agregó llorando a lágrima viva; bueno! que se lleven todo, yo no lo impediré para que no me echen a la calle!...

El doctor comprendió que habia sido mui duro con su fiel criada, i acercándose a ella, le golpeó cariñosamente la cabeza diciéndole:

- Perdóname, mi buena vieja! Tú sabes que yo no podria vivir sin tí, sin tus rezongos....
- —¡Si! exclamó Marta sollozando; pero si yo rezongo es porque lo quiero, porque así viejo como está, no es posible que se dé una mala vida por ser tan maniroto....
- —¡Bien! hagamos las paces, le dijo el doctor volviendo a sonreir, i anda a traerme alguna otra cosilla.

Marta enjugó sus lágrimas con el delantal que pendia de su cintura, i salió murmurando para sí:

—¡Sería mui capaz de mandarme cambiar, si yo le echara a volar esos pájaros que me lo dejan sin comer! Pero yo tomaré mis medidas! Jesus! ¡qué corazon!... Si yo no lo quisicra tanto!...

El indiferentismo relijioso.

Guillermo, en la noche del dia que habló con el doctor Simon, se habia retirado a su dormitorio, i se hallaba medio rescostado en un cómodo sofá. La pieza estaba profusamente iluminada, i Guillermo miraba con insistencia la manecilla de un hermoso reloj que lentamente avanzaba hácia el punto en que debia marcar la media noche.

Por fin, la máquina dió las doce, i cuando aun no se extinguia el sonido de la última campanada, Guillermo experimentó la misma sensacion que en la noche anterior.

A fin de cerciorarse de que no dormia, luchó un instante con sus gratas impresiones, hasta que, convencido de ello, reclinó la cabeza en el sofá i se entregó por completo a su dulce bienestar.

Esta vez el jóven quiso estudiar lo que sentia. Era un goce moral infinito. Su alma vagaba en un espacio poblado de suaves i desconocidos deleites: ningun deseo, ningun pesar; en el corazon, la inocencia del niño:

en el alma, la quietud del ánjel de la paz. Ni una sombra de dolor, ni un suspiro. Lágrimas, celos, odios, preocupaciones, fatigas de la vida, abatimiento del espíritu, miserias que amargan la existencia; nada habia ahí; en cambio, placeres puros, dulces como el arrullo de una madre, inefables como la sonrisa de Dios.

—¡Guillermo! oyó que le decia la voz que ya en otras ocasiones habia hablado al jóven. ¿Qué sientes?

—; Podré acaso decirlo? preguntó él maquinalmente.

—Tienes razon, le contestaron; tu lenguaje marcha acorde con tus emociones, i no tienes ni palabras ni imájenes para dar una idea de lo que no conoces. ¡Pobre Guillermo! Pobre humanidad! que léjos estais todavía de conoceros! Sois unos pigmeos, i os creis unos jigantes! Pero llegará el dia en que siendo jigantes, en comparacion de lo que ahora sois, vereis que todavía no pasais de ser pigmeos!... ¡Oyeme, Guillermo, i no olvides lo que te voi a decir! Una enfermedad terrible invade al mundo. Los hombres han abierto de repente los ojos, i al hallarse envueltos por las tinieblas, han maldecido su ignorante credulidad.

Cuando desde nuestra infancia se nos ha mostrado un objeto cualquiera como grande, como hermoso, como sublime; cuando se nos ha enseñado a amarlo, a respetarlo i adorarlo, no podemos ménos de hacerlo hasta que llega el dia en que descubrimos que lo grande es pequeño; que lo que reputábamos hermoso es feo; i que lo que teníamos por sublime es miscrable. Entónces nuestro amor se cambia en indiferencia, nuestro respeto en desprecio, i nuestra adoracion en mofa o en una absoluta impiedad. El que se ve conducido a un precipicio no trata de hallar la luz: sigue su marcha sin guia, à trueque de no confiarse a otro nuevo i mal conductor. Las naciones tienen, como el hombre, una época en que su fe es ardiente i su conciencia pura: no creen en el engaño porque no lo conocen, i arrastrados por su vírjen fantasía, aceptan cuanto se les muestra como verdad. Todo lo maravilloso los atrae en su inocencia, porque son semejantes al niño a quien se seduce con un vistoso juguete. No olvides, Guillermo, estas mis palabras de ahora, que te explicaré mas tarde.

Te he hablado de la enfermedad que mina al mundo, i voi a hacértela conocer. Hai en el corazon del hombre una propension innata que lo encamina hácia un mas allá: el mas allá tiene por principio el alma i por meta a Dios: meta sin principio ni término en éste; principio sin término en aquella. Es decir, creencia en un Dios sin principio ni fin, i en un espíritu con principio i sin fin. Casi todas las naciones lo confiesan, casi todos los hombres lo creen; i por separados que marchen en secta, en idea i en fórmula, en la base han marchado i marcharán acordes. Para borrar a Dios, necesitarian destruir el universo; para eliminar el alma, de la vida humana, necesitarian negar la misma existencia. No obstante, como el progreso ha roto mil de las sombras del pasado, el hombre se rie de sus creencias de ayer; i

como se rie del culto que profesaba a Dios, cree que tambien puede reirse de Dios. No rechaza la parte, sino el todo; i como ayer idolatraba, hoi quiere blasfemar. ¡Pobre humanidad! que despacio marcha a su fin!-E! indiferentismo relijioso es la peor calamidad para el hombre. Mas vale un mahometano, mas vale un jentil creyente, que un despreocupado cristiano. Este no hará nada para sí ni para sus hermanos; aquel hará mucho para ambos. El egoismo ahogará en el indiferente todas sus buenas inclinaciones: en el crevente las impulsará la caridad. Para uno el presente es el todo; para el otro el presente es la nada. El hombre relijioso mira la vida como la cuerda con que ha de escalar el cielo; el ser escéptico como un don que ha recibido del acaso. ¡Ah! es triste ver que en el que llamais siglo de las luces, aun se eleven altares al acaso! Creer en él, es no creer en nada: no creer en nada, es negar a Dios; i el negar a Dios, significa estar mui léjos de él. El indiferentismo relijioso, no podrá, sin embargo, durar. El hombre propende siempre a volver a Dios porque ha salido de Dios, así como las aguas propenden a volver al mar, porque han salido del mar. Tú, como la jeneralidad, Guillermo, dejas correr la vida sin acordarte del mas allá. So pretesto de que eres desgraciado, olvidas a Dios, como si en alguna otra fuente pudieras encontrar el consuelo que El te puede dar. ¡Si supieras qué necios sois cuando, heridos por un infortunio, crispais los puños i amenazais al cielo! ¿I sabeis de qué nace en vosotros esa desesperacion insensata? De que no conoceis a Dios;

de que no os conoceis a vosotros mismos. Desde el púlpito i los libros sagrados se presenta a vuestra vista un Dios vengativo, cuando es todo perdon; un Dios cruel e inhumano, cuando es todo clemencia i misericordia. Pero, ya hablaremos de esto otra vez. Por ahora quiero solo llevarte al terreno de la felicidad. Sacude, Guillermo, esa carga de pereza que hai sobre tus hombros, i principia a trabajar para tu alma. Dedícate a orar, a conquistar méritos para tu perfeccion, i así habrás aprovechado el tiempo que ahora pierdes en divagar, en pedir cuenta a Dios de tus pesares!...

- —; Quién eres, que así me hablas? preguntó Guilermo sumamente conmovido.
 - -Soi Corina, respondió la voz.
- —¡Corina! exclamó Guillermo levantándose de un salto i mirando a todas partes en extremo conmovido.¡Háblame, agregó; ¿dónde estàs?

Hubo un momento de absoluto silencio en que Guillermo no oyó mas que los latidos de su corazon. Pero luego percibió que le decian:

- —¡Despójate de ese amor carnal con que me amas, i me tendras siempre cerca de tí!...
- —¡Pero no te vayas, óyeme! exclamó Guillermo que habia oido las últimas palabras como pronunciadas a una gran distancia.
- —Estàs mui conmovido, dijo la voz alejándose mas i mas, i no me comprenderías si te hablara de lo que necesitas. Para que te cures del amor que vivo i ardien-

te sientes aun por mí, sabe, Guillermo, que yo era una mala mujer.

- -¡Mentira! exclamó el jóven. ¡Corina era un ànjel!
- —¡Yo te contaré mi historia despues! dijo la voz, a cada momento mas distante. I en castigo de tu duda, no volveré a hablar contigo, hasta el dia en que hagas una buena accion. Miéntras tanto, abandona la vida que llevas, i dedícate a otra que te sirva de algo para el porvenir!.....

Las últimas palabras fueron pronunciadas a tal distancia, que Guillermo apénas las oyó.

—¡Oh! esclamó el jóven oprimiéndose la cabeza i el corazon. ¿Qué es esto, ¡Dios mio! que me sucede? Estoi loco, o eres tú quién me llama a tí por medio de uno de tus ánjeles?

inid and once there one of limbs adad it is be to be the control of the control o

ura mujer, a quien babia conducido al altar para quie el mismo Dion ben hiera truostro ainti ; norque me

Guillermo, despues de la interrogacion que dirijió al cielo, se dejó caer en el sofá, i ocultando la cabeza entre las manos, se entregó a una larga meditacion.

Ahí, solo con su conciencia i sus recuerdos, abrió la historia de su vida en la pájina donde una lágrima marcaba el primer capítulo de sus dolores. Como todo hombre, que se ve abatido por el infortunio, buscó en el pasado una causa material a sus pesares; i al recorrer las primeras pájinas, escritas al albor de mil ilusiones, solo halló esas líneas poéticas que la inocencia i la quietud del alma trazan en la vida de todo ser. Su infancia i su juventud, marcos dorados que ha puesto Dios al cuadro un tanto oscuro de la edad madura, se presentaron a su imajinacion engalanadas con el albo ropaje de su fantasía; i al no ver ni una mancha en su alma, ni un remordimiento en los pliegues mas ocultos del corazon, volvió a su idea de siempre, es decir, a esclamar:

-¡Yo no he merecido los males que padezco, por-

que nada hai en mi vida que merezca expiacion! ¿Porqué Dios, ese Dios todo justicia, me ha privado a mí de lo que da al que mas le ha ofendido? Yo amaba a una mujer, a quien habia conducido al altar para que el mismo Dios bendijera nuestro amor; ¿porqué me la arrebató cuando ni aun era completa mi felicidad? ¿Qué le habia hecho yo, que lo adoraba, yo que en nada le habia ofendido, yo que recibí, como buen hijo, mil bendiciones de mis padres al tiempo de morir? Dónde está el premio que Dios da a los que, como yo, han tenido una vida pura, si me ha negado el amor de la única mujer que habia amado, del único ser que con su amor me habia hecho feliz?...; Ah!... Todo es mentira!....

En estas i otras reflexiones, pasó Guillermo toda la noche, hasta que la luz del alba penetró en su aposento.

A esa hora, se levantó del sofá, enjugó algunas lágrimas que humedecian sus mejillas, i despues de ponerse su sombrero, salió a la calle.

—Mi madre, se habia dicho, me repetia a menudo, que cuando una desgracia abatiera mi espíritu, buscara un consuelo en la relijion. Iré a ver al confesor que dirijia mi alma de niño, para pedirle que consuele mi alma de hombre.

Guillermo llegó al convento donde se hallaba su antiguo confesor; pero al pisar el umbral de la portería, sintió que le sujetaban de una manga de la levita. Se volvió i miró a todas partes, pero no habia nadie.

-¡Vuelvo a mis extravagantes aprensiones! se dijo, dando un paso en el interior.

No bien formulado este pensamiento, sintió un violento tiron hácia fuera.

—¡Ya esto es demasiado! se dijo el jóven esperimentando un vago terror, al mismo tiempo que un vivo despecho.

I haciendo un esfuerzo para dominarse, agregó:

-; No cederé a mis alucinaciones!

Trató de avanzar, pero la fuerza que lo sujetaba era mayor, i en vez de encaminarse al claustro, retrocedió hasta la calle. Verdad es que Guillermo no opuso la menor resistencia, poseido ya de un verdadero terror, que aumentó tanto mas, cuanto que la fuerza invisible que lo compelia, le hizo llegar hasta el medio de la plazoleta.

Pasaron como cinco minutos, sin que Guillermo pudiera volver en sí. Inmóvil, pálido, miraba a todas partes sin comprender lo que aquello podia significar; pero cuando ya se hubo serenado un tanto su razon, cuando volvió la calma i la enerjía a su espíritu,

—¡Soi un cobarde i un iluso! se dijo. ¡Entraré al convento aun cuando me maten!.....

Formulada esta resolucion, avanzó esta vez sin dificultad i entró al claustro.

—¡Todo no era mas que ficciones de mi cerebro! esclamó al verse en uno de los cuatro corredores que rodeaban el primer claustro. Guillermo se detuvo, presa su alma de una emocion desconocida.

Era la hora en que por primera vez la pequeña campanita' de distribuciones llamaba a los sacerdotes al coro.

Extinguida la vibracion de la campana, el claustro quedó sumido en un silencio profundo. Solo algunas diucas i otras avecillas entonaban alegres cantos, encaramadas en los altos pinos, cuyas cúspides besaba apénas el sol al nacer. Una cruz blanca se elevaba en el centro del claustro, i las flores que rodeaban su pié, i los pinos i los naranjos que le daban su sombra, parecian adorarla con el blando zuzurro de sus hojas ajitadas por la brisa de la mañana.

Guillermo, cuyo espíritu abatido necesitaba tanto de espectáculos como éste, respiró con fuerza aquel aire saturado con la fragancia de las flores, i sintió que sus pulmones se dilataban. Pero si experimentó esto en su organismo, no pudo ménos de notar tambien que su alma probaba una grata reaccion. Aquel silencio, aquella paz, llegó a su espíritu conturbado como un bálsamo para reanimarlo. En aquel momento, varios padres salian de sus celdas con paso grave, la cabeza tapaba con la puntiaguda capilla, i los piés a medio cubrir con las pobres sandalias. Su hábito talar color de tierra; los rosarios i cordones que ceñian a la cintura el tosco i burdo sayal; el recojimiento con que todos se encaminaban hácia el templo; el aire melancólico i humilde de unos; la sonrisa de paz que entrea-

bria los labios de otros: todo esto, mirado con avidez por Guillermo, desde la altura de desesperacion en que lo colocaban sus desgracias, apareció a su vista como una imájen del paraiso terrenal.

Hallábase embebido en tan gratas ideas, cuando un leguito, con un atado de llaves en la mano, se acercó a él diciéndole con voz suave, cariñosa, i acompañando sus palabras de una agradable sonrisa:

-¿ Necesitaba usted algo, señor?

Habia tal deseo de ser útil, tal comedimiento en el semblante, si así podemos decir, del leguito, que Guillermo lo miró como a un ánjel del cielo.

- —Quisiera ir ahí... adonde van esos sacerdotes, le dijo el jóven en voz baja, como para no turbar el reposo del lugar en que se hallaban.
- —No hai inconveniente, señor, le contestó el leguito. Venga usted conmigo.

El lego era una de esas almas de Dios, venidas al mundo sin pasiones, i que adoran al Hacedor como le adoran las avecillas: porque es Dios.

Guillermo lo siguió, empinándose en la punta de los piés para no hacer ruido. Creia profanar aquel santuario con el ruido de sus pisadas. Cuando llegaron al coro, ya los padres habian principiado su rezo.

Guillermo se fué a un rincon, i arrodillado ahí, buscó en su alma toda la fe de su niñez. Pero ¡ah! ésta habia desaparecido, i solo quedaba en su lugar la duda, la incertidumbre, el martirio!..... Los padres concluyeron su Oficio parvo, i Guillermo sintió que le tocaban lijeramente en el hombro.

Erā su antiguo confesor, el padre Clemente Leon, que le hizo señas de que lo siguiese a su celda.

Guillermo marchó tras él, sintiendo palpitar su corazon. ¿Qué haria? abriria a ese sacerdote su conciencia, para que como en otro tiempo lo purificase de sus manchas? Le confesaria que la duda se oponia a esa resolucion?

El padre Leon no le dejó tiempo para resolverse, pues apénas salió de la iglesia, le cojió las manos entre las suyas, diciéndole:

—¡Mi Guillermo! mi oveja descarriada! al cabo te veo volver al redil!... Cuando visitabas la casa de Dios, estabas fresco i rosado, i ahora el mundo te me devuelve pálido i abatido!... Ven, ven a mi celda, hijo mio, i ahí yo enjugaré esas lágrimas que empañan tus pupilas!.....

Guillermo siguió a frai Clemente sin poderle contestar. Su corazon sostenia una lucha terrible. Cuando llegaron a la celda, el padre Leon ofreció una silla al

jóven, i sentándose él a su lado, le dijo:

-Tú eres desgraciado, hijo mio, i por ello debo dar gracias a Dios, pues esto te hace venir a él. Porque ahora vienes a buscarlo, ¿no es verdad? Pues bien: Dios te recibe con los brazos abiertos. Mira: Dios no ha hecho nada inútil, i saca de las piedras hijos de Abrahan; quiere que tú purgues aquí, sin duda, las ofensas que le has hecho....

- -Pero, padre mio, le interrumpió Guillermo; usted que conoce mi vida entera, ¿qué hai en ella que merezca lo que sufro?
- —Aun cuando no tuvieras mas que imperfecciones hijo mio, esas solas bastarian para merecer, no digo las penas que sufres, sino una eterna condenacion. Los juicios de Dios son incomprensibles, su sabiduría es infinita, i al formar a sus creaturas, él ha sido dueño de darlas, o goces o penas, o.....
- —¡Ah! no puedo yo conciliar eso con la justicia de Dios! esclamó Guillermo.
- —Pues eso es en lo que mas resalta, hijo mio, su justicia. Dios puede darle a uno goces en esta vida, i quitárselos en la otra, i vice-versa. A mas, como Soberano dispensador de sus beneficios, él es mui dueño de darlos a cada uno como mas le agrade.....
- —¡Eso no es posible! esclamó Guillermo. Solo los hombres pueden hacer una cosa igual!

El padre Leon, que vió que su antiguo penitente se habia revelado, i no era el manso cordero de ántes, apeló a una nueva táctica. La discusion se hacia peligrosa hiriendo de frente la dificultad, i cual el jeneral que da un rodeo para atacar la parte débil del enemigo, se levantó de su silla, i revistiendo su semblante de cierta sonrisa protectora, dijo a Guillermo:

—Hijo mio, óyeme i no me interrumpas. Aun no sé lo que te sucede, pero infiero que traerás uno de los emponzoñados dardos que la sociedad clava en el corazon de los que la sirven. No debemos nosotros, viles

gusanillos de la tierra, elevar nuestra vista hasta Dios, para pedirle cuenta o interpretar sus actos soberanos. Basta que demos una mirada a la mas humilde de las florecillas, para que nos abismemos en una muda contemplacion. ¿De dónde ha sacado la flor sus vistosos colores? qué esencia nutre su cáliz que perfuma el aire con su olor? Porqué el rocío cada noche, viene a depositar en sus pétalos una perla, que podria decirse que es el beso que la noche da a la flor? Pero si de esta flor pasamos a otra flor, ¡qué variedad! qué hermosura! I sin embargo, hai un mundo de distancia entre una i otra! Esta es gallarda i hermosa, pero sin olor; aquella pequeña i humilde pero fragante. ¿ Qué sucederia si todas fueran rosas, mas rosas, mas rosas? El mundo se volveria un rosal. I Dios no ha querido eso. Resplandece su sabiduría en la armonía del conjunto, i por eso, si de la humilde violeta que ávida busca un rayo de sol medio oculta entre las yerbas, pasamos al corpulento arbusto que afianza sus raices en las montañas, vemos que Dios ha hecho un todo perfecto creando una infinita variedad de plantas, todas ellas diferentes, todas ellas.....

En aquel momento, frai Clemente fué interrumpido por un hombre del pueblo, que con semblante compunjido entró a la celda diciéndole:

- —¿ Podría su paternidad hacerme la caridad de confesarme?
- -¿ Qué no ha visto usted que estoi ocupado con este caballero? le preguntó el padre Leon, con tono de

reproche. ¡Salga usted i vuelva otro dia!

El pobre salió con la cabeza agachada a buscar en otra parte el consuelo o perdon que anhelaba.

—Estas jentes, dijo el padre Leon a Guillermo, son tan torpes, que es necesario tratarlos a la baqueta.

Guillermo recordó al instante la manera con que el doctor Simon recibia a les pobres. I al comparar el ministerio del doctor i el del sacerdote, al ver que el enfermo que en casa del médico buscaba la salud del cuerpo habia sido consolado, i que el enfermo que venia a la celda del sacerdote a buscar la salud del alma, habia sido desechado, no pudo ménos de sentir una gran contrariedad. Otra comparacion cruzó tambien como un rayo por la mente de Guillermo. El doctor no habia hecho ningun caso del hombre rico, cuando un pobre habia llegado a su puerta. El padre Leon no habia hecho ningun caso del pobre, porque se hallaba con un rico.

Estas reflexiones hicieron comprender a Guillermo que el hábito no era una divisa de la caridad.



of no sein and make a baging a class source a

Los bienes de la tierra juzgados por el padre Leon.

Frai Clemente, demasiado hábil para no adivinar que Guillermo se hallaba en una de esas situaciones de espíritu en que la razon se estravia, la enerjía se agota, i el entendimiento se ofusca, pensó, allá en sus adentros, que ninguna ocasion mas oportuna que aquella para atraerlo a la comunidad de que él formaba parte.

Debemos confesar, que si el padre Leon deseaba conquistarse al jóven para el claustro, no era por el solo hecho de poseer Guillermo una hacienda valiosa i una gran fortuna, sino porque a mas de esto, lo apreciaba bastante. Pero, a fuer de verídicos historiadores, debemos confesar tambien que si el jóven hubiera sido pobre, el reverendo no habria pensado en atraerlo.

Despedido el importuno que habia interrumpido al padre en su discurso, trató de reanudarlo diciendo al jóven:

-Como te decia, hijo mio, todo lo que nos rodea no es mas que un misterio. La naturaleza, rica en dones, henchida de maravillas, es el problema que el Qm-

nipotente presenta a toda hora a nuestra vista deslumbrada. Problema planteado por la sabiduría infinita, solo la infinita sabiduría podrá resolverlo. Nosotros, ciegos e ignorantes, ¿ cómo podremos ver la luz, i comprender los arcanos del que es nuestro Creador? I si no podemos comprender cómo nace la verbecilla, cómo se arrastra i vive el insecto, cómo se crian, crecen i se desarrollan los seres, ¿podremos remontarnos para ir a pedir cuenta a Dios de lo que hará con nuestro espíritu, i de lo que nos niega o concede en esta vida, que no es mas que un soplo, un suspiro comparado con la eternidad?-Vamos, me confesaréis, hijo mio, porque tú tienes intelijencia i buena razon, que es un absurdo gastar nuestro tiempo en pensar cosas que jamas podremos esplicárnoslas. La Iglesia, infalible en sus prescripciones, ha prohibido se medite en esto, porque de indagaciones que a nada conducen, resultaria el ateismo o la herejía. El hombre debe inclinar la cabeza, i si quiere obtener la salvacion, necesita de una obediencia absoluta hácia Dios. Cumpliendo con esto, hijo mio, serás feliz, mui feliz en esta vida, i no lo serás ménos en la otra.

—¡Feliz! murmuró Guillermo, que de las palabras de frai Clemente era la única que le habia llamado la atencion. ¿Qué es la felicidad en esta vida? le preguntó con amargura.

—¡La felicidad! repitió el sacerdote con tono dramático. La felicidad, Guillermo, es la paz absoluta del alma; i la paz absoluta del alma, es la que da Dios!

En el mundo, si es que hava goces, están siempre acibarados por algun recuerdo desagradable; i por lo mismo, no hai felicidad! Mira, voi a mostrarte los goces del mundo. El rico eleva un palacio, da cada dia un banquete: i se proporciona cuanto apetece ; es feliz?-¡Imposible! sus negocios lo inquietan, su avaricia lo atormenta, i vive intranquilo i preocupado. El sabio, es feliz?-; Imposible! su saber lo enorgullece, el deseo de avanzar lo trabaja; i como sus inferiores le odian i denigran, él siente a su vez odio i desprecio por ellos. El padre de familia, ¿es feliz?-; Ah! contesten por mí aquellos cuya mujer los ha traicionado, cuyos hijos los han desconocido, i cuyos mil otros tormentos han amargado su corazon. Este es rico, pero habrá pasado la ilusion que le hizo unirse a una mujer i la odiará; ese ama i es amado, pero su trabajo no bastará para su familia; aquel, en fin, herido de un modo o de otro, maldecirá la vida si no con los labios, con el corazon!.....

-¿Dónde, entónces, preguntó Guillermo, se encuentra la felicidad?

—¡Solo aquí, en esta santa i tranquila morada! le dijo frai Clemente con voz solemne. Los sinsabores de la vida se estrellan en las murallas que rodean este recinto, i la voz del mundo no viene jamas a turbar nuestra quietud. Aquí todos somos hermanos i no hai envidia: aquí todos somos castos i no hai celos; aquí, pensando siempre en los bienes del cielo, ni una mirada damos al oro que vosotros codiciais; i nuestra alma,

unida a toda hora con Dios, que es la paz, goza tambien a toda hora de los celestes beneficios que El la da. Tú no podrás comprender, hijo mio, cuál es el placer de esa union íntima del espíritu con Dios. Union que arrebata, que aumenta los goces a medida que es mas contínua, i que no es como la carnal, que tras la sensacion viene el fastidio, i tras el abuso la muerte! Aquí gozamos con todo: con la oracion, con el ayuno, i nuestra vida se desliza tan suave i tranquila, como el pequeño arroyo que corre en un lecho de arena. Vosotros, hombres del mundo, a quien os aterroriza la idea de privaros de la mirada de una mujer, no podréis comprender jamas cuánto goce hai en vencer a la carne que se revela, i en decir: [no quiero! al corazon que palpita por un amor terrenal! Vosotros que daríais vuestra vida por una mujer, no sabeis la exaltacion con que puede amarse a María, mas que todas pura, mas que todas bella, mas que todas sublime e ideal! No sabeis lo que es llamar madre, esposa, a la que fué madre de Dios; i en medio de coloquios íntimos, oir su voz que nos acaricia i llama hácia sí. Pero ¿a qué decirte esto a tí, hijo mio, que tal vez no lo comprendas ni lo esperimentes jamas, arrastrado por el mundo i sus falsos deleites? En el mundo vosotros correis tras una quimera, i nosotros marchamos aquí tras una realidad! Vosotros, a la media noche, ora correis tras un ilícito placer, ora os revolcais en vuestro lecho sumidos en una muda desesperacion; nosotros aquí, ora dormimos tranquilos porque nada hai que nos preocupe o atormente, ora nos entregamos a una fervorosa oracion.

El pesar no nos acongoja porque nos es desconocido: el porvenir no nos espanta porque lo conocemos... I cuando los hombres vienen aquí por millares a contarnos sus dolores, nosotros alabamos a Dios porque nos ha esceptuado de ellos!... Guillermo, mi querido Guillermo, si eres desgraciado, ¿porqué no buscas aquí tu consuelo? Si el mundo te ha herido, ¿ porqué no pides a la relijion un bálsamo que te cure?... Mira, aquí, entre tus hermanos, tu vida será dulce como la miel. ¿Te fastidia el teatro, donde todo es ficcion? Acude al templo donde todo es verdad. ¿La música, el baile, los saraos, te hacen mal? Aquí el órgano conmoverá tu corazon; i si arranca una lágrima a tus ojos, será de consuelo i bienestar. Iremos al coro donde los ánjeles unen su voz a nuestra voz; i si prefieres la soledad, el mas oscuro rincon de tu celda se convertirá para tí en un sitio encantado, porque ahí te hablará Dios!... ¿ Qué dices? Tú que vienes con el alma conturbada, ¿quieres en poco tiempo ser feliz?

—¡Oh! sí; si lo quiero, esclamó Guillermo. Dejadme aquí con vos i con nuestros hermanos!....

—¡Dios te haga perseverar en esa santa resolucion, hijo mio! le dijo frai Clemente abrazándole con júbilo.



mente ser use de l'estate à la la riverient de l'entre

Perinde ac cadaver.

Jamas son nacidas del alma esas violentas determinaciones que suele tomar el hombre cuando un pesar atormenta su corazon. Exaltado su espíritu por el sufrimiento, su razon se debilita, su enerjía languidece, i su ánimo se predispone a recibir con agrado lo que en otras circunstancias habria mirado con desden.

Guillermo, impresionado con el lenguaje del padre Clemente, aceptó con entusiasmo la idea de concluir sus dias en un convento. Aquella paz que en la mañana habia llevado a su espíritu la vista de los claustros: la quietud, el aire de dicha que creia encontrar en todos aquellos hombres que por vestido cargaban un tosco sayal: la idea de probar como ellos esos goces íntimos que nacen de hablar con Dios; la esperanza, en fin, de cambiar en vida feliz su vida desgraciada, le hicieron mirar al cielo como a un último refujio de su alma aflijida.

Frai Clemente le dijo que orara, i Guillermo oró. ¿Pero pudo encontrar el consuelo que anhelaba?— Nó: su espíritu no estaba preparado para la oracion. De rodil!as sobre los desnudos ladrillos, principió por pedir al Omnipotente, como lo único que podia curarle, el olvido de sus dolores; pero al hacerlo, mil recuerdos que palpitaban en su memoria se agolparon a su cerebro; i so pretesto de hacer de ellos algo como un catálogo para arrojarlo en seguida en las tienieblas del pasado, contó a Dios la historia de sus amores con todos los detalles de sus goces, esperanzas i pesares. Al concluir, su alma estaba mas impresionada, su corazon mas enfermo: en vez de pedir consuelo, pedia justicia: en vez de someterse a la voluntad divina, la interpelaba. Su oracion no habia sido un consuelo; por el contrario, habia encontrado en ella lágrimas mas amargas que las que hasta entónces habia vertido.

—¡Orad, hijo mio! le repetia el padre Leon; orad sin cesar i con fe, i al fin alcanzarás lo que pretendes. Dios no viene a nosotros al primer llamado, pues quiere probar nuestra constancia i ejercitar nuestra fe. Orad, orad siempre, a toda hora, en todos los instantes!....

I Guillermo oraba, o mas bien dicho, trataba de orar nuevamente; pero su imajinacion le arrastraba bien pronto a otras ideas, i cuando debia pronunciar el nombre de Dios, sus labios modulaban el de Corina. Su naturaleza, recobrando un vigor inusitado con la ociosidad i la inercia del claustro, lo impelia por otra parte, a los goces del mundo, i mas de una vez se sorprendió pensando, nó eu los goces de la gloria i en las

penas del infierno, sino en los placeres que le habria hecho probar Corina con su ardiente amor. Estas ideas voluptuosas lo aterraban. Era profanar aquella casa donde todo era pureza i castidad, i donde talvez jamas un pensamiento impúdico hacia temblar el corazon.

Guillermo, avergonzado, temeroso, confesó a los piés de frai Clemente lo que sufria; i el buen padre, despues de decirle que aquellas eran tentaciones de satanas, le ofreció que le iba a dar un remedio para ahuyentarlo.

En la noche del mismo dia en que tuvo lugar la confesion de Guillermo, frai Clemente puso en las manos del jóven una pesada i terrible disciplina, diciéndole:

—Cuando la carne se revela, hijo mio, es necesario castigarla. Mascera tu cuerpo para que purifiques tu espíritu. Desde mañana ayuna i mortificate en todo. Si la blanda cama te trae tentaciones, acuéstate en el suelo; si la vista de una imájen te conmueve, no alces su vista de la tierra. El ayuno, los cilicios, la disciplina, son sobre todos, los mas eficaces remedios. Cuando hai mucha sangre en las venas, hai también muchos deseos en el corazon. Hace de tu cuerpo un cadáver i verás que tu espíritu se eleva a Dios.—Ea, principia desde esta noche: no tengas lástima a ese cuerpo que un millon de gusanos bien pronto ha de roer.

Guillermo, solo esa noche en su celda, apagada lá luz, desnuda la espalda, tenia entre sus manos el instrumento con que debia martirizarse.

Temblaba al recordar las doce rocetas de acero, con puntas tan agudas como las de un arfiler, de que estaba armada la disciplina. Pero como este terror no fuera bastante para vencer su naturaleza de jóven, que por el hecho mismo de irla a combatir se revelaba con todo su poder, Guillermo apretó los labios, cerró los ojos a pesar de hallarse a oscuras, i se descargó sobre las espaldas el primer golpe....

El dolor le hizo lanzar un débil grito; pero como en ciertas organizaciones, todo exalta hasta el delirio, Guillermo se encarnizó contra sí mismo i repitió los golpes unos tras de otros.

Durante un cuarto de hora, no se oyó en el aposento otra cosa que el ¡chás!... chás!... que producia la disciplina al caer sobre la carne empapada en sangre!...

Guillermo se detuvo al fin: nó porque creyera que su penitencia era bastante, pues no tenia razon para apreciarla, sino porque sus fuerzas se agotaron i cayó de bruces sobre la sangre con que habia salpicado los ladrillos de su oscura celda!...

Cuando volvió en sí, estaba yerto por el frio.

Habian dado las doce de la noche.

Su intelijencia estaba muerta: su cuerpo magullado i dolorido....

¡Principiaba a ser un cadáver!...

El instinto de conservacion i el del bien estar, habló en él.

Maquinalmente, como el perrillo recien nacido que con los ojos cerrados aun, busca cuando tiene frio el abrigo de la madre, así Guillermo, arrastrándose, tentando aquí i allá, llegó a su lecho i se acostó.

Su dormir no fué sueño; fué un largo i ajitado desmayo...,

A la mañana siguiente, tenia fiebre pero se levantó para ir al coro. Los padres rezaron su oficio i él repitió una que otra palabra de un modo maquinal. I no es que en aquel momento pensara en Corina, ni que el diablo pusiera ante sus ojos una tentacion: nada de eso; su mente no estaba ocupada ni por Dios, ni por satanás. ¿En qué pensaba?—A veces en nada, a veces en cuando era niño, i jugaba a las bolitas.

—Ya lo ves, hijo mio, le decia un momento despues el padre Leon; tus penitencias han ahuyentado la tentacion, pues tú mismo me dices que nada ha turbado anoche tu sueño. Ya sabes el remedio; apénas hable la carne, adviértele que no estás desprevenido.

Guillermo, en aquel dia, no comió, tanto porque estaba ayunando, como porque tampoco tenia hambre; i en la noche, cuando el silencio le hizo conocer que todos se habian recojido, se puso de rodillas para hacer oracion.

El reposo del dia, la fiebre que le devoraba, devolvieron una enerjía ficticia a su naturaleza. Como ya le habia sucedido otras veces, en vez de pensar en Dios pensó en Corina; i al pensar en ésta i en su her-

mosura, su corazon de jóven se sublevó. Pero esta vez conocia el remedio i apeló a él.

La terrible disciplina solo funcionó cinco minutos esta vez, sobre aquellas carnes maltratadas con tanta barbarie en la noche anterior.

Guillermo se desmayó de nuevo, pero esta vez su desmayo duró hasta el otro dia, hasta la hora en que el padre Leon iba a invitarlo para pasar al coro.

Algun remordimiento debió pasar como un relámpago por la conciencia del fraile al contemplar a ese jóven que un dia ántes prometia aun largos años de vida, i que ahora estaba próximo a morir, pues su frente se nubló, i fué a llamar a otros padres para que le ayudaran a socorrerlo.

La terrible arma del martirio, la sangre que habia empapado las ropas del jóven, no dejaban lugar a dudas acerca de la causa que habia producido su desmayo. Los padres condujeron a Guillermo a la cama, lo reanimaron, le hicieron beber un poco de vino, i alabaron su celo por el amor de Dios. El padre Leon prohibió al jóven bajo santa obediencia que volviera a azotarse, diciéndole que él, como su director espiritual, calcularia cuando podia hacerlo nuevamente, i cuantos disciplinazos debia darse cada vez.

Guillermo obedeció esta órden con tanta docilidad como si se la hubieran dado para macerarse de nuevo.

Habia llegado a esa situacion del espíritu en que se vive porque se vive: es decir, se vive sin ilusiones, sin pesares, sin mas pensamiento que el de hoi, sin mas recuerdos que el de ayer.

Era el perinde ac cadaver que los frailes necesitaban.

mirror o miser en en en en interes e monte.

provide promoting the control in the

Darsama folizionineldarella, el middistigno dismore

Peligros del sacerdocio.

Algunos dias despues de estos acontecimientos, Guillermo se hallaba en cama, no tanto por una enfermedad del cuerpo, como por una postracion absoluta del espíritu.

Frai Clemente temió por su vida, i como ya el jóven habia prometido que al profesar cederia todos sus bienes al convento, los reverendos necesitaban sanarlo, o por lo ménos, devolverle una parte de su razon para inclinarle a que testara en favor de ellos en caso de que su enfermedad le llevara al sepulcro.

Por una feliz coincidencia, el médico que siempre ocupaban en el convento, era el doctor Simon, cuyo desinterés habian notado en mas de una enfermedad de alguno de los padres; así es que se le llamó para que asistiera al jóven.

El doctor, conoció en el acto a Guillermo; i al recordar la historia que el jóven le habia narrado, comprendió lo que le sucedia. Guillermo estrechó la mano que le tendia el doctor, se sonrió tristemente, e inclinó en seguida la cabeza como desfallecido. El médico se quedó largo rato contemplándole, i leyendo por decirlo así, en el marchito semblante del jóven, la historia de los dias que habia pasado en el claustro. Comprendió que tal cual estaba, no podria hablar ni dar forma a un pensamiento; así es que no le interrogó i se limitó a dejarle una bebida.

Desde entónces, el doctor Simon siguió visitando al jóven tres veces al dia. Como siempre se hallaba re delante el padre Leon, el prudente doctor no aventuraba ni una sola pregunta que diera motivos al fraile para sospechar.

Sea que el doctor se hubiera conquistado ya una gran confianza, sea que al ver la convalescencia de ljóven, los padres no creyeran necesario estar en la celda cuando llegaba aquel, lo cierto es que el médico notó a los ochos dias, que ya no venian a molestarlo con su presencia inquisitorial. Cuando mas, lo que hacian era acompañarlo hasta la celda, conversar un rato con él i con el convalesciente, i en seguida retirarse a sus quehaceres recomendándole diera un poco mas de conversacion al jóven.

El doctor cumplia admirablemente con este encargo. Profesaba un gran cariño a Guillermo, i era para él mui dulce el consolarle. En aquellos momentos, en que quedaba solo con él, le hablaba de la naturaleza, de Dios, de los hombres, mezclando en su conversacion,

anécdotas, chistes, pasajes históricos, i hechos maravillosos. Cuando le hablaba de Dios, habia en sus palabras algo que a Guillermo encantaba, algo que ensanchaba su espíritu, i mil veces se dijo en su interior: «Si en este momento me pusiera a orar, creo que podria hacerlo.» I el jóven no se engañaba, porque el doctor sabia conmoverlo, sabia llegar hasta el fondo del alma con su lenguaje sencillo i su voz calmada i llena de bondad. Pero esta buena impresion se desvanecia bien pronto. Apénas se alejaba el doctor, el padre Clemente lo reemplazaba para hablarle tambien de Dios. Pero cuán distinto era el dios que éste le mostraba! ¡Cuán distinta era la impresion que Guifermo sentia! Cuando se alejaba el médico, Guillermo je hallaba alegre, feliz: cuando el sacerdote se iba a su belda, el jóven se quedaba triste i aterrorizado. Nació de aquí que Guillermo probó a su vez un gran cariño por el doctor; i que ansiara tanto el estar con él, que cuando se pasaba algunos minutos de la hora en que debia llegar, se ponia intranquilo i probaba un inmenso malestar.

Pasaron cuatro dias mas, i Guillermo abandonó el lecho i se le permitió dar un paseo por los claustros.

Era la tarde, i el doctor Simon, acompañado de frai Clemente, entraron en la celda de Guillermo.

—Vamos, dijo el padre al doctor, e indicando al jóven; aquí tiene usted a su enfermo, que gracias a usted i a su esmerada asistencia, vivirá largos años mas.

Gracias a Dios, no a mí reverendo padre, dijo el anciano con su voz calmada. Dios ha querido conservarle la vida, talvez para hacer por medio de él una gran obra.

—¡Eso es! esclamó el padre Leon sumamente complacido. Eso es lo mismo que le he dicho hoi. Dios le ha devuelto la vida para que la dedique a El, i Guillermo seria un ingrato si no hiciera la voluntad de Dios. Háblele usted en este sentido, doctor; aunque mi amado Guillermo no necesita ya de consejos, usted que vive en el mundo i lo conoce, podrá decirle, mejor que yo, cuàn insípido es todo lo que él nos da. Háblele, doctor; yo me voi porque tengo que hacer.

Iba ya a retirarse, cuando se volvió parareciendo recordar algo:

- —Dígame, doctor, le dijo: ¿no podria salir Guillermo mañana, a efectuar una dilijencia, yendo en un coche i bien abrigado?
- —Sí, dijo el anciano; con tal que fuera al medio dia.
- —¡Magnífico! esclamó el padre L'eon. Mañana podremos salir, hijo mio. Prepárate, i habla con el doctor sobre la puerilidad de los bienes de esta vida!

El padre Leon se alejó frotándose las manos con satisfacion, i el doctor se acercó a Guillermo diciéndole:

- -¿ A dónde va usted mañana?
- A mi casa, contestó Guillermo. I haciendo un jesto de indiferencia, agregó: quieren que se efectúe

mañana la donacion. Lo mismo tiene que sea mañana u otro dia.

- -¿ Donacion de qué? le preguntó el doctor.
- —De todos mis bienes, que cedo al convento, pues yo debo profesar.....
- -¿ Está usted loco? le interrumpió vivamente el anciano. Pero arrepintiéndosé al instante de haber hablado con tanta franqueza, agregó: Usted me ha manifestado algun afecto i alguna confianza, ¿por qué no me habia dicho ántes lo que pretendian hacer con usted?

Guillermo encojió los hombros i despues contestó:

- -No lo habia advertido.
- -Pero ¿es una resolucion irrevocable la suya?
- —¡Qué quiere usted que haga! ¡no sabia qué hacer en el mundo!.....
- —¡Oh! esclamó el doctor. ¡Usted no sabe lo que podria hacer en el mundo!... Usted, jóven i dueño de una gran fortuna!... Vamos! usted está mas enfermo de lo que yo creia!... ¿Piensa profesar? hacerse sacerdote?
- —Talvez no llegue a esa dignidad, contestó Guillermo. Todo lo que quiero es tener aquí, en esta santa i tranquila casa, un rincon cualquiera en qué concluir mis dias. ¡Qué quiere usted, doctor! El mundo me ha tratado mal, mui mal, i yo le tengo odio. Créame, todo lo que viene de él me fastidia, i solo usted, el único, me agrada... A propósito!... Mañana voi a

mi casa á hacer un inventario de cuanto poseo para cederlo por medio de una escritura pública al convento como ya he dicho. Pero me he acordado de usted, doctor: guárdeme el secreto, pues he ocultado este pensamiento a mi confesor: he hecho mal, lo conozco pero ya me lo perdonarán. He pensado que mañana, al tiempo de estender la escritura, es ocasion de apartar para usted unos cinco mil pesos. Se lo diré al escribano, a frai Clemente, nó, talvez me lo impediría.....

—¡Nunca! esclamó el doctor. ¡Yo no recibiré un centavo!

—¡Por qué? le preguntó sencillamente Guillermo. Yo tendria mucho gusto en ello; amas, yo me alegraria un poco de lo que ellos rabiarian por eso: quiero hacerles una jugada, porque me parece que son un poco ambiciosos: esto se lo digo a usted, no mas, doctor, porque en usted tengo mucha, muchísima confianza. I ya que voi a darles todo, creo que bien me será permitido disponer de esa bagatela de cinco mil pesos.... ¿No le parece a usted justo, doctor?

El anciano se habia enternecido, i miraba a Guiller-

mo con piedad.

—Ya he dicho, agregó al fin, que yo no recibiré ni un solo centavo. Tengo lo necesario para vivir, i esto basta a mi felicidad! Ya que me manifestais vuestras intenciones, que son una prueba del afecto que me teneis, no cumpliria con un deber si no os hablase con toda franqueza. Si presumiera que podeis ser feliz en la vida que vais a abrazar, seria el primero en

deciros que marcharias adelante; pero hai algo en el corazon que me dice, que llorareis mas tarde lo que hoi haceis, cediendo a un impulso de vuestra razon ofuscada. No creais que yo censuro la vida del claustro, ni que soi enemigo de esas asociaciones relijiosas; nada de eso, el hombre debe seguir la senda por donde crea llegar mas pronto a Dios; pero ántes de dar el primer paso en ella, es necesario que medite, es necesario que consulte, no solo a sus pasiones, que son el timon de su vida, sino tambien a su alma, que es el motor de su existencia. ¿ Habeis hecho esto vos? ¿ Habeis pensado en los peligros a que os esponeis? Nó; habeis visto un claustro donde brotan las flores i reina la mas absoluta tranquilidad: habeis visto las celdas, todas ellas blancas i aseadas, sin nada superfluo, sin nada que no sea necesario: habeis visto un templo en que tarde i mañana se alaba a Dios, i habeis visto, en fin, gran número de sacerdotes, jóvenes unos, ancianos otros, pero todos ellos con la paz del alma retratada en el semblante, con la quietud i alegría del corazon, reflejada en la sonrisa de los labios; i al ver todo esto llegando de improviso del mundo, donde no hai silencio, donde todo es vanidad, i donde, en fin, mas se ven los amargos ayes del desencanto que las sonrisas de la felidad; i al llegar aquí, repito, herido por el mundo, i con el corazon desgarrado, os habeis dicho: "¡Esta casa es la que me conviene; este asilo es el que queda a mi dolor; este consuelo es el que necesita mi infortunio!".....

El doctor guardó un momento de silencio como para dejar tiempo, a Guillermo, de reflexionar.

-No es la tranquilidad de los claustros, continuó el doctor con voz pausada, ni la sonrisa de los semblantes, lo que debeis inspeccionar. Dirijios al corazon de esos que sonrien, i talvez vereis que mas de uno nada en un mar de hiel. Para probarlo, bastará que demos una mirada a sus naturalezas de hombres i examinemos con alguna detencion su ministerio divino. Pero como esto seria mui largo, veamos al sacerdote -hombre en los tres principales votos que lo encadenan a la comunidad. Principiemos por la pobreza. Jesus, al echar los primeros granos de su doctrina, fundó la pobreza como la escala mas segura para llegar al cielo, i mandó a sus apóstoles, i en ellos a todos los que se creen sus descendientes, que la tomaran por divisa. Debemos confesar que bien poco caso se hace de tal mandato, i que talvez, como vivimos en un siglo de positivismo, se ha hecho necesario hacer de oro los tramos de esa escala. No creais, jóven, que pondero ni denigro: cuando mas constato; i si lo dudais, dad una mirada al mercado humano que se hace con las cosas divinas. No quiero hablaros de los diezmos i primicias establecidos por un mandamiento: no quiero recordar las bulas de composicion, en que por dos pesos se perdonan cincuenta a un usurero que por sus muchos robos i'enredos se halla confuso para restituir; tampoco nos detendremos en las cofradías i hermandades, donde, merced a tantos reales comprais tantos dias de perdon, i merced a tantos pesos, nada ménos

que la gloria sin un segundo siquiera de expiacion. Esto no merece recordarlo ya, porque felizmente hai pocos que den dos o mas reales por colgarse al cuello un escapulario; pero lo que sí necesitamos mirar, es lo que existe i existirá por mucho tiempo aun. Quiero hablar del bautismo, sin el cual, se dice, no podeis entrar al cielo: del bautismo que es necesario pagar a un peso por cabeza. Despues del bautismo viene el matrimonio, que debeis pagar arreglado a una tarifa i a vuestra posicion social, i despues del matrimonio viene la muerte, trance en que debeis pensar de antemano para preparar el cuadro de tierra que ha de abrigar vuestro cadáver!... Pero aun no es esto todo!... Vuestra familia, que vive en la creencia de que librando bien en el juicio que os ha tomado Dios, habeis ido al purgatorio por muchos cientos de años, vuestra familia, digo, que tiene esta creencia, i la de que, el único medio de aliviar los sufrimientos es mandaros decir muchas misas, arrebata el pan a los hijos i a los pobres para pagar ese sacrificio que dicen no tiene precio, pero que no se consuma por ménos de ocho reales!....

—Pero, doctor, le interrumpió Guillermo un tanto alarmado; si los sacerdotes no tuvieran dinero por eso... por las cosas de su mismo ministerio, se moririan de hambre.

—Nó, jóven; estais equivocado. Serian pobres, pero tendrian abundancia. El dia que se supiera que habia un conjunto de hombres que se dedicaban a Dios i vivian de la caridad, ese dia todos serian caritativos. Fi-

gurémonos un claustro que no tuviera mas que lo que diariamente le proporcionaran las personas compasivas, i que el dia que tuviera de mas fueran ellos los primeros en darlo a sus hermanos: ¿creis que podria llegar una ocasion en que les faltara el sustento? Pero supongamos que llegara ese dia, i que cada padre o cada hombre de ese convento tuviera que salir a la calle a pedir un pan; vos, aunque fuerais un impío, ¿no le daríais el asiento de honor en vuestra mesa, teniendo la' seguridad de que no se burlaba vuestra caridad?... Me direis que seria un espectáculo doloroso de ver, el que hombres dedicados a Dios, tuvieran que abandonar su ministerio divino para mendigar su sustento!... Nó, eso no seria doloroso sino sublime, i lo que verdaderamente es doloroso, es que esos mismos hombres arrojen el oro a puñados, ya sobre el tapete verde del azar, ya sobre unas túnicas no consagra das como las que ellos cargan!.....

- —¡Pero, doctor! le interrumpió Guillermo casi escandalizado. ¡Esas son escepciones!.....
- --¡Escepciones! repitió el médico con sonrisa amarga. Las escepciones, jóven, debemos buscarlas en el estremo opuesto!... Dad una mirada, i por rápida que sea, hallareis, no talvez al sacerdote jugador o impuro, pero sí al que arrastra elegante coche, al que vive en suntuosa morada, i al que se alimenta en opípara mesa!... Mirad siquiera entre los que conoceis!... ¿Hai uno, uno solo, que pueda llamarse verdaderamente pobre, que tenga que pensar hoi en su alimen-

to de mañana? Hai uno que viva preocupado por la lucha constante de la pobreza?... Si hai ese uno, mostrádmelo; i si verdaderamente es pobre por haber sacrificado sus bienes auxiliando al desvalido, yo, yo que los ataco de un modo duro talvez, pero justo sin talvez, yo seré el primero en besar la tierra que haya pisado la zuela de su zapato!.....

Guillermo inclinó la cabeza, porque desgraciadamente no pudo citar ese uno que le pedia el doctor.

—Vamos, jóven, agregó éste; consultad vuestro corazon para ver si es capaz de habituarse a la pobreza que prescribió Jesus; ved si estareis siempre dispuesto a correr en socorro del desvalido, si sacrificareis vuestro bienestar, vuestra propia vida por el desgraciado o menesteroso... Ved si sois capaz de no proceder como muchos, i de no seguir el ejemplo de casi todos!... Si creis que sí, echad sobre vuestros hombros el vestuario que os ha de mostrar al mundo como un modelo de virtud i de caridad!......

Guillermo pareció meditar.

El doctor continuó:

—Pero no basta que seais pobre i caritativo. Es necesario que seais tambien casto i humilde. El hombre que acepta el cargo de ministro de Dios, debe recordar siempre que Jesus dijo: "si os hieren en la mejilla derecha, presentad la izquierda." La humildad ensalza al hombre, no solo a los ojos del hombre, sino a la vista de Dios. Nadie mas que el sacerdote necesita de esa virtud. La obediencia ciega, absolu-

ta, que se le exije hácia sus superiores, es en muchos casos la prueba mas poderosa a que se somete su humildad. Sabido es que en algunas órdenes se ha llevado a tal estremo esa humillacion, que se la ha hecho servir para el expionaje de sus mismos hermanos. Vos, jóven, creado libre e independiente, ¿os sentís con bastante mansedumbre de espíritu para renunciar a vuestro libre albedrío, i no pensar, i no ejecutar cosa alguna que no sea de la voluntad de un superior, talvez torpe i exijente? ¿Os creis bastante enérjico para reprimir los impulsos de vuestro orgullo cuando álguien os ofenda, i cumplir así con el precepto de Jesus?.....

- —Pero ese no ha sido un precepto, interrumpió Guillermo. El padre Leon me ha esplicado que cuando Jesus dijo que se pusiera la mejilla derecha si habíamos sido abofeteados en la izquierda, no lo instituyó como un mandato sino que lo dió como un consejo. Para probarme esto, me habló de que si venia un salteador a mi casa, yo debia matarlo; i que si un ejército estranjero invadia mi patria, no debia cruzarme de brazos sino devolver golpe por golpe, i si yo podia darle dos, mejor.....
- —I si podíais asesinarlo a traicion, ¿ no os dijo tambien que seria mejor? le preguntó el doctor.
- —Segun i como, replicó Guillermo. Para esto me ha dado como ejemplo a la gran Judit cuando mató a Holofernes.
- —¡Oh! sí, esclamó el doctor; bellísimo ejemplo para autorizar el homicidio siempre que convenga a inte-

reses particulares! La gran Judit, como la llamais, obtuvo su título de santa por haber asesinado, alevosa i cobardemente, a un hombre que dormia embriagado!...; Oh! esto no se comenta!... Respecto a la defensa, es de derecho natural, i aunque no se haga mal en matar al que debia matarnos, eso no quiere decir que se haga bien. Hablando en estilo teolójico, no se pecará, pero tampoco se habrá hecho una obra buena. Mas, dejemos esto: el tiempo pasa, i quiero hablaros del tercer voto:-de la castidad. Es aquí, jóven, donde quisiera tener toda la elocuencia de un Ciceron para convenceros. No creais que pueda ocuparme de censurar a los que delinguen; me faltará el tiempo para compadecerlos. Al sacerdote que no es casto se le tiene por un criminal, cuando solo es un desgraciado. Entre las pasiones, o mas bien, entre las necesidades que prueba el hombre, una de las mas imperiosas es la de reproducirse. Todo en la naturaleza obedece a esta lei sublime. Brota la planta, i apénas formada, saca de su savia la semilla que arroja a la tierra para reproducirse: sale el ave del cascaron; i apénas el ropaje de sus plumas le permite hender el aire, corre en busca de la compañera que ha de participar de su placer: nace el bruto, i aun cuando se halle aislado i perdido en las selvas, con sus rujidos llama a la hembra que va a fecundar. ¿I el hombre? El rei de la naturaleza nace i crece; i cuando llega a la primavera de la vida, todo le atrae a eso que ha llamado amor. El aire tiene ecos que él no habia oido; las flores perfumes que él no habia percibido, i su corazon, aletargado hasta ese ins-

tante con el sopor de la inocencia, se despierta turbulento i bullicioso haciéndole ver que falta mucho a su completa felicidad. Ese mucho, con una forma vaga al principio, perceptible un momento despues, se presenta real i poderoso al fin, mostrando los contornos de una mujer. Es entónces cuando el hombre comprende lo que pueden significar las palabras gloria, poesía, amor, porque la gloria la ve en la sonrisa de unos labios, i el amor i la poesía lo siente en su mismo corazon. La naturaleza ha lanzado el primer grito; la imajinacion ha forjado el primer placer; el espíritu ha concebido la primera ambicion, i jai de aquel que acalle ese grito, que ahogue ese placer i que sofoque esa ambicion, porque ellos hablarán tan alto, que pueden hacer maldecir los obstáculos que los enfrenan!... El hombre o la mujer, que cediendo a un fanatismo o al abatimiento que le produce una desgracia, jura a Dios matar sus sensaciones, no hace otra cosa que revelarse contra su voluntad, i cometer un torpe perjurio! ¡Sí, un perjurio, porque ese voto inconsiderado e inútil, aun cuando no se quebrante de hecho, se quebranta con el deseo!... Es necesario que el sacerdote no sea hombre, que no tenga carne: al cubrir su cuerpo con un sayal, es preciso que robe a un ánjel su espíritu impecable. Pobres párias en el centro de sus hermanos, no sabrán jamas lo que es la sonrisa del hijo ni el beso casto de una esposa!... Pero son pocos los que se resignan al aislamiento absoluto; pocos los que resisten hasta el fin los impulsos de la naturaleza; i cuando caen, jai! solo ellos podrian decir cuál es su situacion! Forzados a venerar en el esterior lo que maldicen en el interior; compelidos a rendir culto a la austeridad cuando todo los compele a la incontinencia, el remordimiento los tortura, el temor del escándalo los desespera, i por un minuto de un goce que les está vedado, tienen un dia, un año, talvez la vida entera que lamentar su frajilidad!... Si Dios les da un hijo, jamas sus oidos escucharán el nombre de padre; i aun cuando se destroce su corazon, tendrán que vivir léjos, mui léjos de él, para evitar que ese ser, que ellos aman con delirio en el silencio i en el disimulo, no venga un dia i les diga: ¿ Por qué me diste la existencia? Tu crímen ha caido sobre mi cabeza i los hombres me desprecian i zahieren, como si yo fuera el perjuro, como si yo estuviera maldito de Dios!....

¡Jóven!—agregó el doctor tras un breve rato de silencio—necesitaria de mas tiempo que del que podemos disponer, para hablaros con la estension que requiere este asunto. Concluiré haciéndoos notar que al sacerdote le es mas difícil que a cualquiera otro hombre, el conservar su pureza. Vos, que arrastrado por el estravío de vuestra razon, vais a aceptar el hábito como un remedio para lo que sufrís, sondead ántes vuestro corazon i preguntadle si tendrá valor siempre,—oidlo bien,—siempre, para luchar con las pasiones que lo han de combatir. Preguntaos vos mismo, si allá, cuando estén cicatrizadas las heridas que ahora os acongojan, tendreis la suficiente enerjía para luchar a cada instante, con las mil tentaciones que os han de rodear. Preguntaos si no sucumbireis en esas largas ho-

ras de ocio que debeis pasar encerrado en una celda, sintiendo palpitar en vuestro oido el acento juvenil de una confesada, que con voz temblorosa, i lenguaje lleno aun de voluptuosidad, ha venido a contaros los momentos de placer que ha gozado!...; Creis que podríais permanecer frio como el mármol, como una estatua, teniendo ahí, a una pulgada de vos, a una mujer jóven i hermosa talvez, i cuyo aliento, rasgando la frájil cortinilla que os separa, va a rozar vuestras mejillas? Podreis resistir al aroma enervante que despiden los vestidos de una dama? podreis, en fin, ser un cadáver cuando teneis un espíritu; ser un ánjel cuando teneis una carne rebelde? Dónde están vuestras canas para decirme que ya no circula abundante la vida en vuestro ser? dónde esa calma del anciano para decirme que ya todo lo conoceis? dónde esa saciedad del mundo para pensar que lo despreciais? Vamos, venid conmigo a ese mundo de que huis, i yo me encargo de mostrároslo tal cual es. Aquí pasareis años enteros sin haber hecho gran cosa por vuestros semejantes, miéntras que vo puedo indicaros otra clase de vida en que ni un minuto será perdido!.. ...

El doctor se interrumpió al oir que entraban a la celda de Guillermo.

Era frai Clemente, que con la sonrisa en los labios, venia a hacer una visita a su mui amado discípulo.

El médico comprendió que permanecer mas tiempo ahí, seria hacerse sospechoso, i se despidió del padre i de Guillermo, recomendándoles que si salian al dia siguiente, lo hicieran a las doce, por ser la hora ménos perjudicial a la salud del jóven.

—¡Creo que todo mi empeño será inútil! se dijo el doctor alejándose con aire pensativo. ¿Qué podria hacer para salvarlo? ¡Nada! nada!!... ¡Será una de tantas víctimas que ha hecho la exaltacion relijiosa!......



Oportunidad.

mangal and expellentering or shutching to the larger and a state of the larger in the

Las palabras del doctor hicieron alguna impresion en el ánimo de Guillermo; pero fué tan leve, i el jóven se hallaba tan dominado por el padre Leon, que apénas éste volvió a hablarle de la futileza de los bienes terrenales, olvidó casi por completo las juiciosas reflexiones del médico Simon.

Al dia siguiente, a las once i media de la mañana, el padre Clemente, con el sombrero puesto i el baston en una mano, entró a la celda de Guillermo diciéndole:

—Ya está pronto el coche, hijo mio, i el escribano está avisado para que a las doce ocurra a tu casa. Vamos pronto: las buenas obras no deben retardarse.

Guillermo tomó su sombrero, i con paso lento, siguió al sacerdote.

Un cuarto de hora despues, el coche paraba a la puerta de la casa del jóven, i los criados salian a recibirlo con muestras del mayor contento. Guillermo se sentia abatido; i al pisar los umbrales de aquella casa que tantos recuerdos tenia para él, probó una emocion dolorosa.

—¡Oh! cuántas superfluidades, hijo mio! esclamó el padre Leon recorriendo con mirada alegre los elegantes salones. ¡Estos brocatos i estas joyas, destinadas a un objeto mundano, van a servir ahora para adornar el templo de Dios. ¡Qué feliz eres tú, hijo mio, con haber seguido los impulsos de tu buen corazon!......

En aquel momento anunciaron al escribano.

-¡Que entre! dijo el padre Leon.

El escribano saludó con ceremoniosa urbanidad, i despues de aceptar la silla que se le ofrecia, esperó que le indicaran lo que debia hacer.

Guillermo incapaz de todo por el estado de postracion en que se hallaba, rogó a frai Clemente que hablara por él. No se hizo repetir la súplica el padre, i volviéndose al notario, le dijo:

—Se trata, caballero, de estender una escritura en debida forma, por la que conste que el señor, (e indicó al jóven) cede a nuestro convento, libre i espontáneamente, cuanto posee. Sus bienes consisten, si no me equivoco, en una hacienda en el sur, esta casa alhajada como está, i algunos miles de pesos en dinero sonante. ¿No es así, hijo mio?

-Eso es, reverendo padre, contestó Guillermo.

I dirijiéndose a un bufete, sacó de uno de los cajones un rollo de papeles que pasó al escribano diciéndole: . — Aquí tiene usted los títulos de propiedad de la hacienda i de la casa. Con respecto al dinero, no hai necesidad de que figure en la donacion.

-¿Será necesario formar un inventario de lo que hai aquí? pregunto el reverendo.

—Lo creo supérfluo, contestó el notario, desde que la donacion se hace a puerta cerrada.

—Tiene usted razon: así tambien el asunto se despacha mas luego. Proceda usted, pues, a estender la escritura, para que el señor la firme, que yo me encargo de practicar las demas dilijencias a fin de que él no se moleste.

El escribano se sentó a una mesa, sacó un rollo de papel sellado, i despues de examinar los títulos que Guillermo le habia presentado, procedió a la redacción de la escritura.

Durante media hora, no se oyó en el aposento otro ruido que el de la pluma al correr sobre el papel.

—¡Ya está! dijo al fin el escribano preparándose a leer.

—¡Firma, hijo mio! le dijo el padre Leon a Guillermo pasándole una pluma.

El jóven se paró para efectuarlo, pero el notario se lo impidió diciéndole:

—Es necesario que usted lea lo que va a firmar.

Guillermo hizo un jesto de indiferencia.

— l'or lo ménos agregó el ministro de fe, es necesario que usted lo oiga leer. Guillermo se dejó caer en la misma silla que ocupaba resignándose a escuchar.

El escribano, con voz pausada, principió a leer lo que habia escrito, i tras de la larga fórmula que se acostumbra en tales casos, llegó a la parte en que decia: "declaro que me hallo en buena salud, i en pleno uso de mis facultades intelectuales."

—¡Falso! dijo a ese tiempo una voz imperiosa a la puerta de la sala.

El padre Leon dió un salto sobre la silla como si lo hubieran picado con un alfiler, el escribano se volvió hácia la puerta, i Guillermo no pudo ménos de lanzar una esclamacion de sorpresa al conocer al doctor Simon.

Avanzó éste hasta la mesa, e indicando al jóven, dijo al notario:

- -Este caballero no goza de buena salud, ni está en el completo uso de sus facultades mentales.
- —¡Doctor! esclamó el padre Leon con voz entre colérica i suplicante. ¿ Es posible que usted?.....
- —¡Sí, yo!... esclamó el médico; yo que no consentiré que se despoje a este jóven!.....
- —El lo hace libremente, con plena voluntad, dijo el reverendo; i usted, señor notario, no debe hacer caso de lo que diga este caballero, que ningun título tiene para inmiscuirse en este asunto.
- —Soi el médico que lo asisto, dijo el doctor, i como tal declaro que no está en su razon. Si apesar de esto,

el señor escribano quiere autorizar este despojo, me presentaré a los tribunales denunciándolo.

El notario miró a Guillermo, luego al padre Leon sin saber qué partido tomar.

- —Usted debe estender la escritura, le decia el reverendo al mismo tiempo; se ha llamado a usted para esto, i como ministro de fe debe hacerlo, si el donante declara que está buena su razon.
- —Si tal hace, dijo el escribano, no tengo inconveniente, lo que sí que agregaré la protesta del señor doctor para salvar mi responsabilidad.
- -Bien: hágalo usted, señor notario, hágalo usted, le dijo frai Clemente. I volviéndose a Guillermo, que permanecia irresoluto, sin atreverse a hablar, le dijo:
- —Vaya, declara, hijo mio, que estás en tu razon, i que cedes voluntariamente a Dios todos tus bienes terrenales!.....

Guillermo alcanzó a desplegar los labios para confirmar su declaracion, cuando el doctor, acercándose a él, i tendiendo una mano en actitud de mando, le dijo con voz imponente:

-; Usted no declarará eso!... Yo lo mando!...

Guillermo se estremeció como si lo hubiese tocado una pila eléctrica, i fijó sus ojos apagados en la mirada poderosa i penetrante del doctor.

-Declare usted, le dijo éste, acercándose mas a él,

que no cederá ni un centavo al convento!

—¡Dí que sí, hijo mio!... Dí que sí, le decia el padre Leon acercándose tambien al jóven.

- —¡Nó! dijo éste con voz seca, rápida, i afrontando la mirada del sacerdote.
- —¡Nó! dice que nó! exclamó el padre tomándose la cabeza a dos manos. ¡Guillermo, hijo mio!... ¿Qué tienes?... Vámonos, agregó, vámonos a nuestro convento, donde has sido tan feliz!... Señor escribano: otro dia será, yo avisaré a usted... Vamos, Guillermo; apártate de quien quiere perderte. Vámonos al convento, hijo mio!...
- —¡Diga usted que no quiere! le dijo el doctor mirando al jóven cada vez con mas fijeza.
 - -- ¡No quiero! repitió Guillermo con enerjía.
- —¡Dios mio! esto es inaudito, increible! exclamó el padre. ¡Esto es obra de satanás!...

I frai Clemente, medio loco, sin saber lo que hacia, tomó su sombrero i salió a la calle.

- --¡He perdido mi trabajo! murmuró el escribano pensando allá en sus adentros, que no habiéndose llevado a efecto la donacion, perderia su honorario.
- —Todo le será pagado mañana, le dijo el doctor. Por ahora, puede usted retirarse, pues este jóven necesita de reposo.

El ministro de fe, contento con esta promesa, saludó i se retiró.

Acto contínuo el médico se apartó del jóven, dulcificó su mirada, i con su voz natural, i sonriéndose, le dijo:

-Vamos, amigo mio: ¿cómo se siente usted?

Guiellermo abrió los ojos, estiró los brazos, se pasó las manos por la frente i dió una mirada vaga a su rededor. En seguida, pareció meditar un instante, i al fin preguntó:

- -¿I el padre Leon?
- -En su convento.
- -¿Pero no habia venido conmigo?¿I el escribano?
- -Todos se han ido.
- —¿ De manera que ya está todo terminado?
- -¡Absolutamente todo!...

Guillermo contrajo su pensamiento; pero como su cerebro estaba tan débil, necesitó de algun tiempo para acordarse de lo que habia sucedido al principio de la escena, pues por lo que hace a lo último, no recordaba absolutamente nada.

- —Pero, dijo al fin: ¿no se oponia usted, doctor, a que yo cediese mi fortuna al convento?
- —Vamos, no fatigue usted su imajinacion con eso, le dijo el doctor sonriéndose. Yo prometí a usted ayer que le haria conocer el mundo, i vengo a cumplir mi promesa.
- —Sin embargo, murmuró Guillermo, persiguiendo siempre sus ideas, yo debia haberme vuelto con el padre Leon al convento....
- -Puede hacerlo usted pronto. ¿ No tiene usted co-che?
- —Sí, doctor; llame a Jorje para que enganche los caballos.

El médico ajitó una campanilla i se presentó en el acto un criado.

- -Prepare usted el coche, le dijo el doctor.
- —¡Qué triste hallo esta casa! exclamó Guillermo dando una mirada a su rededor. Es mejor mi celda: ¿no es así, doctor?

El médico, a fin de distraerle de aquellas ideas, no hizo caso de su interrogacion, i le preguntó a su vez:

- -¿ Qué tal ha estado el apetito hoi?
- -Malo, mui malo, doctor
- —Ya se compondrá pronto: esta tarde me va a convidar usted a comer, i verá como entreteniéndonos con alguna conversacion, comemos con apetito.
- —¡Oh! bueno! exclamó le jóven, brillando en su semblante una ráfaga de alegría. Eso me alegrará, porque en el refectorio no se puede hablar.

En ese instante, vino Jorje a anunciar que el coche estaba listo.

Guillermo se paró maquinalmente diciendo al doctor:

-¿ Vamos?

Entraron al coche, i el jóven, echándose con abatimiento sobre los cojines, dijo al cochero:

- -Tira al convento de ***
- —¡Ah! exclamó a ese tiempo el doctor como si se le ocurriera una idea. Antes de ir al convento, permítame usted pasar en su coche a ver a un enfermo. Está en el mismo camino.
 - -Bien, doctor; como usted guste.

El médico indicó una calle próxima al convento, i el coche partió al instante.

Miseria

La travesía se hizo en silencio, pues Guillermo estaba mui abatido, i el médico Bertrand parecia preocupado.

Cuando llegaron a la calle que habia indicado el doctor, hizo éste parar, i dijo al jóven:

-Baje usted un instante, para que vea uno de mis enfermos.

Se hallaban frente a un cuarto cuyo esterior helaba el corazon, i Guillermo no pudo ménos de hacer un jesto de repugnancia al entrar.

No puede concebirse mayor miseria que la que habia ahí: dos o tres ollas de negra greda, un monton pequeño de fuego en los ladrillos, un banquillo con tres piés, una silla sin asiento, una tinajita i un mate para el agua; i en los ángulos, algunas pieles de cordero, tan sucias, que daba asco mirarlas. Sin embargo, aquellas pieles servian de lecho a tres niños entre siete i diez años, i a una niña como de quince, todos

ellos pálidos, estenuados, andrajosos, i que parecian devorar en aquel instante con su vista lánguida, una olla en que hervian unas patatas.

Guillermo apartó la vista con horror de aquellos seres desgraciados; i al tornarla a otro lugar, vió en el ángulo opuesto otro cuadro que lo hizo estremecer.

Un hombre, con la piel pegada a los huesos, recibia con mano convulsa, en una taza de barro, algo que parecia caldo. Aquel hombre estaba tirado en un lecho tan inmundo i miserable, como los que habia en los otros ángulos de la pieza; i la persona que le pasaba el caldo, era una mujer tan escuálida i harapienta como los niños. Pero esto aun no era todo: aquella infeliz daba de mamar a una criatura medio desnuda, que chupaba con ansia, talvez sin hallar una gota de leche, en aquel seno lacio i marchito por el hambre.

Guillermo sintió que se le herizaban los cabellos cuando el enfermo, con voz cascada i cavernosa, comenzó a contestar al médico, a medida que éste lo interrogaba.

—Solo esta mañana, le decia el doctor, tuve aviso de que habia aquí un enfermo. Voi a dejar a usted una receta que le probará mui bien: su enfermedad, amigo mio, no es grave, i espero que aliviará pronto....

El médico, habia sacado un lápiz i papel del bolsillo, i escribia sobre la rodilla. Cuando concluyó, dió la receta a la mujer diciéndole:

-Compre usted esta bebida, i se la da al enfermo tres veces al dia.

—¡Compre! exclamó la mujer prorumpiendo en llanto ¿I con qué señor?

El médico pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo, i con voz en apariencia tranquila, le dijo:

- —Vaya usted al convento de *** i pida ahí, al provincial, una limosna. Los sacerdotes son caritativos, i no negarán a usted ese socorro.
- --¡Ellos, caritativos! dijo la mujer con amargura. Si lo fueran, me habrian dado un plato de comida de la que ellos sobran, para mis chiquillos!
 - -¡Pero usted no les habrá pedido!
- —¡Ah! sí, señor! pero me dijeron que trabajase, como si una pudiera hacerlo cuando tiene tanto chiquillo, i su marido enfermo!
- —¡Pues hija, le dijo el doctor, no hai mas que tener paciencia! Hoi dia se da a los conventos, pero se deja morir de hambre a los pobres. Con que así, consuélese usted con que los padres tengan riquezas, aun cuando usted se muera de hambre.

Guillermo miró con indignacion al doctor, al ver la calma i la frialdad con que decia aquello. Conmovido el jóven, echó mano a sus bolsillos; pero desgraciadamente no tenia en ellos ni un solo real, por haber dado en el convento a algunos legos, todo el dinero que cargaba. Convencido de que sus pesquizas eran inútiles, se volvió al doctor diciéndole:

- -Vamos, vamos pronto a casa!
- —Bien, contestó el médico aparentando siempre una gran calma. I volviéndose al enfermo, le dijo:

—Trataré de buscar algunas personas caritativas que socorran a usted, ya que los padres no han querido hacerlo.

Guillermo, a pesar de su debilidad, se precipitó al coche; i el doctor, que observaba sus menores movimientos, se sonrió con satisfaccion. ¡Eres mio! se dijo. I aprovechando el haber quedado solo en el cuarto del enfermo, se acercó él, le tiró algunas monedas sobre la cama, i le dijo con precipitacion:

—Eso es para miéntras: en poco rato mas recibirá de mi compañero un buen socorro!... Hasta luego!

Diciendo esto, corrió a reunirse con Guillermo, el cual gritó al cochero:

-; A casa!... lijero!...

Un cuarto de hora despues, el jóven se bajaba precipitadamente del coche, i sin hacer mucho caso del doctor que le seguia en estremo complacido, entró a una de las piezas de su casa, tomó unas cuantas onzas de oro de una sólida caja de fierro, i volviendo donde el cochero, se las pasó diciéndole:

—Corre a escape: lleva ese dinero a la casa que acabamos de visitar. Díles que es para el enfermo!...

Magnetismo.

La especie de excitación que habia sostenido a Guillermo durante los momentos en que le hemos visto obrar con tanta enerjía, se desvaneció apénas el coche se hubo puesto en marcha.

El triste cuadro de una familia que se moria de hambre, impresionó tan vivamente la imajinacion del jóven, que todo su organismo esperimentó algo como un sacudimiento bienhechor que le devolvia sus ideas i lo encaminaba a la razon. Sin embargo, como estaba mui débil, se sintió un tanto desfallecido, i llegando a la sala en que estaba el doctor, se reclinó en un sofá.

El médico conocia demasiado el corazon humano para no adivinar lo que pasaba en el de Guillermo; i en vez de hablarle, ya sobre lo que habian visto, ya sobre su resolucion de ceder a los padres sus bienes, comprendió que mas avanzaría dándole lugar a que meditara. Tampoco creyó conveniente dejarle solo en aquellos momentos, pues hai ocasiones en que la presencia de un amigo nos reanima i da valor.

El doctor Simon, permaneció pues en la sala de Guillermo, sin desplegar los labios, pero observando sus menores jestos, i leyendo, si así podemos decir, en su semblante, la lucha que sostenia en su corazon.

De este modo pasó como un cuarto de hora, al fin del cual, Guillermo se incorporó vivamente i pre-

guntó:

- —¿ Qué es lo que ha sucedido aquí, i porqué no estoi en el convento? Usted debe saberlo, doctor!...
- —Sí, repuso éste, i voi a decirlo a usted. Cuando llegué, hoi a medio dia, el notario daba lectura al escrito en que usted cedia sus bienes al convento de ***. Como el notario espusiese que usted se hallaba en buena salud i que su razon....

- Ya recuerdo eso, interrumpió Guillermo. Usted

dijo que yo estaba demente.

- -O poco ménos, replicó el doctor sonriéndose.
- --Bien: ¿i lo demas? qué sucedió despues? preguntó el jóven.
- —Sucedió que el notario, compelido por el padre Leon, dijo que se haria la escritura si esa era la voluntad de usted.
- —¿De manera que firmé la escritura? preguntó Guillermo un si es no es alarmado.
 - -Nó, usted cambió de opinion.
- —; Ah! murmuró Guillermo como si le hubieran aliviado de un peso. ¡Pero esto es incomprensible! agregó. ¿ Cómo he podido hacer eso? I el padre Leon? qué dijo?

- —El reverendo declamó un poco i quiso arrastrar a usted nuevamente al convento.
 - -¿I yo no quise seguirlo?
 - -Usted le suplicó que lo dejara en paz.
- —¡Oh! no recuerdo nada!... Nada, absolutamente nada! exclamó Guillermo con despecho.
- -Eso es mui natural, le dijo el doctor, porque usted estaba dormido.
 - -¡Yo, dormido!...
 - -O lo que es lo mismo, magnetizado.

Guillermo se quedó un momento mirando fijamente al doctor. Se pasó las manos por la frente, porque creyó que dormia, i al fin repitió:

- Magnetizado! ... magnetizado yo! ...
- No creé usted en el magnetismo? le preguntó el médico.
- -He oido hablar de él, pero me parece una charlatanería.
- —Es decir, que usted no lo ha estudiado, no ha dedicado un momento, siquiera, a preguntar en qué consiste.
- —He creido que sea una cosa ridícula, i como a tal lo he desechado.
- —Es lo que hacen todos, dijo el doctor. Se habla de algo nuevo, de algo maravilloso, i en vez de pensar, o de escudriñar la verdad, una multitud de incrédulos dicen: eso no es cierto, los que creen en eso son

locos, u otras frases por el estilo. Todos los hombres que han hecho grandes descubrimientos, han sido tratados como locos: todos los que han seguido una nueva escuela, se les ha tenido por insensatos. Jesus fué tenido i tratado como loco: los apóstoles fueron perseguidos como visionarios: a Colon se le quiso encerrar en una mazmora, i a mil otros sabios se les ha llamado ilusos o supercheros. Mesmer, uno de los primeros que hizo ensayos en el magnetismo, tuvo la suerte de no ser quemado en la inquisicion, pero casi todos lo tuvieron por loco. Pero dejemos esto por ahora; voi a dar a usted una prueba de que existe el magnetismo. ¿ Quiére usted que lo magnetice, i le haga ir a otra habitacion, sin que usted recuerde que se ha movido de aquí?

—Bien, le dijo Guillermo; hágalo usted; i si es así, confesaré que existe.

—Para que usted no tenga la menor duda, fíjese bastante en la pieza en que nos hallamos, i dígame a cuál quiere que le haga ir.

A mi escritorio, que da a la calle, i se va por esta puerta, atravesando tres piezas comunicadas entre sí.

—Está bien, le dijo el doctor: siéntese usted donde quiera, para que se convenza de que lo he hecho levantarse i andar.

Guillermo, sonriéndose, se acomodó en el sofá i miró al doctor con un aire un si es no es burlon.

El médico se acercó a él con lentitud i mirándolo fijamente. Guillermo no pudo soportar mucho tiempo

aquella mirada poderosa que parecia penetrarle hasta el alma, i bajó los párpados, sintiendo al mismo tiempo una leve conmocion como la que se experimenta con un calofrío.

El doctor continuó avanzando hasta llegar a un paso del jóven, el cual pareció luchar un instante con una fuerte voluntad a que no queria someterse.

—¡Eres un niño! le dijo el médico al cabo de un instante. Ya estás dormido! ¿no es verdad?

Guillermo trató de balbucear algunas palabras; pero un sopor que le habia hecho cerrar los párpados, pareció impedirle mover los labios.

—¡Vamos! agregó el médico con tono imperativo. ¡Mírame i obra como si estuvieras despierto!

Guillermo obedeció.

- ¿ Estás bien dormido? recordarás algo cuando despiertes?
- -No recordaré absolutamente nada, contestó el jóven.
 - -Bien, levántate i diríjete a tu pieza escritorio!

Guillermo se paró i echó a andar hácia la pieza indicada. El doctor lo siguió, estendiendo las manos sobre la cabeza del jóven para mantener el flúido magnético.

De este modo atravesaron los tres aposentos que habia indicado Guillermo, i llegaron por fin al que daba a la calle.

-¡Siéntate i despierta! le dijo el doctor.

El incrédulo jóven se acomodó en una silla, i el médico, despues de pasarle las manos alrededor de la cabeza, i de sacudirlas con fuerza en actitud de arrojar el flúido, se apartó de él algunos pasos.

Guillermo volvió a estremecerse, se frotó los ojos, miró a todas partes, i por fin esclamó:

- -¡Tengo mui pesada la cabeza!
- -Efecto del magnetismo, le dijo el anciano. En un minuto mas, estará usted completamente bueno.
- —¡Del magnetismo! repitió Guillermo maquinalmente i mirando al doctor con aire interrogativo.

Calló un instante para darse cuenta de lo que le sucedia, i al recordar todos los incidentes del principio de la escena, lanzó un grito de admiracion.

—¡Cómo! esclamó.¡Entónces es cierto!...¡I yo estoi aquí, en mi escritorio, i no recuerdo cuando he venido!.....

En aquel momento se acordó de que al acomodarse en el sofá de la sala, habia dejado en él un pañuelo.

-¡Si está ahí, se dijo, es necesario que crea!

I miéntras con pasos precipitados se dirijia a la sala, se palpaba, miraba a una i otra parte, i se decia:

—Estoi despierto, no hai duda. Aquí veo mis muebles, mis cuadros, estas son las puertas de mi casa, con tiradores de bronce; todo está tal cual es: hasta el hoyo en esa pared donde iba a colocar el retrato de mi madre...; I el pañuelo?...; Ah! ahí está!...; Es cierto!... He estado dormido!.....

I Guillermo, al decir lo último, se dejó caer en el sofá al lado del pañuelo que desvanecia sus últimas dudas.

- —¿ Cree usted ahora? le preguntó el doctor, que lo habia seguido paso a paso.
- —¡Fuerza es que crea! esclamó Guillermo entre despechado i satisfecho. ¿I qué es el magnetismo? agregó al fin.
- -El magnetismo, dijo el dòctor, es de muchas clases: el que se ejerce de un individuo a otro, se llama animal, i no es otra cosa que la accion que un ser puede ejercer sobre otro ser. La atmósfera que nos rodea se halla impregnada de electricidad; i nuestro cuerpo arroja ciertas emanaciones que hemos llamado flúidos: de la reunion de ellos, efectuada por nuestra voluntad, se forma el flúido magnético. Pero a fin de que sea mas comprensible esta definicion, le diré a usted que el magnetismo animal, segun mi parecer, está basado particularmente en el predominio que una persona puede ejercer sobre otra. Si el predominio es corporal, no producirá sino el sopor, el sueño; si es moral, si está basado en el espíritu, si el magnetizador tiene por ajente un alma varonil, una voluntad enérjica, llegará a realizarse el sonambulismo, la doble vista, casi la adivinacion. Estos fenómenos son i serán siempre mui raros, porque para obtenerlos se necesita mucha voluntad i enerjía, i éstas no se adquieren sin tener mucha fe. El magnetismo animal es una cosa natural, lójica, sometida a la lei de atraccion que rije el uni-

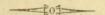
verso. Todos los cuerpos entre sí, i entre ellos los planetas, tienen una fuerza atractiva i otra repulsiva. i de estas fuerzas nace el equilibrio jeneral. Si vemos que el iman ejerce una influencia poderosa sobre el acero: que ciertos ácidos destruyen al solo contacto los mas duros metales, ¿porqué negar que el hombre, ser animado por una voluntad i un entendimiento superior, no tenga una influencia sobre sus semejantes, cuando los objetos o cosas que llamamos inanimados o inertes, producen tan asombrosos fenómenos entre sí? Con el tiempo, el magnetismo será una ciencia que ocupará el primer puesto entre las que cultiva el hombre. Hoi no es mas que un descubrimiento imperfecto i dudoso para muchos; mañana será un hecho innegable, como las matemáticas, para todos. Cuando los hombres ejerciten i estudien su influencia, la realidad de los fenómenos dará una base cierta en que apoyar los estudios. Hasta ahora, como el magnetismo ha sido mirado como arte diabólico por los que no aceptan lo desconocido sino con el nombre de milagro, i como una charlatanería por los ignorantes que son los que mas pretenden saber, nadie se dedica a estudiarlo, por temor al ridículo. La hoguera funcionó sin descanso en otra época para extinguirlo; la burla funciona hoi con no ménos éxito para atacarlo. No importa: el siglo XIX arrastrará muchos absurdos que unos pocos se esfuerzan en mantener, i dejará visibles muchos adelantos que esos mismos se empeñan en sofocar.

I ahora, amigo mio, agregó el doctor, que es us-

ted creyente, no trabaje mas su imajinacion pensando en esto. Está débil, i es necesario que trate de recuperar las fuerzas que en el convento le han hecho perder. Pedí a ustud que me convidara a su mesa; i si se halla en la misma buena voluntad para complacerme, creo del caso recordarle que son las cinco.

- -¡Ya! dijo Guillermo.
- -Sí, amigo mio: con mas diez minutos.

El jóven ordenó se sirviera la comida; i aunque mui preocupado con cuanto le habia sucedido, la amena conversacion del doctor, mezclada de chistes i anécdotas, le hizo comer con apetito.



Visiones.

Servido el café en la mesa de Guillermo, despidió éste a los criados para hablar sin testigos con el doctor.

-Usted comprenderá, le dijo el jóven, cuán confundido me hallo con lo que me sucede. De nuevo se ve asaltada mi imajinacion por el recuerdo de esas que llamaré visiones, i de nuevo tambien la duda asalta mi espíritu. Hai en esto una circunstancia que merece ser considerada. Ni una sola vez, en todos los dias que he estado en el convento, he visto, ni oido, ni escuchado nada estraño. El padre Leon, a quien comuniqué esto, me dijo que era mui natural, pues las cosas que me habian acontecido, eran hechura de Satanás, quién no se habria atrevido a perseguirme en la casa de Dios. Esto, doctor, me ha parecido mui lójico, pues nadie mas que el demonio podia tirarme de la levita i querer impedirme la entrada al convento, el dia en que fuí a él. ¿ No cree usted que esto es mui razonable?

- -No, jóven, pues yo no acepto la existencia del diablo, contestó el doctor. Creer en él, es creer en el absurdo i negar a Dios ¿ Qué idea os habeis formado vos del Creador?
- —Se me ha dado a conocer, replicó el jóven, como adornado con atributos excelsos, en que resalta la bondad, la justicia, la sabiduría i la misericordia infinitas.
- —Eso es, infinito en todos sus atributos, dijo el doctor. ¿I cómo conciliais, entónces, su bondad i misericordia infinitas, con la creencia de que haya creado un diablo i un infierno para castigar terriblemente a los que no cumplen sus mandamientos?.....
- —Es que tambien me lo han dado a conocer como justiciero, observó Guillermo.
- —Justiciero ¿ en qué sentido? Como justo i equitativo para no dar a uno mas que a otro, o como vengativo para no dejar sin castigo las culpas de los mortales?
 - -En ambos casos, replicó el jóven.
- —Pero el uno es negacion del otro. Si es justo para repartir sus dones, a todos debe haberles dado la misma dósis de virtud para que se puedan salvar. ¿Cómo es, entónces, que la mayor parte se condena? I si hai seres que se condenan, ¿cómo es que Dios sea misericordioso? ¿Llamais bondad i misericordia el que un padre tome un látigo i azote a su hijo? Creo que mas lójicamente podríais llamar a eso crueldad. ¿Dónde está, pues, la bondad de Dios, que cria seres a millares para que se condenen eternamente? El, que todo lo

sabe, ¿ para qué crió los millones de ánjeles a quienes en castigo de un mal pensamiento de orgullo habia de verse obligado a convertir en demonios? El, que sabe que nuestra naturaleza es débil, que nuestras pasiones nos arrastran al mal, '¿ porqué da facultades a los demonios para que nos tienten, para que nos compelan al crimen? Puede concebirse que un padre, así lleno de imperfeciones como es el hombre, viera luchar a sus hijos contra una corriente impectuosa, i sabiendo que la mayor parte se iba ahogar, los dejara sin hacer nada por ellos? Ahora, ¿qué clase de ser es este diablo, que lucha diariamente con Dios, i lo vence a cada paso arrebatándole sus criaturas? Vamos, confesad, jóven, que esto es lo mas absurdo, no diré que ha forjado el hombre, sino lo mas absurdo que puede haberse atribuido a Dios.

- —¿De manera que usted cree, le preguntó Guillermo, que las maldades que la lei no castiga, quedan impunes?
- —De ningun modo, contestó el doctor. Todo crímen es castigado. Primero por el remordimiento de la conciencia en esta vida; i despues, por el mismo remordimiento, pero mas intenso, mas profundo en la otra.
- —¡Oh! esclamó Guillermo. No está mi cabeza para reflexionar en este instante. Hablemos de otra cosa: de mis visiones. ¿Ha pensado usted en esto, doctor?
- —Sí, i mucho. Las sagradas escrituras están llenas de historias maravillosas, de apariciones, de visio-

nes i de mil fenómenos atribuidos a milagros hechos por Dios, ya para convertir a una persona como sucedió con San Pablo, ya para castigar a otros, como sucedió con mil que no recuerdo por el momento. En la biblia, tenemos burros que han hablado a un Balan, manos que han escrito en una pared, ánjeles que han anunciado un parto, demonios que han dicho mil cosas por boca de un rei, santos que han hablado familiarmente con la Trinidad, i en fin, maravillas tantas, cuantas no han podido caber en una cabeza humana, sobre todo en aquellos tiempos en que los novelistas eran mui escasos, o al ménos en que no abundaban tanto como hoi. Todas esas historias, han tenido siempre para mí, algo de verdadero, pues deben haberse basado en hechos, si no reales, mui aparentes. Lo que me hace pensar así, es el conocimiento que he adquirido en la medicina, de la variedad de organizaciones que hai en la humanidad. Una persona de cerebro débil, con predisposicion a la locura, si se la cria presentando a su vista ideas fantásticas, concluirá por ser visionaria. Otras, dotadas de un espíritu enérjico, pueden mui fácilmente ser arrastradas, por esos que llaman presentimientos, hasta un grado tal, que cuanto su espíritu crea, piense, o desee, se convierte en realidad física, en realidad palpable a los sentidos.

Mui difícil es medir hasta donde puede ir esta fuerza del espíritu; pero se puede calcular que es mui poderosa, cuando llega a exaltar i a engañar, no solo a los que la poseen, sino tambien a los que presencian los fenómenos. Un San Agustin, al afirmar que habia estado en el cielo, no mintió, pues aunque no llegara ni a sus puertas, él estaba convencido de lo que habia esperimentado. I esto se comprende mui fácilmente. El santo, dotado de un espíritu superior, debió ponerse a meditar en la gloria; i al figurarse las dichas que se gozarian en la patria de Dios, su mente fué poco a poca exaltándose, i a medida que se exaltaba, su ficcion iba tomando forma i consistencia, hasta creerse real i verdaderamente en viaje desde el primero hasta el sétimo cielo. No es otra cosa, pues, lo que debe haber acontecido a muchos. Sus ideas han adquirido cuerpo, sus pensamientos se han materializado, i la voz íntima del alma, sin ecos para la jeneralidad, ha tomado sonidos claros i perceptibles para ellos.

- —No creais, sin embargo, agregó el doctor, que por lo que he dicho, niegue que puedan existir esos maravillosos hechos; de uingun modo. La humanidad progresa con tal rapidez, que bien puede llegar el dia en que nos comuniquemos con los habitantes de la luna o de otro planeta...
- —; A propósito! exclamó Guillermo, asaltado por un recuerdo. ¿Usted cree que todos los astros estén habitados?
- Eso es indudable! le dijo el doctor. ¿ Creé usted que nuestro mundo, uno de los mas pequeños de todos, sea el único que Dios ha poblado de seres? ¿ Para qué servirian entónces esos millares de millares de estrellas que nuestra vista alcanza a divisar, i los millones de millones que hai mas allá de esas que noso-

tros vemos? No se comprende que todo eso sea inútil, que Dios lo haya creado para nada.

—Pero aceptando esa creencia, doctor, a parte de otras mil consideraciones, tenemos una incomprensible. Si todos los mundos están habitados, todos, tambien, deben estar rejidos por las mismas leyes; i en este caso, el creador habria tenido necesidad, como en el nuestro, de mandar a su hijo, o mas bien, de ir él mismo a cada mundo, para padecer, morir i rescatar a la humanidad. I esto lo creo mui razonable, porque si nuestro planeta es uno de los mas pequeños, no debemos creer que Dios lo haya preferido a los otros, donde naturalmente han de haber mas seres, i por lo tanto mayor necesidad de un rescate tan valioso como ese....

El doctor se sonrió de la sencillez de Guillermo, i despues de mirarlo un instante le dijo:

- --Vuestras mismas palabras darian mucho material para mil argumentos que destruirian algunas de vuestras preocupaciones; pero no quiero, jóven, daros a conocer aun mi opinion, porque talvez os alarmaríais. Cuando el estudio i la meditacion hayan depurado vuestras creencias, entónces vos mismo podreis daros una respuesta conforme a la razon. Miéntras tanto, meditad mucho en las dos cuestiones que han nacido de nuestra charla, i planteadlas de este modo:
- 1.º ¿Puede nuestro globo, siendo uno de los mas insignificantes, ser el único habitado?
 - 2.º Aceptada la pluralidad de los mundos habita-

dos, ¿habrá descendido el Hacedor a todos ellos para rescatarlos?

- —Ya tendremos, amigo mio, agregó el doctor, algunas otras conversaciones en que tratemos de éstas u otras interesantes materias; por ahora, permitireis que me retire, pues tengo que visitar algunos enfermos.
- —Venga usted a menudo, le dijo Guillermo estrechando la mano que le tendia el doctor. En el estado en que me hallo, su presencia i sus palabras me reaniman.
- —Mañana será usted uno de los primeros enfermos que visitaré, replicó el médico sonriéndose.



compress of self of the thouse will among all winemaker south

Una beldad orgallosa

Algunos momentos despues, Guillermo, solo en su dormitorio, se paseaba de un lado a otro reflexionando.

-No hai duda, se decia, que yo he venido al mundo destinado a que me sucedan cosas estrañas. De mil hombres, no habrá uno que pueda contar algo, siquiera, de lo mucho que vo tengo que contar. A ver, demos una mirada a mis aventuras. Principiaron éstas, cuando conocí a Corina; i sin hacer mencion del modo novelesco como esto se verificó, ni de las mil peripecias que precedieron a nuestro enlace, veamos solamente lo que me ha acontecido desde ese momento. ¡Ah! aun mis labios no habian tocado los suyos, cuando desapareció mi felicidad del modo mas estraño! Pero no recordemos esto! Fuí arrastrado a la cárcel porque se me creyó el asesino de Corina: ¡Yo el asesino de Corina!... Jueces estúpidos, que llegaron a hablarme de que yo, arrastrado por los celos, talvez habria cometido ese crimen! ¡Celos! ¿i de

qué, cuando aun no habia sido mi mujer?-; Imbéciles!... Pero, olvidemos, olvidemos todo!... Vuelvo a mi casa, i al poco tiempo, se me fija entre ceja i ceja la idea de que me hablan, de que oigo golpes, de que por mi mano escriben cosas que yo ni habia pensado, i mil otras ridículas aprensiones. Convencido de esto, llamo a mis amigos para consultarles; i ellos, como era mui natural, hicieron esfuerzos poderosos para no reirse de mi extravagancia. No satisfecho con esto, me voi a ver a unos cuantos médicos, que por lo mismo que no eran amigos, no tuvieron escrúpulo para reirse en mis barbas i decirme que estaba loco porque me creia loco. Mas esto no es todo, aun! Quise ver al doctor Simon, a ese pobre viejo que creo está tan loco como yo, i por eso hemos simpatizado El doctor Simon me habló no me acuerdo qué, pero lo cierto es que yo en la noche volví a las andadas, i creí que una voz dulcísima me decia mil cosas en que yo ni habia pensado jamas. Aburrido con tantos sinsabores, me acordé de mi confesor!... ¡ Aquí fué lo bueno! Al llegar al convento, me tironean de la levita, i apénas entro al cláustro, me creo en el paraiso terrenal. El padre Leon, tan fecundo en palabras, me toma de su cuenta, i aunque no logró convencerme porque nunca apoya lo que dice en nada sólido, logró sin embargo ofuscarme i exaltar mi imajinacion con sus flores de estilo. Resultó de esto, que yo me azoté a mas i mejor, i que iba a dar al convento del padre Leon toda mi fortuna, en cambio de haberme hecho conocer, cómo puede el hombre convertirse en verdu-

go de sí mismo. En seguida, el doctor, en medio de su locura, me hace desistir de mi idea. ¡Pero me hace desistir magnetizándome! esto es lo mas célebre! En fin, de cualquier modo que haya sido, lo cierto es que en esto ha obrado con cordura. ¿I qué hace despues? ... ¡Diablo! esto es mas sério que todo!... Me lleva donde una familia que se moria de hambre! ¡Ah! esto fué terrible, i él lo que ha querido es hacerme conocer que mi fortuna estaba mejor empleada en obras de caridad. ¡Tiene razon!... Los padres están gordos i colorados, miéntras que una multitud de pobres jimen en la mas espantosa miseria.... ¿I despues? qué me ha sucedido despues?...; Ah! ya recuerdo! El doctor me probó que existia el magnetismo, haciéndome ir dormido de una pieza a otra!... ¡Oh! oh!... todo esto es mas que raro: es inverosímil. ¿ A quién, sino, le sucede lo que a mí? a quién le matan su novia el mismo dia en que se casa? a quién le hablan los espíritus? quién es aquel que en estos tiempos se azota como yo me he azotado? quién, en fin, podrá decir, a mí me han hcho hablar, me han hecho ir de un punto a otro sin saberlo yo?... Vamos, es necesario que me convenza de que, o he estado loco en este tiempo, o es mentira cuanto me ha sucedido!... Pero no, lo último no puede ser: todavía me duele la espalda de las caricias que me hizo la disciplina del padre Leon.

Guillermo se interrumpió en sus meditaciones i suspendió sus paseos. Habia sentido de improviso la ensacion de placer indefinible que ya por dos veces habia esperimentado, i casi al mismo tiempo una voz que le decia:

—¡Mi Guillermo! Te prometí que no volveria hasta que hicieras una buena accion, i vengo a cumplir mi promesa. Has dado de comer al hambriento, i tu alma ha sentido un noble entusiasmo al comprender el bien que podias hacer con tu fortuna. Bien: marcha por ese camino i llegarás prento a la perfeccion!

... Te confieso que me he reido un poco cuando te veia próximo a cargar hábitos, i que a no ser por la casi seguridad que tenia de que saldrias del convento, te habria sacado de él en peso. Como te veo tan incrédulo, que aun ahora mismo te estás diciendo que esto que oyes no es cierto que lo oyes, ocuparé el tiempo de que puedo disponer, en contarte una historia. Escuíchala, pues.

Habia en una ciudad, que no hai para qué nombrar, una jóven dotada con todos los títulos que pueden servir en el mundo para hacerse amar.

Diez i ocho años, rica, hermosa como pocas, hija única de unos padres bien nacidos, con un talento poco comun, Matilde, que así se llamaba, tenia ante sí un espléndido porvenir. Sus padres la amaban hasta el delirio; sus amigas la agasajaban hasta la importunidad, i los hombres, que se estremecian de emocion al contemplar su hermosura, habrian dado una parte de su vida por la mas insignificante de sus sonrisas.

Matilde, sin embargo, habia sido mui mal educada i

era en estremo orgullosa. Como las pasiones no hablaban todavía con elocuencia en su corazon, se divertia haciendo sufrir el de los demas. En medio de sus muchas niñerías, como las llamaban los padres de Matilde, voi a contarte una sola para que juzgues de las demas.

Un jóven de veintidos años, rico i hermoso, se habia enamorado perdidamente de los grandes i espresivos ojos de Matilde. Ella pareció aceptar los homenajes de su adorador, i éste pudo al fin atreverse a declararle lo que sentia. Como su confesion fuera hecha con lenguaje pintoresco, propio de un corazon enamorado, Matilde le dijo:

—; Dígame usted por escrito lo que me dice ahora, i le contestaré lo que siento! ¡Quiero tener una carta suya!

-¿Es posible? le dijo él. ¿Es cierto lo que oigo?

-Mañana, replicó ella, quisiera tener su carta.

El jóven se volvió a su casa loco de gusto, i despues de hacer mil borradores, porque todas las cartas le parecian poco cariñosas, se dirijió a donde Matilde, a la noche siguiente, llevando una en que cada frase era un idilio, i cada palabra una caricia.

La casa de los padres de Matilde, era frecuentada por varias personas de suposicion, i en la noche que tuvo lugar la escena que voi a referirte, habia en ella una escojida sociedad.

Matilde recibió el billete que misteriosamente le daba el jóven, i separándose de él, fué a senterse en el centro del salon, donde habia una mesa en que ardian varias bujias.

—Papá, dijo desde ese lugar, dirijiéndose a su padre en voz alta para ser oida de todos. Papá, oye que voi a leer una carta que acabo de encontrar.

Todas las conversaciones cesaron al instante, i Matilde riéndose con anticipacion de lo que iba a sufrir su enamorado galan, desdobló el papel i comenzó a leer:

- —¿ A quién está dirijida? preguntaron algunos al oir las primeras frases.
- -Eso lo dejo para el último, contestó ella, continuando sin inmutarse, la lectura.

No será necesario que me detenga a decir lo que esperimentaba el jóven. Pálido, convulso, estrechaba con las manos crispadas el respaldo de una silla. Cada una de aquellas palabras, que él habia arrancado de su corazon, volvian a él como dardos emponzoñados. No era esto solo: las cariñosas frases, destinadas a producir una gran emocion en su amada, provocaban carcajadas en el auditorio.

En una de las interrupciones, álguien preguntó que quién firmaba la carta.

—Eso lo veremos tambien al último, contestó Matilde prosiguiendo la lectura.

El enamorado jóven no quiso ni habria podido oir mas. Sin sombrero, con la vista estraviada, salió e la calle, llegó a su casa i se tiró un balazo.

16

- —; I Matilde? preguntó Guillermo. ; Qué hizo i que dijo Matilde cuando supo eso?
- —Matilde, contestó la voz, hizo un jesto de indiferencia, i dijo: «¡Qué tontería matarse por una travesura!»
- —¿ I despues? volvió a preguntar Guillermo, interesado ya en conocer el desenlace de la historia que le narraban.
- -Despues, dijo la voz, Matilde concontinuó por algun tiempo en sus travesuras, hasta que un acontecimiento, insignificante al parecer, vino a dar un nuevo jiro a su existencia. Los padres de Matilde, tenian en la casa un empleado a cuyo cargo estaba la administracion de todos sus bienes. Daniel B*, tal era su nombre, no tenia aun veinte i dos años, i ya podia llamarse un hombre. Incansable para el trabajo, honrado a toda prueba, con un corazon capaz de causar envidia a los ánjeles, Daniel poseía a mas otras cualidades que lo hacian digno de un trono. Era sóbrio, modesto, humilde, i no carecia de talento. En los ratos que le dejaban libre sus multiplicadas ocupaciones, pintaba, leia buenos autores, i escribia versos. Sus cuadros i sus versos no los veia nadie, i sin embargo, cuando concluia uno de los primeros, lo colocaba en un marco, le daba un sitio entre los demas que rodeaban su aposento, i principiaba otro. Cuando escribia la última estrofa de un madrigal, el cuaderno iba a sepultarse en un cajon de su escritorio. Pintaba i escribia para él: era su entretencion, sugloria. En cada tela habia

dibujado un sueño inapercibido; en cada verso habia copiado una esperanza no formulada.

Este jóven era huérfano, i hacia como seis años que estaba en la casa de Matilde. Su actividad, su misma honradez, lo habian hecho dueño, a la edad de veinte i dos años, de no ménos de quince mil pesos que los hacia jirar en uno de los muchos negocios del padre de Matilde.

Para que no halleis inverosímil el desenlance de esta historía, es necesario que te cuente al acaso, algunas de las escenas que tuvieron lugar entre Matilde i Daniel.

Recien que el jóven entró a la casa, Matilde, que era aun una niña, pareció no percibir que un nuevo personaje habitaba el mismo techo que ella. Pero mas tarde, en fuerza dr oir repetir a su padre que Daniel era un tesoro, le miró por primera vez, hallándose todos en la mesa.

—¡Jesus! se dijo para sí. ¡Lo que mi padre llama un tesoro!...; A un hombre mas feo que el pecado!.....

Pasó talvez como un año, sin que volviera a pensar ni a mirar a Daniel. Pero como éste, a medida que se hacia cargo de los negocios de la casa, iba elevándose en posicion, el padre de Matilde ordenó un dia que el jóven ocupara en la mesa su izquierda, a fin de tenerlo cerca de sí i hablar con él de los negocios miéntras comian. Matilde se sentaba a la derecha de su padre, así es que los dos con Daniel quedaron al frente.

La jóven sintió un vivo despecho porque ponian en

ese lugar a un intruso; i a los pocos dias su despecho se cambió en odio, cuando vió que su padre, por hablar con Daniel, desatendia la charla de ella.

Desde ese momento, Matilde buscada mil medios para vengarse del jóven. De propósito, se quedaba largo rato mirándolo con la intencion de que cuando Daniel alzara su vista hasta ella, lanzarle una mirada de odio i de desprecio; pero Matilde esperaba esta ocasion un dia, ocho, un mes, i Daniel no la miraba jamas. Cansada de esto, apeló a las palabras.

Un dia que su padre no fué a la mesa, Daniel ocu-

pó como de costumbre su lugar.

—No debíais sentaros ahí, le dijo Matilde con tono irónico. No estando papá, vos debíais ocupar su lugar.

- —¿Yo señorita? preguntó Daniel con sencillez.
- -Creo que es a vos a quien me he dirijido.
- —Entónces os diré, replicó el jóven con el mismo tono, que en los negocios ocupo el lugar de vuestro padre cuando él no está; pero aquí en la mesa, ocuparé el que se me haya designado.
- —Pues mañana, dijo Matilde sarcásticamente, le rogaré que os mande que ocupeis tambien su lugar en la mesa.
 - -Si él lo manda, replicó Daniel, obedeceré.

Matilde lanzó una carcajada para ocultar su despecho.

Daniel comió con tanto apetito como todos los dias, i cuando concluyó, hizo la misma vénia de siempre i salió.

Otro dia, Matilde iba al comercio, i como su padre habia salido, quiso humillar al jóven.

- —Caballero, le dijo con tono imperioso: dadme cien pesos de la caja de mi padre.
 - Traeis órden, señorita? le preguntó Guillermo.
 - -Orden, ¿para qué?
 - -Para entregaros esa cantidad.
- —¡Caballero! esclamó Matilde temblando de cólera. Yo no necesito de órden!
- —Talvez, señorita, replicó Guillermo sin inmutarse, pero vuestro padre se ha olvidado de esceptuaros de la regla jeneral.
- —¡Ved lo que haceis! esclamó ella, pues en cuanto llegue papá, voi a decirle que os despida!
- —No podrá complaceros, señorita, pues no hago otra cosa que cumplir sus mandatos. Pero si necesitais la suma que me habeis pedido, yo os la franquearé de mi dinero......
- —¡Insolente! esclamó Matilde. Vais a pagar mui caro vuestro atrevimiento!.....

I salió del escritorio reprimiendo las lágrimas que le arrancaba su coraje.

Por primera vez ese dia, Matilde no obtuvo lo que deseaba. El complaciente padre dijo que Daniel habia obrado bien, i para consolar a su hija le regaló quinientos pesos.

Matilde, en el fondo de su corazon, juró hacer salir de la casa a Daniel. Para conseguirlo, vió que lo mejor era fastidiarlo, contrariar sus gustos, tender lazos a su buena reputacion. Obtener esto, era dificil manifestando que lo odiaba, así es que al cabo de unos dias, aparentó tan completo olvido de su rencor, que todos creyeron que la voluntariosa niña habia perdonado.

Una tarde, estando reunida la familia en la mesa, Matilde, que habia charlado festivamente, i mas que

de ordinario, dijo de improviso a Daniel:

—I vos, caballero, ¿porqué no venís en la noche al salon? Decidle, papá, que lo haga, i así se distraerá un poco.

—Dice bien Matilde, dijo el dueño de casa. Venid desde esta noche al salon.

Daniel dió una triste mirada a sus cuadros, a sus libros i a su pluma, cuando llegó la hora de cumplir la órden que habia recibido, pero se consoló diciéndose:

-Bueno es que conozca le sociedad: vamos allá.

Matilde se preparaba para obtener un triunfo con el encojimiento, con las torpezas que cometeria Daniel al encontrarse por primera vez entre una sociedad compuesta de personas de buen tono; pero el jóven se espidió con tal desembarazo, se mantuvo siempre tan sereno, habló con tal modestia de su vida retirada i ocupada siempre en los negocios, cuando lo interrogaron sobre algunas cosas desconocidas para él, que Matilde se mordió los labios de despecho.

Sin embargo, no renunció a su proyecto. Cuando ya quedaron en el salon las personas de mas confianza, Matilde proyectó un juego de prendas.

- —Vamos, dijo al jóven en voz alta; vos hareis cabeza.
- Imposible! dijo Daniel sonriéndose. Jamas he visto eso.
- —¡Sois un necio! le dijo Matilde con voz breve i baja de modo que solo él la percibiera.

I luego agregó en voz alta:

—¡Vaya! una cosa tan sencilla! lo siento, pues os habríais divertido mucho!

Invitó en seguida a sus otras amigas i amigos, i dejó a Daniel solo, sin tener con quien hablar.

Dirijióse el jóven a su pieza para entregarse a sus libros, i a la noche siguiente no fué al salon.

- ¿Sabeis, papá,—dijo Matilde al otro dia cuando Daniel estaba en la mesa con ellos—sabeis lo que oí murmurar anoche? Que vos talvez tratareis con mucha terquedad al señor Daniel, cuando él no se atrevia a ir al salon.
 - -¿ Quién dijo eso?
- —¡Qué se yo! Por ahí, en un grupo de varios lo oí decir.
- —¡Así es la sociedad! de todo murmura! dijo el dueño de casa a Daniel. ¡Qué le hemos de hacer! Desde esta noche, conviene que no falte usted al salon.

Aquella órden era mui terminante, i el jóven tuvo que cumplirla.

Las pinturas se endurecieron, i la tinta se secó en el tintero de Daniel.....

¿Qué mas? preguntó Guillermo, como cuando era niño i su nodriza le contaba cuentos. ¿Qué sucedió despues? preguntó, al dejar de oir la voz.

Esperó en vano una contestacion.

Por aquella noche, quedaba suspendida, sin duda alguna, la historia de Matilde i Daniel. Guillermo lo comprendió así, al dejar de sentir la grata emocion que esperimentaba siempre que le hablaba esa dulce i misteriosa voz.



Elbarle.

Pasaria mas de una hora sin que Guillermo pudiera coordinar sus recuerdos, pareciéndole, como siempre, una ficcion cuanto le sucedia.

Esta idea, gravada por fin en su cerebro de un modo tenaz en fuerza del mismo empeño que ponia en no creer los fenómenos estraordinarios de que era un medio, le hicieron formar el propósito de combatir su enfermedad con un medicamento enérjico i agradable a la vez.

Tomada esta determinacion, Guillermo fué a una mesa i escribió durante una hora varias cartas para sus amigos de mas confianza en que los invitaba a un baile o tertulia que debia tener lugar en su casa a la noche siguiente.

Todas las cartas llevaban al pié las siguientes líneas:

"Teniendo por objeto este rato de placer, el curar mi tristeza, te suplico traigas en tu compañía las mas hermosas amigas que conozcas. El mejor billete de entrada, será una beldad complaciente.

Concluidas las cartas, ajitó una campanilla.

No tardó en presentarse el camarero, administrador, o sirviente de mas confianza que tenia Guillermo.

—Para mañana en la noche, le dijo el jóven, quiero tener una reunion con mis amigos i algunas señoras. Prepara un banquete, pero que sea espléndido, que haya de cuanto se pueda desear. No economices dinero.

El administrador, (así lo llamarémos) se quedó un momento meditando.

—Quedan mui pocas horas, dijo al fin, para arreglar un banquete suntuoso....

—¡Cómo! le interrumpió Guillermo. ¿Puedes decir eso habiendo dinero?¡Oye i no me hagas otras objeciones! Para mañana, a las ocho de la noche, necesito que en mi casa se haya reunido todo lo que pueda dar placer. Quiero que haya flores, música, luz, desde la puerta de calle hasta el último rincon: quiero que todo resplandezca, que todo embriague; quiero, en fin, que corran los licores mas finos, que tienten el apetito los mas exquisitos manjares, i que todos mis sentidos a la vez, si es posible, reciban una agradable sensacion. Gasta un rio de oro, si es preciso, pero que mis deseos queden satisfechos. Lo quiero, lo necesito así, porque estoi yerto i quiero reanimarme; estoi abatido i quiero distraerme; estoi hastiado de la monotonía de mi vida, i quiero ahogarme, aturdirme, con el go·

ce i el placer. Así, vete i trata de llenar tu comision, que yo premiaré tu celo.

El administrador iba a retirarse, pero Guillermo lo llamó nuevamente diciéndole:

-Haz repartir mañana temprano estas cartas.

Cuando el jóven hubo quedado solo, comenzó a pasearse con ajitacion en su aposento.

—Sí, se decia, es necesario que yo me sacuda, que abandone esta vida mujeril que he llevado hasta hoi. Pasar con una mano en la mejilla, dando vueltas a toda hora al rededor de una idea melancólica, es matar la intelijencia, abatir el espíritu i perturbar la razon. Mis visiones, mis locas ideas, mis absurdas creencias, nacen de ahí, del estado lánguido i enfermo en que se halla mi cerebro. Desde mañana combatiré mis monomanías i veremos si las ahuyento. ¡Qué burla me harian los amigos si supieran que yo mismo me he azotado!

En aquel momento, Guillermo se acordó del doctor Simon.

—; Ah! se dijo. I mañana vendrá el doctor, i me encontrará haciendo preparativos para una fiesta!... Nó, es necesario evitar que lo sepa!... ¿ Pero cómo?... qué puedo hacer?

Despues de meditar un momento, su semblante se iluminó con una chispa de alegría. Fué a la mesa en que ya habia escrito, i trazó con rapidez las líneas siguientes:

Distinguido doctor:

Me voi al campo por algunos dias a fin de distraerme. Apénas regrese, mi primera visita será para usted. Le saluda, etc.

Plegado el papel, ajitó nuevamente la campanilla.

—Esta carta, dijo al mozo que acudió, que sea llevada a su destino ántes que las otras......

A las nueve de la noche siguiente, la casa de Guillermo presentaba un golpe de vista espléndido. El oro, votado a manos llenas en el dia, habia hecho milagros.

Desde la puerta de calle, hasta el último patio, un gran número de arcos de flores iluminados por faroles chinescos de caprichosas formas i variados colores, daban a la casa un aspecto fantástico. En el jardin, iluminado tambien con profusion, tocaba escojidas piezas la mejor banda de música de la capital.

Todos los salones estaban abiertos, i en todos ellos habia pequeñas mesas cargadas de flores, de frutas, de dulces i licores?

En una palabra, la casa de Guillermo parecia uno de esos palacios encantados, en que la atmósfera está impregnada de perfumes, i el aire de melodías.

En el salon principal de la casa, unas veinte mujeres i diez o doce hombres, charlaban entre sí con mas familiaridad que la que podia esperarse, atendida la hora.

A primera vista, todas aquellas mujeres parecian mui hermosas; i a juzgar por los brillantes i alhajas con que estaban ataviadas, podia tomárselas por señoras de alta posicion social. Sin embargo, un observador habria notado que la mayor parte de las alhajas eran falsas, i que casi todos los trajes, aunque vistosos, carecian de ese gusto, de esa nobleza, que les da un buen corte i una valiosa tela. El observador, habria tambien lanzado un suspiro de desencanto al acercarse a esas beldades para contemplarlas. Desde léjos, se veian blancas i hermosas. Sus ojos relucian, sus mejillas parecian tener toda la sávia de la juventud, i mas de una, previendo, sin duda, el sofo. cante calor de la noche, dejaba ver sus brazos albos i redondos, i algo mas que su garganta torneada i graciosa. Pero este cuadro era solo para admirarlo de léjos, pues de cerca perdia mucho de su valor.

Habia ahí ojos mui hermosos, que con una mirada hacian estremecer; pero aquellas pupilas no tenian el brillo que revela el corazon que busca ignoradas emociones, sino el brillo que abrasa i promete conocidos placeres. A mas, aquellas beldades no eran ni tan blancas, ni tenian las mejillas tan frescas como desde léjos lo aparentaban. Aunque mui jóvenes algunas, el aliento del otoño parecia haber marchitado su ser.

No obstante, aquellas mujeres reian i parecian contentas; pero bajo esa risa, habia algo de melancólico, algo que helaba el corazon. Se diria que cada una buscaba el olvido de un recuerdo tenaz, al verlas correr tras un goce siempre fujitivo para ellas.

Guillermo, apartado con dos de sus amigos en un ángulo del salon, miraba de hito en hito a esa porcion de jóvenes, hermosas unas, simpáticas otras, i provocativas i voluptuosas en su totalidad. Al ver en unas la mirada vaga que revela un espíritu trastornado; en otras la sonrisa de desden que acusa el olvido i la indiferencia; en otras, ya el cútis marchito, ya la mirada febril, ya la postura llena de abandono con que procuraba atraer, al ver todo esto, repetimos, el jóvens se volvió a sus amigos diciéndoles:

- —¿Sabeis la historia de algunas de esas jóvenes?
- —¡De casi todas! le contestaron. Hai bien poca diferencia de la una a la otra. Mirad: las que han salido ya de su juventud, i veis tristes un momento i despues reir a carcajadas, son esposas o amantes abandonadas, que despues de haber adorado al amor como una risueña esperanza, lo maldicen ahora como una horrible realidad.
 - -; Esposas! murmuró Guillermo maquinalmente.
- —Ni mas ni ménos, amigo mio, le contestó uno de los jóvenes con tono festivo. Esposas que creyeron amar i ser amadas toda la vida, i que no contaron con que el marido pudiera hallar mas dulces las caricias de otra mujer. Esas pobres, por lo comun, han dado el primer paso impulsadas por el despecho, el segundo por la necesidad i el tercero por la indiferencia. Rota la cadena que las unia a la sociedad, su vida es el torrente que nada puede contener. Lo que hai de malo, es que jamas esas desdichadas pueden ser felices. Re-

cuerdan la copa en que un dia probaron un sorbo de miel, i todos los dias apuran la que hallan a mano ansiosas de encontrar la que perdieron. Estos seres son desgraciados porque se les antoja: se forman un ideal, i quieren verlo realizado; se forjan una ilusion i quieren hacerla realidad. ¿No te parece ridículo, Guillermo, que porque dos seres han creido de buena fe poderse amar toda la vida, han de amarse aun cuando despues no lo puedan?

—Sobre esa consideracion, replicó el jóven, está la consideracion de nuestro deber. Si tomamos a nuestro cargo hacer la dicha de una persona, debemos procurársela aun cuando sea a costa de la nuestra. Tal comprendo yo los deberes sociales.

—¡Qué deberes! le dijo el amigo. No hai mas deber que la propia comodidad. Procura tu felicidad ántes que la de los otros, i en eso habrás hecho lo mejor.

-Ese es un supino egoismo, interrumpió Gui-

—Egoismo que tiene todo el mundo, i de donde ha nacido este axioma: «La caridad bien ordenada, principia por casa.» Esta es la gran lei que rije el universo. ¡Un hombre deja de amar a una mujer, i aun cuando ella lo siga amando, le da vuelta la espalda i adios! I lo que sucede en esto, sucede en todo.

—Talvez, murmuró Guillermo con aire distraido i mirando con insistencia a la puerta de entrada.

-Esa es la verdad, agregó el amigo, i el que no tiene en vista su yo ántes que el yo ajeno, es un necio o un santo; i como los santos ya no vienen a esta pecadora tierra, resulta que es un necio....

El que hablaba se interrumpió, al ver que Guillermo dejaba su asiento, i con pasos rápidos se dirijia a la puerta del salon.

- —¿ Quién es esa que llega? preguntó el amigo con que hablaba Guillermo al jóven que tenia al lado.
- —No la conozco, dijo éste. ¡I que linda es!... Mírala, es una taza de leche!...
- -¡Qué! exclamó el otro. Es el capullo de una rosa!

Miéntras se cambiaban estas frases, Guillermo habia salido hasta la puerta del salon, i despues de cambiar con un jóven algunas palabras, éste le dijo mostrándole una señora anciana i una niña:

—Te presento a la señorita Elena, i a la señora Manuela...

Guillermo saludó apénas a la señora, atraida toda su atencion por Elena.

—¡Qué contraste entre aquellas dos creaturas! Lo sublime al lado de lo miserable; lo ideal codeándose con lo ridículo. Elena era la poesía, i la señora Manuela la prosa.

En Elena, todo era gracia, juventud i majestad: en Manuela, todo era chocante i despreciable.

La inocencia i el candor parecia retratarse en el semblante de la una, i el libertinaje i la depravacion en el de la otra. Elena tenia un cuerpo esbelto, una mirada suave, i persuasiva, i Manuela una estatura diminuta i un mirar malicioso i solapado.

Pero no busquemos los contrastes, i baste con decir que la vieja era horrible i la jóven hermosa como una tentacion.

Elena, con su cabellera rubia tirando al castaño, con sus ojos grandes i velados por crespas i sedosas pestañas, con su boca pequeña i rosada, con su cútis albo i aterciopelado, con su talle esbelto i atrevido, con la belleza, en fin, de sus manos, de sus cejas, de su nariz, aparecia a los ojos deslumbrados de Guillermo, como una de esas creaciones vaporosas que su imajinacion de jóven habia en mas de una vez perseguido.

Pero no era esto solo. Elena estaba ruborizada, temblorosa i miraba a una i a otra parte como tratando de huir.

Guillermo la habia hablado, pero ella no le habia atendido.

— Contesta a este caballero que te ha saludado, Elena! le dijo la vieja con voz ágria i dándole con el codo.

La jóven se turbó mas aun que lo que estaba, i miró a Guillermo con aire suplicante, como pidiéndole que cortara aquella embarazosa situacion.

—Pasen ustedes, dijo el jóven indicándoles el salon.

I parándose en la puerta, repitió el nombre de la vieja i el de Elena para presentarlas a la concurrencia.

Un murmullo de admiracion por parte de los hombres i un murmullo de envidia por parte de las mujeres, fué la acojida que recibieron las recien llegadas.

La vieja avanzó con aire triunfante en el salon, miéntras Elena, encendida por el rubor, no se atrevia a levantar la vista de la alfombra.

—Si continúas así, dijo Manuela a la jóven apénas se hubieron sentado, me la vas a pagar. ¡Acuérdate de lo que te he dicho!... Si esta noche no procurás que seamos ricas, ya verás!...

La jóven alzó los ojos con aire de resignacion, i pareció esforzarse en devorar algunas lágrimas que invadieron sus pupilas.

Guillermo, intertanto se habia puesto a hablar en voz baja con el jóven que acompañaba a Elena, i miraba a ésta de hito en hito.

No trascribiremos el diálogo que sostuvieron. Hai palabras que destrozarian la pluma con que se escribieran, i tememos suceda esto con la nuestra. Basta para formarse una idea de lo que hablaron, las siguientes palabras:

- -Ya te digo, afirmaba el recien llegado, todo está convenido con la señora.
- -¡Oh! murmuró Guillermo como si hablara consigo mismo. ¡I cuán pura e inocente parece!...
- —¡Bah! eso te lo aseguro con mi cabeza, replicó el amigo.

I golpeándole el hombro con familiaridad, agregó:

- Pícaro! quién como tú que eres rico!...

Guillermo se estremeció como al contacto de un remordimiento, i se apartó de su amigo con aire disgustado pero sin apartar la vista de Elena.

No sabiendo qué hacer, mandó tocar un baile i se dirijió a Elena, miéntras sus amigos se apoderaban de las demas jóvenes.

Elena no sabia bailar; pero obedeciendo una órden de Manuela, dió el brazo a Guillermo que la invitó para pasear en el salon.

El jóven se sentia ebrio de emociones. Desde el instante en que Elena apoyó su temblorosa mano en el brazo que le presentaba, todo desapareció para él.

La música, el baile, sus amigos, en vez de halagar sus sentidos, los torturaba. No oia mas que un eco, una voz que hablaba con elocuencia infinita a sus deseos excitados por la belleza de Elena: aquel eco, aquella voz, le repetia sin cesar:

- Elena es para tí. Te la dará tu oro!...

I esa voz, Guillermo la reputaba, ya como una blasfemia, ya como una dulce esperanza.

Si Guillermo hubiera conocido a Elena en una casa respetable, al lado de una familia honrada, la habria adorado como a un ánjel al ver su belleza peregrina, al presentir su candor inmaculado; pero al conocerla ahí, entre una sociedad libertina, i al presentársela como un bien que ya le habia acordado su dinero, la amó como a mujer. I por mas que su conciencia se sublevara ante la idea de ese crimen que no sabemos

como calificar, sus pasiones le decian que el crímen era mui dulce i debia cometerlo.

La melancólica mirada de Elena parecia solo contener sus ambiciones que minuto por minuto iban en aumento; pero si aquella oponia una valla a sus deseos, éstos se enardecian al contacto del mórbido brazo de la inocente jóven.

La tertulia siguió animándose grado por grado. El licor excitaba el entusiasmo, i el entusiasmo compelia al placer.

Guillermo no se apartaba del lado de Elena hablándola, mirándola, devorándola. La jóven parecia aterrorizada.

Las demas mujeres, reian, bebian, bailaban i cantaban.

A las dos de la mañana, en la casa de Guillermo no habia una tertulia: era una orjía. Se hablaba alto i no pudorosamente; se reia a carcajadas; se bebia hasta derramar parte del licor en los estrados.

Sin embargo, no se crea que las damas que asistian a ese festin, eran en estremo relajadas. Todas ellas formaban la aristocracia del vicio, i si bien es cierto que jamas se habian hallado en una casa tan alhajada i suntuosa como la presente, tambien lo es que ellas solo eran visitadas por jóvenes tan ricos como Guillermo.

Deseando éste aturdirse, queriendo sofocar sus reremordimientos, bebió como sus amigos, i como ellos trató de alegrarse. Lo último no lo consiguió, pero sí lo primero.

El licor le dió audacia, i a eso de las tres de la mañana, cuando ya el cansancio enmudecia los labios de la mayor parte de sus convidados, él cerraba un vergonzoso trato con la vieja e infame Manuela.

Guillermo estaba ebrio, mas de amor que de licor. Manuela se acercó a Elena i le habló un instante al oido. La jóven se puso pálida como un cadáver, i dió una fartiva pero elocuente mirada al cielo como pidiéndole socorro.

Guillermo llegó a ofrecerle el brazo.

- —¡Por Dios! balbuceó la jóven juntando las manos en actitud suplicante.
- Camina! le dijo Manuela con voz agria al ver que a ella se dirijia la súplica.

Elena miró a su rededor buscando un apoyo; pero sus ojos solo encontraron cuadros que le repugnaban.

Vaciló un instante i al fin se paró.

Tenia los ojos preñados de lágrimas, i temblaba como una débil hoja sacudida por el huracan.

Guillermo la arrastró—esta es la palabra—a otras salas, i durante el camino le hablaba un leguaje que Elena no concia.

- -¿ Qué tiene usted? la preguntó el jóven al fin.
- -Miedo, contestó ella sencillamente.
- —¡ Miedo! le dijo Guillermo. ¡ Miedo estando usted conmigo que la amo tanto!...

No se atreve nuestra pluma a seguir copiando este diálogo. No podriamos dar una idea exacta de la voz, del ademan de aquella jóven inocente que pedia se la dejara libre para huir, para esconderse.

Elena suplicaba, no oponia resistencia. El pudor, innato en el corazon de la mujer, la hacia adivinar lo que su inesperiencia no le permitia conocer.

Pero ya hemos dicho que Guillermo estaba ébrio de amor. Con la mirada centellente, la cabeza trastornada, tendió los brazos hácia la jóven diciéndole:

-¡Nó, no quiero! Ven!....

Elena cayó de rodillas a los piés de su verdugo, i juntando las manos, i elevando su vista hasta él con la mas dolorosa espresion, esclamó:

-; Perdon!... piedad!... no me mateis!

Para ella, pura mariposa cuya alma estaba blanca como la azucena, aquella mancha, aquel ultraje, era peor que la muerte.

—¡Oh! nó, nó! dijo Guillermo tomándola de la cintura i estrechándola a su pecho.

Elena dió un grito.

En el mismo instante, se abrió una puerta que daba al patio.

Guillermo arrojó un grito de admiracion i despecho i soltó a Elena.

Elena corrió a la puerta.

— Favorézcame usted, señor! dijo al que se habia presentado en ese momento supremo.

Era éste un caballero que vestia completamente de negro.

Su barba blanca i crecida, le daba un aspecto imponente i majestuoso.

Se habia quitado el sombrero al entrar, i la luz daba de lleno en su noble i despejada frente.

- -; El doctor Simon! murmuró Guillermo estupefacto.
- —¡No! la Providencia! le dijo el doctor, con su voz sonora, calmada, siempre tranquila. Es la Providencia quien me ha traido aquí, agregó estendiendo su mano derecha i atrayendo a la jóven en actitud de ampararla.

Un pintor habria dado la mitad de su vida por copiar en un lienzo aquel grupo.

El anciano, con su luenga i blanca barba, con su mirar dulce i poderoso a la vez, con su actitud llena de majestad, era la ciencia, el valor moral, protejiendo a la belleza i al candor perseguidos.

Efectivamente, Elena rodeaba con uno de sus brazos el talle del doctor para no caer, i lo miraba con la espresion mas dulce e insinuante que se puede imajinar.

Guillermo hizo un esfuerzo para dominarse.

- —¡Señor doctor! dijo al médico con voz seca i un tanto imperiosa. No sé por qué motivo os encontrais aquí.....
- —Por una casualidad, replicó el anciano sin inmutarse. A las doce de la noche fueron a golpear la puer-

ta de mi casa para que visitara un enfermo, i fuí donde él... Era un hombre que tiene ocho hijos i una esposa. Esta i aquellos lloraban desesperadamente porque el enfermo se moria, i habria sucedido así, si hubieran esperado el dia para llamarme. He trabajado
como cuatro horas, pero he conservado la vida a un
hombre que con su muerte habria hecho desgraciada
a una familia entera. Sin embargo, el peligro no ha
desaparecido: esa familia es tan infeliz, que mañana
no tendrán qué comer. Esta idea hacia que me recojiese a mi casa bastante desconsolado, cuando al pasar por
frente a la puerta de vuestra casa, noté que habia una
funcion. Cuando se está alegre, me dije, se da con mayor placer. I entré para pediros una limosna para
esa pobre familia que llora i talvez maldice su miseria.

El doctor dijo lo último con voz tan enternecida, que conmovió hondamente el corazon de Guillermo.

Elena, por su parte, miraba al doctor, i al escuchar aquella voz plateada, cuyas modulaciones eran tan dulces para todo el que las oia, probó una emocion estraña, indefinible, que la hizo desear con ardor el hacerse querer de aquel anciano tan noble de aspecto camo de corazon.

Guillermo, sorprendido de improviso en sus culpables deseos; avergonzado de haber descendido hasta tratar de cometer un crímen, sintió una profunda desesperacion. A ser posible, se habria suicidado en aquel momento. Sin embargo, comprendió que necesitaba sincerarse; i si no le era posible destruir en el ánimo del doctor la mala impresion que le habria hecho formar su conducta, al ménos atenuarla esplicando el estado en que se hallaba su espíritu.

Con esta idea, se acercó resueltamente a Elena, i con voz breve, sofocada por mil opuestas emociones, dijo:

—¡Vete, Elena!... Vete, por favor!... No sé que haré mañana, ahora mismo; pero ten seguro que si muero, el último remordimiento que habrá en mi mente, será el haberte ofendido! Vete, i dile a tu madre, a esa mujer que es la causa de todo, que la perdone Dios!

Elena miró al doctor como consultándose con él. La jóven se sentia ligada a su salvador, con una simpatía invencible; i por una de esas aspiraciones informes del alma, deseaba en lo sucesivo tomarlo por su apoyo, por su consultor.

El anciano comprendió, sin duda, lo que pasaba en el ánimo de la jóven, pues volviéndose a ella, la dijo con acento paternal:

——¡Quién sois, jóven? Decidme vuestro nombre; i no creais que sea esto una indiscrecion: es solo el deseo de que me concedais vuestra amistad, i acepteis la de este pobre anciano que nada mas que sus consejos i su esperiencia puede ofreceros.

-Me llamo Elena, dijo la jóven.

-¡Vos, Elena! esclamó el doctor tomándola vivamente de una mano i con voz ajitada. ¿I vuestro apellido?

19

- -Cervantes, contestó ella.
- —¡Ah! agregó el doctor con aire desencantado i como oprimiéndose el corazon como si éste le amenazase ahogarlo con sus latidos. ¡Ah!.....

Se dominó, miró un momento con fijeza a Elena i al fin, con una sonrisa triste i forzada, la dijo:

—Perdonadme, jóven. Mi carácter es siempre calmado i reflexivo; pero hai momentos en que un recuerdo me trastorna, i es lo que me ha pasado ahora. Vuestro nombre, el acento de vuestra voz que ha llegado hasta mi alma; vuestra edad, algo en fin mui poderoso, me ha hecho ceder a un arranque que no es sino la voz del corazon de un padre que llora a una hija que no ha conocido. Ahora, podeis retiraros, hija mia: esta no será la última vez que nos veamos.

Elena estrechó con efusion la mano del doctor i como se hallaba demasiado conmovida, no pudo sino con voz balbuciente, decirle:

-; Gracias, señor!

El ánciano la miró alejarse, i no apartó de ella su vista hasta que hubo desaparecido en otro aposento.

Elena marchó a reunirse con la vieja infame que la habia vendido.

Guillermo habia permanecido indiferente a esta última escena, i desde el principio de ella, se habia dejado caer en un sofá i ocultaba la cabeza entre sus manos.

—Vamos, amigo mio,—le dijo el doctor despues de lanzar un suspiro cuando hubo desaparecido Elena— ¿Qué teneis? —¡Qué tengo! esclamó el jóven con despecho i amargura. Lo que tengo, doctor, agregó con exaltacion, es vergüenza, es rabia contra mí mismo!...¡Soi un infame!...¡Pero nó, soi mas bien un loco, un desgraciado!... Tengo turbada mi razon, yo no me conozco!

Al decir esto, el jóven se levantó, se oprimió la cabeza con ambas manos, i comenzó a pasearse con ajitacion.

El doctor lo dejó que se calmara.

- —Es necesario que procureis oirme, le dijo al fin con ese metal de voz suave i sonoro que le era peculiar. Os debo una escusa, i es preciso que me la recibais para que me perdoneis.
- —Antes de todo, le interrumpió Guillermo, debeis tener presente, doctor, que mi situacion es incomprensible. Si pudiérais medir lo que siento ahora, en este instante, aquí... en el corazon, comprenderíais, talvez, el grado de trastorno en que se halla mi cerebro. Mirad: ¿quereis que os lo confiese todo, enteramente todo? ¡Oidme!... Ayer, cuando vos me dejásteis, creí que estaba enfermo, que me volvia loco. Para curarme, para sacudir mi fascinacion, pensé que nada seria mas conveniente que aturdirme en una orjía o embriagarme con un placer. Buscar esto último en el desenfreno, me repugnaba; conseguirlo despues de vencer las resistencias que opone la pureza i el honor, era mucho esperar.

-Tengo oro, me dije, i con él se obtiene todo lo

que se quiere. Llamé entónces a uno de esos jóvenes relajados que pululan en la sociedad, i merced a un precio convenido, quedó de buscar i traer esta noche lo que yo necesitaba.

Vos lo habeis visto, doctor, agregó Guillermo con creciente exaltacion. La jóven pura i hermosa que vo queria para embriagarme, para conmover mi naturaeza, es esa Elena que habeis visto en mis brazos. Es mia, la he obtenido con mi oro, i aunque me digais que eso es infame, yo os contestaré que esa infamia es necesaria en mi rara situacion. I ya que os he dicho esto, os lo confesaré todo. Elena me ha enamorado, me ha seducido, i.creo que será capaz de volverme loco de amor. Ese candor en su mirada, esa sonrisa melancólica en sus labios, esa frescura en sus mejillas, me ha hecho estremecer i esperimentar una sensacisn igual a la que debe sentir el tigre hambriento cuando tiene hincadas las uñas en un hermoso i tierno corderillo. I no creais que exajero, no; las lágrimas, las súplicas de Elena, exacerbaban mis pasiones como podrian haberlo hecho sus sonrisas o su abandono..... Vos, doctor, que tanta esperiencia habeis conquistado, decidme por Dios! que es lo que pasa en mi corazon, i porqué yo, yo que era virtuoso i delicado, puedo haber descendido hasta el crimen, hasta la relajacion!... Pero aguardad, aun no lo he dicho todo. No creais que esta confesion me la arranca el remordimiento: es el despecho. No puedo perdonaros que hayais sido un obstáculo para que consumara mi crímen, i creedme

que en este instante mismo, me hallo excitado a recomenzar!

Guillermo, al decir lo último, se dejó nuevamente caer en el sofá.

El ruido de la fiesta se habia ido extinguiendo poco a poco, i la mayor parte de los convidados se habian retirado al no ver entre ellos al dueño de casa.

La luz de las bujías principiaba a palidecer, i un blanquecino rayo de la aurora penetraba en el salon.

El médico, que habia escuchado a Guillermo, manteniéndose de pié, inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada fija en el semblante del jóven para no perder un ápice de lo que pasaba en su alma, se acercó a él cuando concluyó de hablar, i golpeándole el hombro con cariño, le dijo con ternura paternal:

—Vamos, jóven, procurad calmaros. Lo que os sucede, no es ni tan grave ni tan irremediable como creis. Teneis mucha alma, es decir, un espíritu demasiado vigoroso, i un envoltorio corporal demasiado débil. Por lo que veo, habeis recibido una educacion afeminada, i por esto ahora, cuando la naturaleza comunica todo su poder a vuestros miembros, todo su ardor a vuestro corazon, sentís que vuestro cerebro se rompe i que vuestra razon se escapa. No os asusteis; pasado el primer impulso, vencereis. Para conseguirlo, reflexionad siempre; i aun ahora mismo, tratad de hacerlo......

Guillermo hizo un movimiento de desesperacion.

—Vamos, yo os ayudaré, le dijo el doctor sentándose al lado del jóven. Me habeis dicho que no podíais conformaros con que yo os haya arrebatado un placer que talvez os habria curado de ese mal estraño que teneis. Por mi parte, no creo lo mismo que vos. En seguida, el doctor, con el fin de distraer al jóven de sus ideas, agregó:

Recuerdo haberos dicho ya que es mui verosímil que nuestro espíritu se comunique con los de ultratumba. ya sea por predisposiciones particulares de nuestra organizacion corporal, ya por medio del magnetismo animal. Negar en absoluto esta creencia, seria marchar en contra de la historia, no solo relijiosa, sino profana. Hasta hoi, la relijion ha admitido la comunicacion de los hombres con los muertos, i la mayor parte de los santos que vemos en los altares, han confesado mil diversas apariciones. Tenemos unos que oyen, i a los cuales podremos llamar auditivos: otros que ven, i a los cuales los antiguos llamaban profetas videntes. ¿Podremos decir que todo eso sea falso? Hacerlo, seria negar la existencia de las pitonisas, de los adivinos, de los profetas, los que, para merecer estos nombres, deben haber dado algunas pruebas de su doble vista, de su intuicion o de su adivinacion. Ahora bien, si he entrado en estas digresiones que parecen fuera de lugar, es porque deseo probaros que lo que os sucede es lójico i talvez real. Convencido de esto, no lucharia vuestra razon con lo que os parece un absurdo, i vuestro espíritu se calmaria viendo la posibilidad de penetrar una gran verdad. Miéntras tanto, obstinado

en atribuir a una rara dolencia lo que os sucede, vuestra situacion es el resultado de la lucha, entre un fenómeno que puede ser real, i las arraigadas creencias de que tales fenómenos no pueden existir. Llegando ahora al punto en que os hallais, punto a que os ha conducido la misma exaltacion de vuestras pasiones i de vuestras ideas, no seré yo el que niegue que habeis hecho mal en descender hasta uno de los últimos grados de la relajacion; pero atenuada vuestra falta por el enajenamiento mental de que sois víctima, sois culpable, no del hecho a que os precipita vuestra debilidad, sino de haberos dejado cojer por esa debilidad, pudiendo haberla combatido.

—¿ I podia hacer eso yo? preguntó Guillermo.

—Indudablemente, le dijo el doctor. Me habeis dicho que un exámen detenido os ha dado a conocer que los fenómenos de que sois objeto son reales i positivos. ¿ Porqué esa obstinacion en negarlos? Si vuestros ojos ven que un objeto es amarillo, ¿ porqué empeñarse en verlo de otro color?—I lo que os pasa en esto, jóven, debe serviros de regla para todo lo demas. Hai mil absurdos a que damos crédito, nada mas que porque nuestros padres se lo dieron: hai mil errores a que no queremos buscar una solucion, nada mas que porque nuestros abuelos vivieron en ellos. ¿ No es lamentable, casi criminal, que no progresemos porque nuestros antepasados no progresaron? Pero esto es falso; en todos los tiempos se ha progresado, lo que sí que en la esfera en que ha sido posible el desarrollo. Lo

que se descubre en un siglo, es un paso adelante de lo que se descubrió en el otro: es un eslabon de la inmensa cadena que ha de llevar al hombre hasta la perfeccion casi infinita. Decir: mis padres creveron esto i yo no debo creer otra cosa, es confesar una ignorancia supina, o una pereza incalificable. Dios al dar una razon al hombre, al darle una intelijencia superior i una enérjica voluntad, se las dió, no para que las dejara en completa ociosidad sino para que trabajara con ellas i le sirvieran de escala para llegar mas pronto donde él. Creer lo que nuestros padres creyeron, no hacer mas que lo que ellos hicieron, es confesarse idiota e incapaz. No es esa la mision del hombre. Su mision tiene por base el engrandecimiento, por divisa el progreso, i por término la perfeccion. A la perfeccion no puede llegarse sin ascender, i no asciende el hombre que hace hoi lo que se ha hecho aver.

—Segun esto, dijo Guillermo distraido ya de su preocupacion, ¿debemos destruir incesantemente la obra de nuestros antepasados con el objeto de progresar?

—¡De ningun modo! le dijo el doctor. No debemos destruir sino perfeccionar; pero si llega el caso en que es necesaria la destruccion, debemos acometerla. Un edificio, con la accion del tiempo, se envejece i desmorona: el que lo posee, ocupa muchos años en sostenerlo, ya agregándole, ya quitándole algo que sirva para mantenerlo en pié i habitable; pero llega un dia en que es necesario arrasarlo, i entónces lo

renueva desde sus cimientos. Esto mismo es lo que debemos hacer con nuestras creencias, ya sean éstas relijicas o profanas. La ciencia agrega unas i quita otras, hasta que llega el dia en que destruye por completo el edificio del pasado para elevar otro que ha de verse sujeto a las mismas leyes, a las mismas trasformaciones, i a la misma o parecida destruccion. Esta es una lei universal. Los antiguos creian el mundo inmóvil i plano; nosotros sabemos que es redondo i movible: creian ellos que solo aquí habia seres; pensamos ya nosotros que eso es un absurdo; i así, de deduccion en deduccion, de hipótesis en hipótesis, de estudio en estudio i de descubrimiento en descubrimiento, el hombre avanza, progresa i se eleva.

Guillermo no replicó, porque cuanto le decia el doctor le parecia mui razonable.

—Pasemos ahora, dijo éste, al sentimiento que esperimentais por no haber consumado una mala accion. Creo que si reflexionais un poco siquiera, triunfará vuestra virtud de vuestra debilidad. Analiceros primero el goce que os habria dado el cumplir vuestro deseo. ¿Qué os quedaria en este momento? Nada mas que el recuerdo de una sensacion que el hombre ha llamado sublime porque satisface un deseo imperioso. Despojadla de esa satisfaceion i aparecerá en son horrible desnudez. Pero hagámosla ideal, sublime: ¿Cuál ha sido, repito, su duracion? Talvez unos cuantos segundos, o unos pocos minutos a lo mas. Despues de esto, el que lleva lejítimamente a sus labios

esa copa, tiene derecho a gozar con el recuerdo, a saborear el néctar de las caricias, i a embriagarse con el aroma del amor, únicas dulzuras reales de la prosaica union de los seres. Pero el que como vos, provoca el llanto i aleja la ternura, ¿qué puede espe rar para despues? El remordimiento, la vergiienza, la ignominia. Por un instante de placer dudoso, se ha hecho la desgracia real i eterna de otro ser. Por un segundo de arrebato, de fascinacion, se ha hecho infeliz la vida entera de una pobre mujer. I esta consideracion, trae precisamente otras que son su resultado. El hombre que atentó contra la pureza de una jóven, la seguirá con su imajinacion, ya en la carrera a que estaba llamada por su inocencia i hermosura, ya en la que él le ha trazado con su infame proceder. En la primera, la verá dar la mano a un esposo que la adora, criar uno o muchos hijos de que será amada, i bajar a la tumba, querida i respetada: en la segunda, es decir, en la que él la ha precipitado, la verá agotar su vida en la disolucion, i concluir maldecida i maldicien. do a la sociedad, en el pobre lecho de un hospicio o de un hospital!...

—¡Basta, doctor! exclamó Guillermo parándose del sofá. Basta, conozco en su horrible desnudez mi accion, i me arrepiento de ella!... Gracias, gracias porque habeis sabido hacer palpable mi error!... Si no comprendiera en este instante que mi arrepentimiento me coloca en estado de lavar mi pecado, me desesperaria; pero así como he tratado de rebajar a ese ánjel que se llama Elena, así procuraré ahora elevarlo!...

- —; Bien! le dijo el doctor tendiéndole una mano. Siempre que vuestras pasiones os rebajen, que vuestra razon os eleve!... Pero atended, yo he creido adivinar, que esa jóven, que esa Elena, se halla en poder de una vieja infame que trata de perderla. Quien sabe si mañana, si hoi mismo, será tarde para libertarla de la deshonrá! ¿ Qué pensais hacer en obsequio de ella?
- —¡Oh! no lo sé aun! Pero creo que la amo muche, muchísimo! Su imájen ha quedado grabada en mi corazon, i ántes de todo, quisiera librarla de los peligros que pueda correr!

- Bien!... le dijo el doctor. ¿ Sabeis donde vive?

-Sí, tuve la curiosidad de preguntarlo.

-Entónces, replicó el doctor, haced enganchar los caballos a vuestro coche, proveos de bastante dinero, i vamos allá.

-¿ Qué pensais hacer?

—Ya lo vereis. Confiad en mi i salvaremos a Elena.

Guillermo salió a dar las órdenes necesarias.

Era el momento en que el sol aparecia en el horizonte.

Cambio de morada.

Media hora despues de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, Guillermo i el anciano médico, en el elegante coche del primero, se dirijian a casa de Elena, situada en la calle del Cequion.

El coche paró frente a una casita pequeña, vieja, desaseada, cuya puerta, pintada sin duda en otra época, se sostenia por un milagro en dos o tres de esos goznes antiguos, que el invento de las visagras ha hecho desaparecer.

Antes de golpear, el doctor indagó de un zapatero remendon que vivia al frente, si era aquella la casa de las personas que buscaba. Cerciorado de ello, llamó con tres fuertes golpes.

Pasaron como dos minutos, i nadie vino a abrir. El doctor repitió su llamado con mas fuerza.

Guillermo, intertanto, se oprimia el corazon, cuyos violentos latidos no podia calmar.

Por fin, a la tercera vez, i despues de un largo rato

de espera, una voz sonolienta preguntó en el interior:

- -¿ Quién es?
- —Guillermo N, dijo el doctor. El jóven en cuya casa se ha dado un baile esta noche.
- —¡Ah! dijo la que habia hablado. Voi a avisar a las señoritas.
- —Antes, háganos usted el favor de abrir la puerta le dijo el doctor.

La sirviente, pues no era otra la que habia acudido al oir golpear, descorrió una gruesa tranca i abrió la puerta de par en par.

Guillermo hizo un jesto de repugnancia al verla.

Era una mujer como de cuarenta años, sucia, desgreñada, harapienta, con dos medios zapatos en los piés i con un vestido cuyo color habia desaparecido bajo la grasa i el ollin.

El doctor, siempre atento, siempre bondadoso, saludó a la horrible mujer diciéndole:

- —Dios te guarde, hija mia. Haznos el favor de avisar a tu señora que la necesitamos.
- —Pasen ustedes, señoritos, a la cuadra, dijo la mujer, echando a andar adelante i conduciendo a Guillermo i al doctor a una salita amueblada con seis sillas de madera, dos mesas, un petate i algunas imájenes de santos colgadas en la pared. Voi a despertar a las señoritas, agregó pasando a otra pieza, despues de levantar unas colgaduras de muselina, que ocultaban un hueco con pretensiones de puerta que unia aquella pieza con el resto de las habitaciones.

- —¡Oh! dijo Guillermo al doctor. Ella que es digna de un trono, vivir aquí, en tanta miseria!...
- —No es la pobreza, joven, le dijo el doctor, la verdadera miseria. Un trono mal adquirido puede hacernos miserables.

Guillermo bajó la vista i se ruborizó.

Pasaron como diez minutos sin que ni uno ni otro hablara una sola palabra.

Por fin se presentó Manuela, i al ver al doctor, hizo un vivo movimiento de sorpresa i se puso pálida como un cadáver.

No pasó desapercibida para el médico aquella súbita turbacion; pero atribuyéndola a que la mujer no esperaba encontrarse con un desconocido, no dió mas importancia a ella i se preparó a entrar en batalla.

- —Señora, dijo a la mujer, ántes de todo, decidme si la jóven Elena Cervantes con quien vivis ,es vuestra hija....
- —-¡Mi hija! exclamó ella visiblemente turbada. ¡Ah! sí.
- —Bien: no perderé el tiempo en palabras: a vos se os puede hablar con toda franqueza. ¿Cuánto quereis por deshaceros para siempre de vuestra hija?

La mujer se quedó mirando alelada al doctor.

—Hablad, le dijo éste. Vos amais el oro mucho mas que lo que amais a vuestra hija, i lo que os propongo debe conveniros. Cuánto dinero quereis que os dé para que me permitais llevarme a Elena donde yo quiera?

Manuela se habia ido tranquilizando poco a poco, i cuando el doctor concluyó de hablar, le respondió:

- -Encuentro mui estraña, señor, vuestra propuesta.
- --Propuesta que vos habeis autorizado, señora, vendiendo por un tiempo determinado a vuestra hija. Todo lo que hago yo, es comprárosla por un tiempo indefinido.

Manuela guardó silencio un instante, i pareció reflexionar.

- —Francamente, dijo al fin con sonrisa forzada, francamente, yo creo, caballero, que os habeis equivocado. No veo qué interes podais tener en privarme de la compañía de mi hija.
- —El interes que tengo, señora, replicó el doctor, sin abandonar su acento calmado, es el librar a esa jóven de la infamia a que la teneis destinada. Al venir aquí, creedlo, no saldré sin ella; i si os oponeis, acudiré a la justicia, ante la cual probaré que sois una mujer pérfida, i por lo tanto indigna de tener a vuestro lado a una jóven inocente. Resolveos, pues, inmediatamente: si quereis que vuestra hija vaya conmigo, os daré el dinero que querais para que vivais con holgura en lo sucesivo; si no lo quereis, decidlo también para tomar una pronta determinacion.

Manuela meditó un instante.

- —¡ No lo consentiré jamas! dijo al fin.
- —Guillermo, dijo el doctor dirijiéndose al jóven: Vaya usted a la policía, pida ahí una órden de allanamiento i la fuerza necesaria, i haga dar parte al

juez del crimen de que pronto estaré yo en su juzgado....

Guillermo se paró i miró al doctor con aire de duda.

-Vaya usted en su coche, le dijo el médico con acento firme, a fin de que vuelva pronto, que yo le esperaré aquí.

Manuela se habia puesto mas blanca que un papel i no podia reprimir un movimiento convulsivo de sus manos.

—¡Señor! exclamó con acento suplicante i cerrando el paso a Guillermo. No vais, no deis ese escándalo, Estoi pronta a hacer lo que me pidais!... Si Elena quiere seguiros, bueno; que se vaya....

-; Hacedla venir! dijo el doctor.

Manuela entró casi corriendo a la pieza inmediata,

- Esa mujer, dijo el doctor a Guillermo, debe ser mas criminal que lo que creemos, cuando así teme a la justicia.
- Pensabais, entónces, emplear la violencia? le preguntó el jóven.
- —De ningun modo: he querido aterrorizarla, i nada mas.
- —; Pero no es malo, doctor, lo que hacemos, privando a una madre de la compañía de su hija?
- —Si viérais una fiera que va a devorar a sus hijuelos i vos pudiérais impedirlo, ¿no lo haríais?

Guillermo se calló. Como le sucedia de continuo,

no encontró palabras para argumentar con el doctor.

Aquel anciano, con su tranquila i arjentina voz, con sus raciocinios siempre lójicos i convincentes, tenia sobre él un inmenso predominio.

Intertanto, en una habitación un poco retirada, se oia una voz rápida pero sijilosa que parecia argumentar.

-Mucho tardan en venir, dijo el doctor:

Guillermo no contestó porque en aquel instante pensaba en lo que diria a Elena para disculparse i hacerse perdonar.

El rumor seguia creciendo, i el doctor percibió que la vieja Manuela estaba encolerizada.

Pasaron aun como cinco minutos, al cabo de los cuales se oyó a Elena que gritaba:

-; Socorro!... Socorro!...

Guillermo i el médico corrieron al lugar de donde venia la voz.

Atravesaron la pieza cuya entrada ocultaban las cortinas de muselina, i llegaron a otra a tiempo que se cerraba una puerta que daba a la calle.

En ese mismo instante, Elena se levantaba del suelo, tratando de acomodar sus vestidos, i su larga i hermosa cabellera un tanto descompuesta i desmelenada.

—¿ Qué os sucede, hija mia? la dijo el doctor acercándose a ella con gran solicitud.

Elena enjugó algunas lágrimas que brillaban en sus pupilas, i con voz entrecortada murmuró:

- —Trataba de hacerme huir, pero yo no he querido seguirla....
- —¿I ella ha huido por ahí? preguntó Guillermo indicando la puerta i con ademan de seguir tras de Manuela.
 - -Sí, contestó Elena.

Guillermo iba a precipitarse a la calle, pero el doctor lo contuvo diciéndole:

- -; Adonde va usted?
- —Quiero alcanzarla i castigar su infamia; porque esa mujer, doctor, ha maltratado a Elena!...
- —¡Mas calma, amigo mio! le dijo el médico. Deje usted que esa mujer huya, i demos gracias a Dios que haya tomado tal determinacion.

I dirijiéndose a Elena, el doctor agregó con su mas tierna e insinuante voz:

—He venido, hija mia, a rogaros que me acompañeis. Soi mui pobre, pero el pan que en mi casa se come, está bendecido por Dios. Vivo casi solo, sin mas compañía que la de una criada anciana que me reprende i me ama como a su hijo ¿Quereis alegrar mi triste morada con vuestra juventud? Sereis enteramente libre, i el dia que querais dejarnos, encontrareis la puerta tan franca como la encontrareis ahora. Vamos, decidme, ¿quereis ser mi hija?

-; Ah! señor! cuán bondadoso sois! exclamó Elena.

I viendo que el doctor le abria los brazos, la jóven se precipitó en ellos diciéndole:

- —¡Os amaré como a mi padre a quien no conocí!...
- —¡I yo como a una hija que perdí!...

Una lágrima rodó por las mejillas, i luego por la blanca barba del doctor, miéntras él dirijia su vista al cielo como poniéndolo por testigo de su felicidad.

Desprendióse Elena de los brazos del médico, i al dar vuelta, lanzó una exclamación de sorpresa.

Guillermo habia doblado una rodilla, i con voz conmovida, decia a la jóven:

—; Antes de salir de aquí, yo quiero que me perdoneis!...

Elena, demasiado impresionada, con sus bellos cjos brillantes por las lágrimas, no pudo hablar, pero pasó su mano a Guillermo, quien la estrechó i la besó con respeto.

La virtud conquistaba su lugar.

Elena habia sido insultada por un hombre, i éste caia ahora de rodillas a sus piés......

Agregaremos unas cuantas líneas para terminar este capítulo.

Guillermo, el doctor i Elena, subieron al coche que los esperaba a la puerta, i algunos minutos despues, se bajaban frente a la casa del médico.

—Amigo mio, dijo éste al jóven ántes de entrar: os doi las mas espresivas gracias por el ánjel que me habeis proporcionado. Voi a instalarlo en mi pobre morada, i vuelvo en seguida para que me hagais el

favor de llevarme en coche a la casa que venia de visitar cuando entré a la vuestra.

Guillermo comprendió que el doctor le vedaba la entrada, i vió desaparecer a Elena sintiendo un vivo pesar.

No tardó en volver el médico, sonriendo con aire satisfecho.

- —Os he molestado, amigo mio, dijo a Guillermo, porque deseo llegar pronto a la casa de ese pobre enfermo. Pensé volver temprano, i ya van a ser las nueve.
- —¿ Creo haberos oido decir que es una familia mui necesitada? le preguntó Guillermo.
 - -Bastante, amigo mio.
- —Sí me hiciérais el favor... ya que vais allá, murmuró él con cierto embarazo.
 - —¿ Favor de qué? El que gusteis...
 - —De auxiliarla con este poco de dinero......
- —Con mucho gusto: os doi las gracias en su nombre, dijo el médico recibiendo algunas monedas de oro que le pasaba Guillermo.

Verdades.

El dia pasó sin que acaeciese nada que merezca narrarse.

A fuerza de reflexionar, Guillermo habia llegado, sino a convencerse de la realidad de lo que él llamaba sus alucinaciones, al ménos a mirarlas ya sin desden, o como una cosa posible.

Dispuesto a estudiar aquellos fenómenos si volvian a presentarse, desde temprano se encerró en sus piezas, con deseos de oir la voz que ya otras veces habia escuchado.

Efectivamente: a las nueve de la noche, Guillermo esperimentó esa sensacion indefinible que le anunciaba la aproximacion del ser que le hablaba; i algunos momentos despues, oyó que le decian:

—Guillermo, si no viese que tu alma se halla mas tranquila, que tu corazon principia a sentir aspiraciones elevadas, mis primeras palabras serian una amarga queja, i mis primeras frases un duro pero justo reproche. Mas tu arrepentimiento ha lavado tu falta, i así como me entristeció el verte caer, me alegra el verte levantar. Sigue el ejemplo de ese noble i virtuoso doctor que te llama su amigo. Tiene un corazon depurado por el estudio i la reflexion, i un espíritu enaltecido por la caridad.—Como sé que estás dispuesto a escucharme con tranquilidad, i con el deseo de ilustrarte, hablemos de algo que te sea provechoso. Vamos, ¿ qué quieres saber?

—¿Quién eres tú que me hablas? dijo Guillermo al intante.

—Ya te lo he dicho: soi el espíritu que habitó el cuerpo de Corina.

-; Ah! ¿i es posible la comunicacion entre nosotros i los espíritus?

- —Tu relijion siempre lo ha afirmado. ¿Porqué lo dudas? ¿Qué otra cosa son las ánimas en que se cree, sino los espíritus que vagan en el espacio, i que han solido aparecer o comunicarse con vosotros? Recuerda las apariciones de ánjeles o demonios, de santos o de malvados que segun los libros del evanjelio, han tenido tantos hombres. La mayor parte de esas apariciones, son verdaderas.
- -- ¿Luego no son todas? preguntó Guillermo.
- —Nó, hai muchas falsas, i muchas que solo son hijas del fanatismo i de la alucinacion.
 - -¿ Es cierta la existencia de los demonios?
- —Completamente falsa. Se crearon los demonios, lo mismo que ciertos padres finjen un fantasma para ate-

rrorizar a un hijo odioso i regalon. La creacion del diablo i del infierno, ha sido no obstante, mui benéfica a la humanidad. Debeis suponer cuán imperiosas serian las pasiones en aquellos tiempos, en que la naturaleza comunicaba a los seres una poderosa robustez. El hombre, con una tierra feraz, con un sol abrazador, tenia mas cuerpo que espíritu, mas fuerzas que intelijencia, i mas necesidades que aspiraciones. Su lei era la del mas fuerte, i su gloria el bienestar. Para él, que no tenia idea de lo noble, de lo sublime, de lo ideal, i que apénas, en el grado de adelanto a que habia llegado, apénas, digo, podia formarse una conciencia de la eternidad, para él, repito, concluian las penas o los goces, ahí donde principiaba la vida de ultratumba. ¿ Cómo hacerle comprender que una vez terminada su existencia corporal tendria un gran castigo? cómo aterrorizarlo para que no siguiese el impulso de sus pasiones?-No habia mas remedio que crear un terrible infierno i hacer eternas las penas que debian darse en él. Este freno i varios otros que pusieron a la humanidad, eran indispensables en la época.

—I si hoi se destruye esa creencia, ¿no volverá el crímen a entronizarse? preguntó Guillermo.

—Nó, si se da a saber que el alma tendrá siempre un castigo. El progreso despoja poco a poco al hombre de sus vicios, i así como los seres se perfeccionan en su físico, así tambien adelantan en la moral.

— Segun eso, llegará el dia en que no habrá crimenes; i no habiendo crimenes, no habrá castigos. Todos

los que nazcan en esa época, ganarán el cielo nada mas que por haber sido predestinados para ser dichosos. ¿ Cómo se concilia ésto con la justicia de Dios?

- De la manera mas sencilla, sin amenguar en nada los atributos de Dios, como sucede con las creencias que se os han hecho tener. Solo la ignorancia puede haber sostenido hasta ahora que hai un infierno eterno creado por un Dios todo bondad. Solo la ignorancia, que ese Dios misericordioso creara almas que se habian de condenar. ¿Porqué no me dió a mí la misma dósis de bien que dió a otros? Desde que es soberano en todo i por todo, desde que ama a todas sus creaturas con igual amor, desde que no quiere que nadie se pierda, ¿cómo es que tantas se pierden?
- —; Ah! esclamó Guillermo; mil veces han asaltado mi imajinacion esas ideas, i mil veces tambien las he desechado por cumplir con la iglesia que nos ordena creer i no escudriñar los altos juicios de Dios.
- —La iglesia ha tenido mucha justicia para prohibir que el hombre haga uso de su intelijencia, porque está probado que el que investiga se aparta al instante del error. ¿Para qué nos dió el Hacedor la facultad de raciocinar, si hemos de aceptar lo que otros nos dicen, repugne o nó a nuestra razon? El hombre debe estudiar siempre i estudiarlo todo, para creer lo que mas se avenga a sus ideas.
- --Pero, dijo Guillermo, nos hemos apartado del asunto que tratábamos. ¿Cómo se concilia la justicia de Dios, i el que unos sean buenos i no tengan nada o

poco que sufrir, i otros sean malos i tengan mucho que sufrir? O bien, refiriéndonos mas directamente a la cuestion: Si el progreso ha de ser tal que llegará el dia en que no exista el pecado, ¿ porqué hace Dios nacer a unos cuando en el mundo hai corrupcion, i a otros cuando solo habrá virtud?

- -Todos habrán nacido cuando habia corrupcion i todos nacerán cuando haya virtud.
 - —No comprendo.
 - El espíritu reencarna para perfeccionarse.
- --¡Cómo! interrumpió Guillermo. ¿ Los que mueren volverán a nacer otra vez?
- —Otra vez i otras veces hasta que se purifiquen de sus manchas, i se hagan dignos de la bienaventuranza por sus buenas obras.

El jóven lanzó una carcajada.

- -¿ Es decir, preguntó, que yo, por ejemplo, he vivido otras veces en el mundo?
 - -Sí: ¿ porqué te ries?
 - -Porque me parece un absurdo.
- --; Te parece un absurdo i todavía no has pensado ni un minuto en ello!... Si así raciocinaran todos los hombres, ¡qué adelanto para la humanidad! ¿ Qué idea te has formado del magnetismo?
- -Creo que es una cosa posible.
- Bien: ahora crees en eso, porque el doctor Simon Bertrand te ha dado, no solo algunas esplicaciones sino tambien una prueba irrecusable.

- -: Cómo sabes tú eso?
- —Porque os ví, i porque yo inspiré al doctor la idea de que os hiciera obedecer por medio del magnetismo a fin de que no te arrastraran al convento.
- —; Es mala, entónces, para nuestra alma la profesion del sacerdocio?
- —De ninguna manera, si el que la abraza cumple con su deber; pero tú no lo habrias cumplido, i es por eso que yo traté de impedirte que lo hicieras.
 - -I el doctor ; sabe que tú le has inspirado esa idea?
- —Nó, él cree que le ha venido de Dios, lo que en realidad es así, pues nosotros,-i aun ustedes mismos cuando aconsejan lo bueno,-no hacemos más que cumplir con la voluntad de Dios i hacernos sus intermediarios. Pero volvamos a la reencarnacion. ¿ Por qué te parece un absurdo?
- —Primero, porque no veo la necesidad de que ande nuestro espíritu quien sabe por cuanto tiempo metiéndose en distintos cuerpos para llegar a ser bueno i perfecto. Segundo.....
- —Aguarda: vamos punto por punto. En primer lugar, si todo lo sometes a la necesidad, casi no hai cuestion posible. Podias decir tambien: ¿qué necesidad tuvo Dios de crear al hombre?
- —Bien, dijo Guillermo; cambia la palabra necesidad en causa, en objeto, o mas biem en ventaja, i entónces quedará en este sentido: ¿Qué ventaja hai en que nuestra vida corporal no sea una sino en que sean muchas?

-Voi a señalártelas lo mas claro que me sea posible. Como partimos de la base de creer que Dios es soberanamente misericordioso i que siendo así no podrá permitir que sus hijos se condenen por toda la eternidad, debemos buscar entónces algo que concilie su justicia. Si Dios cria un espíritu que ha de ser eterno, -fijate bien en esto- un espíritu que ha de ser eterno, ¿es posible que para decidir de su fin le dé como prue-ba un tiempo que rara vez llega a cien años? ¿Qué son cien años para la eternidad?-Ménos, inmensa, infinitamente ménos que un segundo para un siglo, porque aquel con relacion a éste, es la 21. 536,000 avas partes, i aun cuando la vida del hombre fuera de muchos millones de años, slempre los cálculos matemáticos nos darian que un segundo es siempre una parte de esa vida, miéntras que cien años o muchos miles de millones de años, comparados con la eternidad, será siempre un cálculo infinito que ningun guarismo seria capaz de espresar. ¿ Qué fin tuvo Dios en vista, entónces, para crear al espíritu que debia ser eternamente desgraciado, pues ya hemos visto que los años que se pasan en la tierra son como la nada? ¿Qué justicia hai en ese Dios, que por un segundo de pecado condena eternamente a la creatura?—Basta reflexionar en lo que es la eternidad i en lo que es la vida del hombre, aun cuando éste sea un Matusalen, para convencerse de que Dios, ese Dios justo i bondadoso hasta lo infinito, sabio e inmenso en todo, no puede permitir ni ménos establecer, una lei que seria la negacion de sus

atributos, i por lo tanto lo haria descender del pedestal que ocupa como Dios!

—Pero, dijo Guillermo, ¿cómo concebir que tantos crímenes que quedan impunes acá en la tierra, queden tambien impunes allá... en la eternidad?

-Reforzaré mas tu duda con estas interrogaciones, para reunirlas todas en una sola contestacion. ¿Cómo se esplica que un niño, apénas nace, i con tal que lo hayan bautizado, se salve, i un hombre que ha vivido cuarenta, ochenta años, i aun cuando haya sido siempre bueno, se condene, nada mas que por haber cometido, al tiempo de morir un pecado de los que llaman mortales?-¿Cómo se puede concebir que un hombre criminal, asesino, que ha dejado un rastro de lágrimas i de sangre en la tierra, se salve i quede exento de toda pena por el mero hecho de hacer un acto de contriccion?-Me direis que en esto resalta la misericordia de Dios, pero yo os diré que no resalta su justicia, i que un atributo no puede estar en pugna con otro atributo. Bien: todo esto lo esplica la reencarnacion. El crimen que no se ha castigado en una vida, se castigará en la otra: el niño que nace i muere, no irá al cielo sin haberlo merecido, sino que avanzará un corto trecho en la escala del progreso, i en otra vida hará lo que no hizo en la anterior: el hombre que ha muerto de cuarenta u ochenta años, no perderá por un solo pecado, los méritos que ha adquirido, sino que estos le serán siempre de abono en el libro del eterno: el criminal que hizo derramar lágrimas en esta existencia, tendrá que derramarlas él en otra: el que vertió sangre, vertirá la suya, i así se cumplirán aquellas palabras de Jesucristo que dijo: «Ojo por ojo, dientepor diente, vida por vida.» «El que a cuchillo matare, a cuchillo morirá.»

Tras de esto, reinó un profundo silencio. Guillermo habia apoyado la cara en las manos, i parecia embebido en una profunda meditacion.

- —; Qué dices? le preguntó Corina,—así la llamaremos en lo sucesivo, pues sabemos que es ella.
 - -¡Pienso! contestó el jóven.
- —Haces bien: piensa i estudia. La reflexion es la llave de la sabiduría. Ahora que tendrás de qué ocuparte miéntras yo no esté cerca de tí, aprovecharé el tiempo que me queda, en continuar la historia que te narraba. Oyela pues.

Continúa la historia de Matilde i Daniel.

—Como te dije en noches pasadas, Daniel tuvo que dejar la pluma i sus pinceles, i no humedecerlos sino de cuando en cuando. Hasta eese dia, sus pinturas i sus versos eran la emanacion de un alma juvenil, i por lo tanto reinaba en ellos la alegría propia de su edad; pero bien pronto los deseos vagos del espíritu, las aspiraciones inacabadas del corazon, comenzaron a dar un tinte melancólico a sus telas, i un acento triste i lánguido a las ideas que trazaba en el papel.

El padre de Matilde tenia varias propiedades cuyos cánones percibia Daniel de manos de un cobrador encargado de recaudarlos. En varias ocasiones, el jóven habia recibido aviso de que uno de los arrendatarios no pagaba con exactitud, i el cobrador le habia pedido por esto, que se le desalojara de la casa que ocupaba. Pero Daniel, siempre compasivo, no quiso permitirlo hasta cerciorarse por sí mismo de las necesidades que tendria aquel.

Al efecto, trasladóse a la casa i travó conocimiento

con la viuda de un militar que por toda herencia habia dejado a su mujer una hija de catorce a quince años.

Desde el primer instante, no pudo ménos el jóven, que compadecer a esas dos pobres mujeres; i una vez impuesto de los servicios que el militar habia prestado a la nacion, aconsejó a la viuda que pidiera algun auxilio al gobierno, i se ofreció él mismo para dar este paso. Despues de muchas idas i venidas, la solicitud. fué negada, i Daniel concibió entónces una jenerosa idea. Se presentó a la familia llevándoles una cantidad que él calculaba las sacaria de sus conflictos por el momento, i les dijo que aquello era una dádiva del gobierno, i que todos los meses contaran con una pequeña suma. «La única condicion que se exije a ustedes, les dijo, es que no divulguen a nadie esta gracia, pues hai muchas familias en el mismo caso, i seria un gran compromiso para el gobierno. Así, vo cobraré todos los meses la pension, i la tracré a ustedes sin que nadie lo sepa.»

Con este motivo, Guillermo visitaba todos los meses a la familia, e insensiblemente fué estableciéndose entre ellos una gran simpatía.

Margarita, tal era el nombre de la hija de la viuda, era una de esas flores delicadas, cuya verdadera belleza se encuentra en el alma. Para no prolongar mi narracion, te diré que Daniel i Margarita se amaron; pero se amaron mucho tiempo sin saberlo.

Un dia, llegaba Daniel a la casa de la viuda, miéntras ésta cosia; su bija se habia reclinado en una espe-

cie de divan i se habia dormido. Como el jóven ya tenia confianza en la casa, entró sin golpear, i lo que primero hirió su vista, fué el cuadro de Margarita dormida.

La viuda quiso despertarla, pero Daniel le hizo una viva seña para que no lo hiciese; i sacando un lápiz i un papel de su bolsillo, con la mirada brillante, con el corazon lleno de entusiasmo, trazó con rapidez los perfiles de aquel cuadro encantador.

El artista habia sorprendido uno de sus sueños, i el enamorado iba a grabarlo para siempre en una tela.

Margarita, con su pelo negro como el ébano cayendo en pesadas trenzas hasta el suelo despues de orlar su semblante pálido i ovalado, i con esa postura de neglijente abandono de una persona dormida, se prestaba admirablemente al pincel, presentando un escorzo que inútilmente habria tratado de arreglar un pintor,

Daniel trazó unas cuantas líneas; no necesitaba mas, pues ya aquella imájen se habia grabado en su mente de artista i sobre todo de artista enamorado, como se grava una fotografía en el cristal.

—No la digais que he venido, guardadme el secreto, dijo a la viuda en voz baja, i corrió a su casa para entregarse a pintar.

Hechó llave a su pieza, llenó la paleta de colores, tomó el lienzo mas grande que tenia preparado, i la tela comenzó a cubrirse, de líneas al principio, i de contornos un momento despues. Daniel pintaba, mas bien dicho, arrojaba a dos manos la pintura en la tela, i los colores se estendian, se animaban, criaban vida bajo su pincel.

De repente arrojó un grito i se quedó estático de admiracion. Dió un paso hácia atras, i con esto un rayo de luz blanquecina dió de lleno en la cabeza de la mujer que retrataba.

—¡Margarita! gritó engañado el mismo por la semejanza i la ilusion. ¡Margarita! I dió un paso para abrazar a aquella jóven que con sus párpados cerrados le sonreia.

Una línea mas que hubiera avanzado las manos, habria inutilizado su obra. Pero su mismo instinto de artista, le hizo volver en sí. Por una de esas advertencias instantáneas, se le ocurrió que si tocaba la tela haria un borron, pues las pinturas estaban frescas.

Apartó vivamente las manos, i se volvió para inquirir porqué en aquel instante habia visto su obra tan perfecta. Al comprender la causa, cayó de rodillas, i elevó su corazon a Dios.

Era que la noche habia pasado, i la luz que iluminaba su cuadro, era la luz de la aurora.

El habia visto a Margarita alumbrada con el crepúsculo de la tarde, así es que la luz que habia en su cuadro, era la misma luz que le habia venido a sorprender.

Su obra era perfecta: su pincel habia sido manejado por el jénio, i aunque habia corrido bajo la roja luz de las bujías, Margarita estaba iluminada, lo repito, por el crepúsculo vespertino.

Daniel, durante algunos dias, se ocupo de llenar su tela. Todo estaba ahí: el divan medio hundido por el

23

peso de la cabeza; el vestido con las ondulaciones que diseñaban el casto seno, los redondos brazos, la atrevida curba de las caderas; un pié pequeño i delicado que asomaba bajo la falda de su vestido un tanto arremangado; las gruesas i relucientes trenzas que ocultaban a medias su torneada garganta; sus mejillas pálidas, sus grandes ojos cerrados, pero cuyas cejas i pestañas daban inmensa animacion a su fisonomía; todo, en fin, su sonrisa de niño, su manos de niño, su semblante de ánjel de la paz.

Daniel, desde aquel dia, tuvo a Margarita, pero dormida, cerca de sí. La amaba ya en silencio ántes de retratarla, pero desde ese instante le confesó su amor, primero a la imájen, despues a ella, en presencia de su madre. La señora escuchó la confesion del jóven llena de entusiasmo, i cuando su hija, ruborizada bajaba la vista, la tomó ella de una mano i colocándola entre las de Daniel, le dijo:

—Es tuya: hazla tan feliz como lo merece.....

-¿I se casaron? preguntó Guillermo.

Pasó un momento i no obtuvo la menor respuesta, por lo que infirió que la comunicación quedaba suspendida.

- —¡Oyeme aun! exclamó el jóven. ¡Quiero una prueba! una prueba irrecusable de que es cierto que te comunicas conmigo!
 - -Bien, dijo la voz de Corina, pero ya mas distante,

i cual si fuera de momento en momento alejándose. Bien, siéntate a tu mesa i escribe.

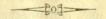
Guillermo corrió a la mesa, tomó una pluma i se colocó en actitud de escribir.

«Hasta hoi, dictó la voz, mi vida habia sido semejante a un bosque cubierto de musgo, de plantas i de flores, pero deshabitado, desierto, sin ningun ser que recibiera, ya la sombra de mis ramas, ya el poco perfume de mis flores. El eco mudo de esa soledad, habia momentos en que me helaba: la voz insonora de ese desierto, habia veces que me oprimia; i en mas de una ocasion, triste en mi aislamiento, acongojado por mi desamparo, me pregunté: ¿ para quién he trabajado yo.?»

Guillermo dejó de oir la voz de Corina.

-¿ I qué prueba es esta? preguntó.

—Fíjate en la hora i muestra al doctor Simon ese papel, le contestó Corina; pero a tal distancia, que las últimas palabras apénas fueron perceptibles a los oidos del jóven.



Los enojos de Marta.

A la mañana siguiente, Guillermo se levantó temprano; i alegre con tener un prestesto para ir a casa del médico, tomó el papel en que habia escrito la noche anterior, i se dirijió a ella ántes que fuese a salir.

Felizmente para Guillermo, el anciano estaba aun en su pieza, en la que fué recibido el jóven con muestras de sincero aprecio.

—Perdone usted, doctor, dijo éste, que haya venido tan temprano a molestarle; pero se trata del asunto que mas vivamente me ha preocupado en este último tiempo, i quiero salir cuanto ántes de dudas. Anoche he tenido una larga comunicacion con ese espíritu que se dice ser el de mi esposa Corina, i como le pidiese una prueba para convencerme de la realidad de ese fenómeno, me dictó unas cuantas líneas que para mí no tenian significacion alguna. En seguida, me dijo que tomara nota de la hora i me encargó mostrase a usted lo que me habia dictado.

-Veamos qué es ello, dijo el doctor.

I cuando Guillermo le hubo pasado el papel, principió a leerlo con grande i creciente interes.

- —¡Esto es maravilloso! exclamó dirijiéndose apresuradamente a la carpeta de su mesa, de donde tomó un pequeño cuaderno que abrió en la mitad i comenzó a leer.
 - —¡Sí! agregó al cabo de un momento, despues de haber confrontado el papel que le habia dado Guillermo con el cuaderno que tenia él sobre la mesa. ¡Es lo mismo! Exactamente lo mismo!... Tome, lea usted, dijo a Guillermo pasándole el cuaderno.

El jóven leyó el punto que le indicaba el anciano:

«Hasta hoi, mi vida habia sido semejante a un bosque cubierto de musgo, de plantas i de flores, pero deshabitado, desierto, sin ningun ser que recibiera, ya la sombra de mis ramas, ya el poco perfume de mis flores. El eco mudo de esa soledad, habia momentos en que me helaba: la voz insonora de ese desierto, habia veces que me oprimia; i en mas de una ocasion, triste en mi aislamiento, acongojado por mi desamparo, me pregunté: ¿para quién he trabajado yo?»

- —¡Oh! exclamó Guillermo, ¡ahora lo comprendo todo!
 - ¿ A qué hora escribió usted esto?
- —Eran las diez i media de la noche cuando me senté a la mesa.
- —¡Exactamente! cuando yo ví el reloj, eran las diez treinta i cinco, hora en que usted escribia las úlmas palabras. ¡Esto es increible!...

—¡Pero indudable! le dijo el doctor. Ese trozo, escrito en mi libro de memorias a propósito de la venida de Elena, es una prueba que me convence del todo. Nadie, absolutamente nadie, sabe que yo apunto dia por dia los hechos mas notables de mi vida; i aunque lo supiera todo el mundo, ¿quién sino un espíritu de ultratumba puede repetir en vuestra casa lo que yo escribo aquí en la mia?

¡Oh! exclamó el doctor con cierto entusiasmo. ¡Qué grande, qué sublime seria que todos los hombres pudieran comunicarse con los seres que han dejado de existir en este mundo!... ¡Qué lecciones tan sabias nos darian esos espíritus desencarnados, que por lo mismo que no se hallan envueltos en una materia burda como es el cuerpo, su intelijencia será una intelijencia superior, i su moral una moral súblime! Qué de enseñanzas podrian dar a la humanidad, i cuántos errores destruirian con su saber!

Guillermo no habia prestado ninguna atencion a las palabras del doctor. Convencido de que era Corina, el espíritu de Corina su esposa el que se comunicaba con él, un millar de ideas i recuerdos bullian en su mente. Aquella mujer adorada, ¿le amaba tanto que aun de ultratumba le asistia? qué debia hacer él para corresponder a ese amor?

Tanto este monólogo, como el del médico, fueron interrumpidos de improviso por la vieja Marta, que con semblante adusto i voz al parecer airada, entró a la pieza diciendo:

- -¡Ya esto no se puede aguantar!... Jesus! aquí cada uno hace lo que quiere!...
- —¿ Qué ha sucedido? preguntó el doctor un tanto alarmado.
- —¡Qué ha de ser!... Sino que esa niña se ha de salir con la suya!... Venga, venga usted a verla!...

I Marta, al decir esto, se dirijió al patio, haciendo

señas al doctor para que la siguiese.

Guillermo, maquinalmente, siguió tras el doctor i de Marta, impulsado por una viva curiosidad, i no sin esperimentar un pequeño temor.

El anciano, por su parte, decia:

—¿ Qué imprudencia habrá cometido esta pobre Marta? Con su jenio, que solo yo conozco, es imposible que nadie la soporte. Tendré que suplicar a Elena que la tolere cuanto pueda, a fin de no verme en la necesidad de despedirla....

—¿No vé? ¡Véala usted! exclamó a ese tiempo Marta parándose en la puerta de una pieza i alargando

su índice hácia el interior.

El médico entró a la sala, i vió a Elena con un cepillo de ropa en la mano, en actitud de pasarlo sobre uno de los paletoes del doctor.

El rubor de verse sorprendida, i la ajitacion consiguiente al trabajo en que se ocupaba, habia coloreado sus mejillas.

No podremos esplicar qué sintió Elena al ver ante sí al doctor, a Marta i en último término a Guillermo. Ella habia querido limpiar la ropa de su protector, por no hallar desde luego ninguna otra cosa mas meritoria que hacerle; pero habia querido efectuarlo sin que él se apercibiese, i deseando que siempre lo ignorara: así es que al verse sorprendida en flagrante delito de comedimiento, se avergonzó. Para comprender lo que sentia su inocente corazon, habria sido necesario ver su mirada brillante que a la vez que sonreia con ese candor inmaculado de la infancia, parecia implorar un perdon que ella sabia se le iba a conceder.

- -¿ No ve usted? repitió Marta cada vez mas enojada.
- —¿I qué veo, mi buena Marta? le preguntó el doctor sin comprender aun lo que sucedia.
- —¡Qué ve!... Jesus que hombre!... ¿ No la ve que ella, con sus manecitas de porcelana, se ha puesto a limpiar su ropa? ¿ No ve que con esa escobillaza que tiene en las manos se va a deshacer los pulmones que debe tenerlos de alfeñique?... ¡Jesus! yo no lo toleraré jamas!.....

I diciendo esto, Marta se precipitó cerca de Elena, le arrebató el cepillo i el paltó, diciéndole:

-¡Nunca! nunca!... usted no ha nacido para esto!.....

El doctor lanzó una carcajada al comprender cuál era el motivo del enojo de Marta, i sumamente complacido, dijo a la buena vieja:

-Vamos, cuéntame, díme como ha sido esto, i porqué esta señorita se ha apoderado de mi paltó.

- Psch! para eso, replicó Marta, tendria que principiar la historia desde ayer.
 - -Bien: princípiala desde cuando gustes.
- -Sí, desde ayer, repuso ella, porque cuando usted me la presentó, le diré que no me gustó nadita que trajera una forastera, i como no tengo pepita en la lengua, en cuanto usted se fué, le dije algo en que ella lo comprendió mui bien. Pero la pobrecita bajó los ojos, i ví una lágrima en sus coloraditas mejillas, i el corazon se me dió vuelta en el pecho. «Marta, eres una bruta, me dije, i estás haciendo sufrir a esa pobre muñequita que parece un ánjel.»—I sin decir allá voi, corrí dende ella, me le hinqué, le pedí perdon, le juré que la iba a amar muchísimo, i nos hicimos las mejores amigas del mundo. Como yo estaba haciendo el almuerzo, la dejé en su pieza, le traje un librote de su escritorio de usted para que se entretuviera en leer i yo me fuí a la cocina. Al poquito rato, ¡zás que se me aparece en la cocina a ayudarme!-Ayudarme ella!... Mírenla, pues, como si fuera capaz de pelar una papa sin hacerse pedazos los dedos!... La eché con viento fresco, pero todo el dia se llevó con una comezon por hacer algo, que tuve que enojarme para que se estuviera tranquila. Bueno: esta mañana, apénas Dios echó sus luces, ya ella estaba en pié i con una escoba en la mano. ¿Puede tolerarse esto? Se la quité amenazándola con que se lo diria a usted, pero como es mas porfiadilla que yo, no me dejó en paz hasta que le diera algo que hacer. "Vaya, le dije, abriéndole el ropero; aquí de-

be haber algunas piezas de ropa a las que falte un boton o tengan una descosedura: entreténgase en esto." ¿I no ve usted lo que estaba haciendo? ¡Como si ella fuera de la carne i hueso que es una!.....

- —¿I qué libro trajo Marta a usted? preguntó el doctor a Elena para interrumpir la charla de la regafiona sirviente.
- —No sé, dijo la jóven, que estaba roja como una amapola al ver que habian sido inútiles las señas que hacia a Marta para que callase. No sé, porque no he podido entender ni una palabra.
- -A ver, vaya a traerlo, le dijo el doctor sonriéndose.

Elena pasó a otra pieza i el anciano se acercó a Marta para decirle:

- --Bien, mi fiel amiga: cuida i ama a esa, creatura, pero no te enojes tanto porque se muestra solícita i comedida.
- —Es que si una no se enoja, no le hacen caso; i desde que se hacen querer, ¿cómo va a consentir una, por mala que sea, en ver que se martirizan? ¡Es como si a mí me fueran a poner un libro en los ojos i que habia de ler!
- —Bien, sí, ya te comprendo, hija mia; pero no formes tanto alboroto para otra vez. Vete a tu cocina, que yo encargaré a Elena que se ocupe de cosas mas sencillas.
- —Pero mándeselo usted, mándeselo con la cara agria, porque sino, ¡como si tal cosa!

-Bueno, bueno; así lo haré.....

Marta salia a tiempo que Elena entraba trayendo el libro.

- Un libro de anatomía en ingles! esclamó el doctor.
- —¡Qué se yo de monotonía! dijo Marta desde la puerta. Yo ví que era uno de los mas grandes, i creí que seria el mas bonito!

No pudieron reprimir una carcajada los tres que oyeron a Marta, quien se fué a su cocina refunfuñando i riendo a la vez.

—Ven, hija mia, dijo el doctor a Elena, i yo te indicaré los libros que puedes leer. I para que no hagas rabiara la buena Marta, agregó sonriéndose, es necesario dejar esos trabajos que son incompatibles con tu tierna edad, i con tu delicada constitucion.

Miéntras hablaban esto, habian atravesado el patio, i solo al entrar al escritorio, Guillermo advirtió que habia cometido una falta en seguir al anciano.

- —Perdóneme, doctor, dijo al instante i ruborizándose: solo ahora advierto lo que he hecho......
 - -¿ Qué cosa?
- -El haber entrado al interior de su casa, atraido por cierta curiosidad que en este momento no me esplico.
- --Si no es mas que eso, estais perdonado, jóven, i me alegro de que hayais sido testigo del cariño que profesamos ya a nuestra Elena.....

La jóven, conmovida, bajó los párpados; i Guiller-

mo i el doctor la abarcaron en una tierna mirada.

—Aquí tienes, hija mia, dijo el primero indicando un estante: todos estos libros son tuyos, i su lectura te entretendrá agradablemente. Por ahora, lleva éste.

Elena dió las gracias al doctor, i se despidió con una venia de Guillermo.

Durante media hora mas, la conversacion se prolongó entre el jóven i el anciano, acordando al fin, que en la noche se reunirian en casa del primero.

—¡Cuán feliz es el doctor! se decia Guillermo marchando lentamente hácia su casa. ¡Qué feliz seria yo si viviese así como él, en una casita pobre, pequeña, aseada, i si yo fuera pobre tambien, i viviese con... mi Corina.....

Las reticencias del jóven, nacian de que la imájen de Corina iba borrándose, a medida que otra imájen mas pura, mas insinuante, aparecia en su corazon. En aquel momento, sobre todo, Guillermo envidiaba una vida modesta i silenciosa, i comprendió que Corina no era la mujer sencilla que podia hacer la dicha del hogar. Sus ideas se formularon entónces de un modo mas preciso, i se dijo:—Ser pobre i tener una esposa como Elena, así, humilde, casta, tierna, solícita...; Oh! qué dulce será la vida!... que todo lo que nos pongamos, que todo lo que toquemos, haya pasado primero por las manos i bajo la vista de un ser que nos ama, que ha pensado en nosotros al enhilar la aguja, i que ha cuidado que nada nos falte, que todo se halle a medida de nuestro deseo!...; Oh! que dulce

será así la vida!... que esa esposa deba, al trabajo del esposo, el vestido, la flor, el anillo que carga en su de do!... I este goce, solo puede tenerlo el pobre, el pobre que talvez ha velado hasta la media noche, para darse el placer de que la esposa luzca el vestido o el a dorno que él la ha regalado!...; Ah! qué de poemas hai talvez en esas varas de tela que ha comprado el pobre con el sudor de su frente! ¡Qué de poemas talvez, en la corbata, en la obra que la esposa pobre ha hecho para el esposo, robando al sueño una hora, a sus entretenciones otra, i a sí misma todas!...; Oh! ¡Qh!... el pobre, el pobre que vive de su trabajo, es el verdaderamente feliz!...; Qué gracia, qué sacrificio haria vo, rico, con una gran fortuna, cubriendo de diamantes la frente de una mujer?...; No hai duda! Lo que en el rico puede ser vanidad, en el pobre no es mas que amor!...

Distraido con estas i otras ideas, Guillermo llegó a su fastuosa casa, i al dar una mirada a sus salones llenos de seda i dorados, esperimentó cierta aversion por todo aquello que no era mas que vanidad. La casa del doctor la encontraba risueña i alegre, miéntras que la suya le parecia tétrica i sombría. En la casa del médico, la luz entraba libremente a los aposentos; i en la de él, las persianas, las celosías, los dobles cortinajes, le impedian la entrada. En aquella, no habia nada que no fuese necesario: en ésta casi todo era supérfluo.

—¡Oh! sí, ser pobre es la mayor felicidad! escla-

¡Cuántos en aquel momento dirian lo contrario!

Mas verdades.

A eso de las ocho de la noche, llegó el médico a casa de Guillermo con el objeto dé asistir a las comunicaciones que el espíritu de Corina hiciera al jóven.

Miéntras esto se realizaba, Guillermo se ocupó de contar al doctor, con todos sus detalles, las diversas conversaciones que habia tenido con su amada, i en hacerle ver cuánta analojía guardaban las enseñanzas de Corina con las ideas emitidas por él (por el doctor) sobre la pluralidad de los mundos habitados, sobre la no existencia del infierno, i otros puntos que ambos habian tocado.

—Las teorías que yo he emitido, dijo el médico, las debo, ya a la lectura de sabias obras, ya a mi continuada meditacion. Porque habeis de saber, amigo mio, que en cierto tiempo fuí un católico fanático e intransijente que no admitia nada que no fuese sancionado primero en Roma. Mas despues, cuando me familiaricé con la materia en la medicina, cuando vi que to-

do está sujeto a ciertas leyes, i que basta quitar la causa para que cese el efecto, me hice materialista i casi ateo. Examinaba al hombre, es decir, a la obra mas acabada del Creador, i me decia: ¿ Dónde está la chispa divina en este ser, que basta un golpe, un accidente cualquiera para que se destruya? Este hombre ve, siente i piensa, es verdad: pero arranquémosle los ojos i ya no verá: reduzcamos su cuerpo a la muerte, i ya no sentirá: toquemos el nervio en que reside su intelijencia i su razon, i ya no pensará. ¿Qué es el hombre, entónces? ¿ Es la union de una alma que ha de vivir siempre, con un cuerpo que ha de vivir un instante? Nó, esto no es posible: ligar lo eterno con lo infinitamente finito: lo sublime con lo infinitamente miserable: la emanacion, el reflejo, la imájen de todo un Dios, con el producto de la tierra miserable...

Mi razon no podia comprender esto, amigo amio, i por algun tiempo, como ya os he dicho, fuí materialista i casi ateo. Consideraba al hombre como único i absoluto en la creacion, desde que es el único a quien se ha dado una alma eterna, i me decia: Entre los seres que sufren, en una palabra, que viven, el hombre con relacion a los demas es como uno comparado con un millon; ¿i es posible entónces que solo el hombre tenga una alma imperecedera? Chocaba esto con mi razon, i ántes de dar un alma a los peces i a las aves i de creer que Dios hubiese dado a esos seres la cualidad de sentir como el hombre i no gozar como él, preferia creer que ninguno tuviera alma eterna. Llevamos

a tal punto el orgullo en algunas materias, que sin pensarlo, atribuimos a Dios las mayores barbaridades a trueque de satisfacer nuestra vanidad. Una de estas es creer que las aves, que los peces, que los brutos, los crió Dios para nuestro servicio i alimento. ¡Blasfemia! el sabio Hacedor no puede haber querido eso!... Si odiamos al tigre porque se alimenta con la sangre; si perseguimos al cernícalo porque destroza a sus hermanos, ¿podria Dios dictar una lei que aun para nosotros, animales mas carnívoros que todos, es repugnante i contra el órden natural.

El que haya estudiado, un poco siquiera, la zoolojía, habrá visto que hai animales que parecen hombres, no solo por su conformacion física, sino por sus hábitos, sus costumbres i su intelijencia; i si ha dado una ojeada a las razas humanas, confesará que hai hombres mas crueles i con instintos i tendencias mas viciosas que algunos animales.

Tenemos, pues, que así como el estudio de la organofisia o antropolojía lleva al materialismo, a la fisiocracia, así el de la zoolojía conduce a establecer entre el reptil, la oruga, el insecto microscópico, una cadena no interrumpida de seres mas o ménos intelijentes, mas o ménos activos, mas o ménos adelantados, que principiando en ellos i corriendo una escala ascendente, llega hasta el hombre. ¿Cesa aquí, es decir en el hombre, el órden jerárquico de los seres? Mucho he meditado sobre esto, i mi razon, triunfando al fin del materialismo a que me conducian mis observaciones,

ya anatómicas, ya zooéticas, ha llegado a convencerse de que tenemos un alma i de que hai un Díos. Para creer esto, para convencerme a mí mismo, me ha bastado el estudio i la meditacion.

He mirado arrastrarse al gusanillo entre el musgo, i pasando de él hasta el elefante, desde el elefante hasta el hombre, i desde el hombre hasta el ánjel, he llegado hasta Dios. Nada hai que no sea una continuacion infinita en esta infinita creacion. Los peldanos de la escala que unen al insecto microscópico con Dios, no están interrumpidos en un solo punto, i si he dicho desde el hombre hasta el ánjel, i desde el ánjel hasta Dios, es porque creo que entre ellos-habrán tantos i tantos escalones, como hai entre el enorme elefante i el pequeño gusanillo. ¿Dónde están estos seres superiores? Habitan en los lejanos astros que pueblan el espacio? Para mí es indudable. El hombre, no podrá saberlo ni aun cuando se ayude de los mas poderosos instrumentos para observar; pero así como creemos tantas cosas, nada mas que por que son lójicas i naturales, así podemos creer esta, miéntras llega el dia en que una revelacion compruebe nuestras creencias.

—Ese dia ha llegado ya, dijo una voz clara i sonora, que Guillermo reconoció al instante por la voz de Corina.

-Es ella, mi esposa, dijo el jóven al doctor.

El anciano se puso de pié i cruzó los brazos para

significar que escuchaba con respeto i atencion al espíritu que les hablaba.

- —Sí, ese dia ha llegado ya, continuó Corina. La mayor parte de los misterios que han sido inesplicables para el hombre, serán comprendidos ahora por el hombre, hasta donde alcance su limitada intelijencia. Una nueva doctrina se revela en este instante en muchos puntos diversos del globo; i ántes de poco, las relijiones se confundirán en un solo dogma, en una sola creencia, porque será uno el Dios a quien todos adoren, una la aspiracion que los eleve. Las sabias leyes que institu-yó Jesucristo, tan desfiguradas con el trascurso del tiempo, resplandecerán nuevamente, i la humanidad marchará con vertijinosa rapidez a su perfeccion.
- —¿ Quereis ilustrarnos en esa doctrina? preguntó el doctor. ¿Soi yo digno de asistir a las enseñanzas que quereis dar a mi amigo?
- —Sí, pues en vos, dijo Corina, ha brotado ya la semilla que debo arrojar en el corazon de Guillermo, i mis revelaciones no harán mas que confirmar vuestras ideas. El esplicaros la doctrina que debe tratornar todas las creencias, no es obra de un instante, ni obra que puedo acometer yo por mí misma: será motivo de largos estudios i de repetidas revelaciones. No obstante, podeis hacerme algunas preguntas, i contestaré a ellas si me es posible.
 - -¿ Luego no podreis responder a todo?
 - -Nó: primero, porque hai mil misterios que no comprendo, i segundo, porque hai muchos que aunque

comprendidos por mí, no lo serian por vosotros, a causa de que para esplicároslos, tendria que valerme de vuestro pobre lenguaje i de vuestras pobres figuras.

- -Decidnos: ¿cuál es la verdadera relijion?
- -Aquella que tenga por base la caridad.
- —¿ No necesita mas el hombre, entónces, que ser caritativo para salvarse?
- —Salvarse no es la palabra adecuada, pues no existe la condenacion. Debeis decir para progresar. Efectivamente, el que tiene caridad, es porque ama a Dios, i el que ama a Dios, es justo i guarda su lei.
 - -- ¿ La lei dada a Moisés en el Sinai es la lei de Dios?
 - -Es el código que rejirá siempre a la humanidad.
- —La relijion católica con su culto i sus prácticas cos la que instituyó Jesus?
- —Comparad el dia con la noche. Jesucristo predicó la humildad:—¿ se la conoce hoi?—Recomendó la pobreza:—¿ se la reverencia hoi?—Instituyó la adoracion al Soberano, al Supremo Hacedor; proscribió el culto de las imájenes, el que se edificaran suntuosos templos, el que se ambicionara el poder, etc.; etc.;—se cumple hoi con esto? El culto que se da a Dios en esa forma, es vanidad i Jesus jamas la toleró. La verdadera adoracion a Dios consiste en depurar nuestras acciones i levantar nuestro espíritu hasta él deseando comprenderlo para amarlo mas i mas; el verdadero culto es el que le rinde el espíritu humillado en su nada, i no el que le tributa el cuerpo con los sentidos. No lo olvideis: la corta oracion nacida de un alma que

se une al Eterno por el amor, vale mil veces mas que esos rezos, que esos cantos, que modulan los labios i que rara vez nacen del alma.

- --- Cuál es la razon mas convincente que podremos darnos en caso de duda para creer que existe Dios?
- —Si no os basta el contemplar la grandeza de la creacion, i el pensar que no puede ser obra del acaso, examinad ese sentimiento intuitivo que hai en el alma de todos los hombres para creer que existe un Supremo Creador.
- —Pero esa idea puede ser efecto de la educación que se nos ha dado.
- —No, pues la tienen los salvajes, quienes tambien adoran a un Dios. Todos los pueblos, todas las naciones reconocen una causa superior a quien acatan, con la diferencia del nombre i de las perfecciones con que la adornan. Los salvajes tienen un Dios que para vosotros seria poco mas que un monstruo, i así cada nacion o cada mundo, se forma un Dios a medida de su intelijencia i de su adelanto.
- —I vosotros, preguntó el doctor, los espíritus desencarnados, ¿ cómo considerais a Dios?
- —Lo mismo que vosotros: segun la escala en que nos hallamos colocados. Lo comprendemos mas, lo amamos mas, a medida que nos acercamos a él. La diferencia que hai entre el espíritu encarnado i el desencarnado cuando ambos se hallan en el mismo punto de progreso, es que el desencarnado tiene una razon mas clara porque la envoltura corporal no embota su

intelijencia. El cuerpo hace en el espíritu el mismo efecto que un tupido velo hace sobre vuestros ojos.

- —Mi amigo Guillermo, dijo el doctor, me ha enunciado que el espíritu reencarna muchas veces, ya en este planeta, ya en otros, a fin de perfeccionarse. ¿Cómo es que no recordamos nuestras vidas anteriores?
- —Si vuestro lenguaje fuera mas rico i vuestra intelijencia tuviera la penetracion que tiene la mia, bastarian unas cuantas palabras para esplicarlo; pero ya que esto no es así, apelaré a ejemplos que podais comprender. ¿No os ha sucedido que soñais, i al despertar tratais de recordar vuestro sueño i no lo conseguís? ¿Qué impide que os acordeis de una cosa que acaba de suceder?—El estado de insensibilidad en que se halla vuestro cerebro. Miéntras el cuerpo descansa, vuestro espíritu vela, porque él, todo actividad, no necesita descansar. Durante ese tiempo, asistís a mil escenas que por la misma razon de que solo las presenciais en espíritu, no las recordais cuando el cuerpo se despierta....
 - -; I los sueños que recordamos? preguntó el doctor.
- —En esos toma parte el cuerpo. Los sueños pueden dividirse en dos clases. Unos, se efectúan cuando el cuerpo se halla en un reposo absoluto, en un sueño profundo, i los otros, en una semi-vijilia, en un estado de somnolencia. Los primeros son esclusivos del espíritu, i cuando mas pueden dejar en vuestro cerebro un vaguísimo recuerdo, una imájen inacabada, miéntras que los segundos casi siempre son el fruto

de vuestras impresiones diarias, i por esto habreis observado que tienen alguna i muchas veces una perfecta hilacion con las escenas a que habeis asistido o con las que os habeis forjado.

- —¿Luego nuestra masa corporal es la que impide que nuestro espíritu recuerde las demas existencias terrenales que ha tenido, así como la insensibilidad de los órganos cuando dormimos impide que recordemos los sueños?
- —Exactamente: con la diferencia de que lo primero es una de las tantas sabias disposiciones del Supremo Hacedor, pues si el hombre supiese lo que ha hecho en una vida pasada, no marcharia con tanta rapidez a su progreso.
- —Eso no me parece lójico, dijo el doctor. El que conoce el mal que ha hecho, puede enmendarse con mas facilidad.
- —Error! el amor propio que tiene el hombre, le hace ver siempre sus propias faltas como leves aun cuando sean graves. A mas, si conociese el bien o el mal que ha hecho, ese conocimiento lo tomaria como una medida para rejirse en cada encarnacion; miéntras que ignorándolo todo, temerá siempre haber hecho mucho mal i poco bien.
- —¿ Qué argumentos serán los que pueden llevar mas persuacion a nuestro espíritu sobre esta verdad?
- —Hai muchos, pero solo me ocuparé de unos pocos. Ante todo, ver lo insignificante que seria la vida del hombre comparada con la eternidad que ha de vivir

su espíritu; en seguida ver que por medio de la reencarnacion, no se amengua en nada la bondad i justicia infinitas de Dios. En tercer lugar, que el espíritu, progresando de este modo, no se aparta de las leyes que rijen al universo.

- −¿ Qué leyes son esas?
- —Las del progreso. Todo nace, crece, progresa i muere, para volver a nacer i progresar....
- —Segun eso, interrumpió el doctor, el alma muere....
- —Nó, me refiero a lo que llamais materia, a los árboles, a los minerales, a los mundos que pueblan el espacio. Una observacion que hice cuando yo habité ese mundo os dará una idea mas clara de mis palabras. ¿No habeis observado que en un terreno, en un patio abandonado brota la yerba despues de las lluvias del invierno? ¿Qué es esa yerba en el primer año?—Nada mas que un pequeñísimo musgo que mata los primeros rayos del sol. No obstante, a la primavera siguiente vuelve a nacer, pero ya el musgo se ha cambiado en espigada yerbecilla, que al año entrante se convierte en planta i despues en arbusto, etc., etc.
- -¿I cómo el musgo no ha desaparecido entónces de la tierra?
- —Porque la naturaleza, o mas bien, porque Dios, creó en los siglos pasados, crea en el siglo presente, i creará en los siglos venideros. Infinito en todo, debe ser tambien infinito como Creador. Siempre que trateis de llegar hasta Dios, inclinad la frente i ado-

radlo. Es incomprensible, no solo para vosotros cuya intelijencia no alcanza a comprender la hoja de un árbol, sino aun para los espíritus mas aventajados de la creacion. Así, no gasteis jamas vuestro tiempo en pensar lo que jamas comprendereis. Básteos saber que la creacion es infinita, i que así como no hallais término al espacio, así jamas encontrareis el número de planetas, de mundos, de astros i mucho ménos el de seres que pueblan esos planetas, esos mundos, pues si os colocais en el astro que creeis mas lejano, no os hallareis en el principio, ni en el centro, ni en el término de la creacion, a causa de que ésta no tiene principio, ni centro ni término, sino que es infinitamente infinita.

Ahora, agregó Corina, voi a continuar una historia cuyo desenlace me interesa que conozca Guillermo.

- -Permitidme haceros una pregunta mas, suplicó el doctor.
 - -Hablad, le contestó Corina.
- —; Conoceis allá... en el mundo o lugar que habitais, a mi hija Elena?
 - -¿ Qué tiempo ha que dejó de existir en el mundo?
 - -Doce años, i solo tenia tres cuando murió,
- —¡Ah! en ese tiempo estaba yo en el mundo tambien. Aguardad.

Pasaron como cinco minutos de absoluto silencio.

El corazon del anciano latia de emocion al pensar que podia saber de su_hija.

- —No la he encontrado, dijo al fin la voz de Corina. El doctor se entristeció e inclinó la cabeza con aire abatido.
- —No os acongojeis, le dijo Corina. Talvez haya reencarnado o cumpla alguna mision en otro planeta. Yo la buscaré, i si la hallo, os avisaré o la diré que trate de comunicarse con vos.
- —¡Ah! cuán feliz me haríais con eso! exclamó el médico.
 - -¿ Quereis saber de alguna otra persona?
- —Sí, sí, de mis padres, i de esa mujer cuyo nombre no puedo pronunciar sin que se conmueva mi corazon... de la madre de mi hija Elena!
- —; Oh! exclamó Corina, vuestros padres se hallan, el uno en un planeta i el otro en otro. Con respecto a vuestra amada, está aquí, a mi lado, i quiere comunicarse con vos.
- —¿Es posible? preguntó el doctor trémulo de emocion. ¿ Dónde está? Quiero verla, quiero oirla!... ¿ Qué debo hacer?
- —Calmaros: si vuestro espíritu no está tranquilo, no podeis comunicaros con nosotros... Oid lo que me dice para vos: «Simon: el Supremo Hacedor, nuestro bondadoso i justo Dios, no permite que me comunique contigo, en castigo de las imperfecciones que tuve en mi vida terrenal.»
- —¡Ah! exclamó el doctor oprimiéndose el corazon. Decidme, al ménos, si sabeis donde está nuestra hija!
 - -Corina contestó:

—Dice que sí, pero que no le es permitido revelároslo. Tomad esto como una expiacion por ciertas palabras que vertísteis en una noche que debeis recordar aun... Os hallábais solo con vuestra amada, e indignado con el que vos llamábais el destino, dijísteis siete palabras que hicieron estremecer a vuestra compañera. Recordadlo.—«Si hai Dios, es un Dios injusto», exclamásteis, i ella os puso la mano en la boca, i con acento suplicante i amoroso os dijo: «¡Simon!... no blasfemeis!...»

-¡Sí! exclamó el doctor. Lo recuerdo todo!...

I el médico, elevando la vista al cielo, murmuró con acento conmovido:

- -¡Dios mio! alabo i venero tu justicia!
- —¡Estais perdonado! le dijo Corina. Con siete palabras renegásteis de Dios, i ahora, sin pensarlo vos, con siete palabras tambien lo habeis reconocido. Esa es la justicia de Dios!

El doctor guardó silencio un instante i luego agregó:

- —Si estoi perdonado, ¿podré, entónces, comunicarme con mi amada Lucía?
- —Nó, aun os queda la expiacion. He aquí lo que me dice para vos el espíritu de la mujer que amásteis tanto en la tierra: «Simon: humilla tu frente ante el Altísimo i reconoce siempre su justicia i su bondad. Continúa como hasta hoi practicando la caridad, i pronto nos reuniremos. No te preocupes por tu hija, por nuestra hija: yo velo por ella i por tí. ¡Hasta luego!»

Dejó de hablar Corina, i el doctor enjugó una lágrima que habia saltado de sus pupilas, miéntras en voz baja murmuraba:

-; Acato, Dios mio, tu suprema voluntad!...



Profesor i discipula.

Guillermo no habia hecho otra cosa que escuchar, tanto porque las preguntas que el doctor habia hecho a Corina eran las mismas que él se inclinaba a hacerle, como porque encontraba un secreto encanto en oir, recojido en sí mismo, aquella voz tan amada en otro tiempo.

Cuando hubieron pasado como diez minutos, la voz de Corina volvió a dejarse oir.

—Como te dije, Guillermo, en mi narracion anterior, la madre de Margarita acordó a Daniel la mano de su hija.

El jóven puso en conocimiento de su patron lo que proyectaba, i como no habia porqué hacer misterio de esto, Matilde lo supo en el mismo dia.

—¿ Cómo es posible, se dijo la orgullosa jóven, que haya alguna mujer que ame a ese monstruo?

Cuando se reunieron en la mesa, Matilde quiso analizar las facciones del jóven para ver si hallaba en él alguna cosa agradable, i por primera vez se confesó que hasta ese dia no lo habia mirado bien.

Daniel no era hermoso, pero tenia unos ojos de mirada enérjica en que brillaba el jénio. Sus labics eran gruesos pero mui lacres, sus dientes grandes, pero mui albos, su nariz correcta, su frente ancha i despejada, sus manos finas i aristocráticas i su cabellera negra i mui abundante i rizada.

—No es tan feo como yo creia, se dijo Matilde; pero así será ella. ¡Alguna india horrible!

No dió mas importancia a su exámen por aquel momento, pero sucedió que ya varias noches, desde una ventana de su pieza, Matilde habia visto luz en la habitacion de Daniel hasta mui tarde de la noche. Nunca le habia inspirado la menor reflexion esta costumbre del jóven; pero en aquella noche, cuando se recojia, sintió una viva curiosidad por saber en qué se ocupaba.

Al dia siguiente, cuando Daniel se hallaba ocupado en los negocios de la casa, Matilde se dirljió a la pieza de éste, empujó la puerta que el jóven manejaba solo entornada, i entró resueltamente al interior.

Apénas llegó al centro, arrojó un grito de sorpresa i retrocedió hasta encontrarse con la mesa que servia de escritorio a Daniel.

Matilde habia visto una mujer, una niña, dormida sobre un canapé.

Pero se repuso bien pronto. Era solo un cuadro,

talvez un retrato: el retrato de la jóven con quien se iba a casar Daniel.

Matilde fijó una mirada intensa, profunda, en aquella tela. La niña que tenia ante sí, era pálida, delgada, con una de esas fisonomías que impresionan el alma ántes que los sentidos. Por una atraccion inesplicable, Matilde miraba detalle por detalle aquel cuadro, imájen exacta de la realidad, i solo despues de un cuarto de hora de muda contemplacion, apartó la vista de la tela i pensó en retirarse. Mas, al efectuarlo, vió varias hojas de papel llenas de caracteres.

Eran versos, en que se repetia a cada instante este nombre: Margarita.

Matilde ya no dudó de que aquella niña iba a ser la esposa de Daniel. Los versos eran de una rima suave, dulce, enamorada. Se conocia en su cadencia tierna i armoniosa, que habian sido inspirados por esa jóven de mejillas pálidas i semblante mélancólico.

Matilde volvió muchas veces al cuarto de Daniel para admirar el retrato i leer los versos que en la noche se hubiera ocupado de escribir el jóven. Jamas habia leido ella unas poesías tan agradables.

Entretanto, Daniel activaba las dilijencias para su enlace, i llegó el dia en que, cubierto con un espeso velo, hizo trasladar el retrato a casa de la que iba a ser su esposa.

Era uno de los regalos de boda.

Aquel dia, debia ser el último en que Daniel comería en casa de su protector. Así lo dijo éste cuando se hallaban en la mesa, congratulándose por una parte de la felicidad de su protejido, i sintiendo por otra no tenerlo a su lado para hablar con él de sus negocios.

Matilde miró a Daniel, i vió en su semblante todas las muestras de una suprema felicidad.

¿Seria éfecto del odio que le tenia, el que se levantase de la mesa ántes de concluir la comida? Aun no es del caso decirlo, pero Matilde no salió aquella noche al salon, dijo que tenia dolor de cabeza, i al dia siguiente no dió un paso fuera de su cuarto, en el cual no queria que entrase ni la luz.

Esta precaucion, fué talvez una medida prudente, pues sin ella, el amante padre habria notado que su hija tenia los ojos enrojecidos i ojerosos.

Daniel i Margarita se casaron, i durante un año, fueron completamente felices.

Para Matilde aquel año fué un infierno. Habia concebido por Daniel una de aquellas pasiones volcánicas, avasalladoras, que matan si no se satisfacen. Pasiones que llevan al crímen, que nada respetan i que concluyen por perturbar la razon de la persona que las siente.

El padre de Matilde, creyendo a su hija enferma, la rodeó de cuidados i atenciones, la hizo ver de los mejores médicos, la llevó a los baños de mar, e hizo en fin, cuanto un padre amante i rico puede hacer por su tínica, hija. Pero nadie conocia la enfermedad de Ma-

tilde. A veces era una calentura d'evoradora, a veces un histérico lleno de convulsiones.

Solo una persona que hubiese entrado al dormitorio de la jóven, allá a la media noche, habria podido presumir su verdadero mal al verla despedazar las fundas que cubrian sus almohadas, i al verla llorar con amargura i desesperacion.

Por fin, no pudiendo Matilde dominar su enérjica pasion, pidió a su padre, como un remedio para distraerse, que ordenara a Daniel que diariamente le diera algunas lecciones de dibujo.

Ni el solícito padre, ni el incauto jóven, tardaron en cumplir los deseos de la hermosa Matilde.

Principiaron las lecciones; i Daniel, a ser otro, habria notado que era mui difícil que su discípula profundizara el arte de Rafael. Jamas sabia Matilde qué reglas le habia dado su maestro: en cambio, habia notado hasta las menores inflexiones de su voz, i habia escudriñado todos sus movimientos. A mas, mostrábase tan torpe para dirijir el lápiz, hacia líneas tan curvas cuando debian ser rectas, que el jóven se veia obligado a tomarla de la mano i guiarla en su dibujo. Pero, cosa estraña! aquella mano abrasaba, i en vez de seguir la direccion que trataba de darla Daniel, temblaba como si la tocase una pila eléctrica.

El jóven hubo de renunciar a este método que le producia peores resultados, i se limitó a dar sus lecciones de viva voz.

Era necesario hallarse tan enamorado como lo estaba

Daniel de su casta i pura esposa, para no ver algo de estraordinario en las palabras, en la actitud i en el tocado de Matilde. Presentábase ésta tan ataviada a la clase, que mas bien que a recibir lecciones de dibujo, parecia que iba a asistir a un baile. Daniel, sin embargo, no lo notó.

Una noche se hallaba nuestro jóven concluyendo unas cartas en el aposento que habia conservado para el caso en que tuviera que concluir trabajos urjentes, cuando sintió unos lijeros pasos i el roce de un vestido de mujer.

Era Matilde.

Pero Matilde deslumbrante de belleza, i con las mejillas animadas por una grande emocion.

Daniel la miró estupefacto. Jamas habia visto una mujer mas hermosa, mas fascinadora. Matilde se habia escotado atrevidamente, i Daniel pudo contemplár contornos tan voluptuosos, como nunca se los habia imajinado. El, que solo a hurtadillas habia visto las suaves líneas del casto i pudoroso seno de Margarita, sintió que su cabeza se trastornaba al ver ante sí las desarrolladas formas de Matilde.

Si hasta entónces Daniel habia ignorado todo, aquel instante le bastó para comprenderlo todo tambien.

Temiendo que Matilde fuera sorprendida en aquel paso que tanto la comprometia, corrió a la puerta i la cerró.

Aquella noche, por primera vez desde que era casado, Daniel no pudo concluir su trabajo, i así lo hizo saber al siguiente dia a su esposa, cuando ésta llena de cuidado mandó preguntar la causa porque no se habia recojido.

Hai faltas que, a pesar del remordimiento, se cometen con la idea de sofocarlo, de hartarse, de hacer estallar el rayo que se ve suspendido sobre la cabeza. Daniel, que no conocia el imperio de un amor exaltado, que no tenia idea de una pasion volcánica, i cuyos amores con Margarita habian sido una tasa de leche, un lago sin olas, un cielo sin nubes, Daniel, repito, se sintió trastornado, ébrio, medio loco en los brazos de aquella mujer que tras una caricia daba un grito de celos, que tras una palabra de ternura lanzaba una de amenaza.

Daniel no fué a su casa al dia siguiente, tanto porque no habria podido resistir la tranquila mirada de Margarita sin caer a sus plantas i pedirla perdon, cuanto porque Matilde le habia hecho jurar que no lo haria.

Por primera vez, el jóven mintió a su esposa. Le escribió que ocupaciones urjentísimas le impedirian por algunos dias ir a su casa.

En aquellos algunos dias, el infiel esposo esperaba que un trastorno universal, que un cataclismo, le permitiría volver a su hogar; al ménos, confiaba en que su delirio i el delirio insensato de Matilde se calmaría, i entónces, no sabia él qué haría para presentarse a su esposa, ni tampoco si podría sofocar sus remordimientos; pero todo lo dejaba al acaso, en el cual esperaba como en una providencia.

Matilde habia insinuado a Daniel la idea de que huyesen; pero éste rechazó perentoriamente tal pensamiento. Entretanto, la situacion se hacia cada dia mas difícil. Daniel no tenia valor para presentarse a su esposa i Matilde lo amenazaba con un escándalo si lo hacia.

Merced a hábiles combinaciones, el padre de Matilde creia que Daniel se recojia todas las noches a su casa; pero de un momento a otro, podia sorprender la verdad.

Con el pretesto de las lecciones de dibujo, los jóvenes pasaban juntos la mayor parte del dia, i como el confiado padre habia visto que su hija, gracias a esa inocente entretencion, recobraba la salud i la alegría, estaba contentísimo de la intimidad que reinaba entre la discípula i el profesor.

Una mañana, al venir el dia, dieron fuertes golpes a la puerta de la casa de Matilde. El padre de ésta dormia en una pieza contigua al pasadizo de entrada, i se despertó con los golpes.

Cuando el portero acudió a abrir, el padre de Matilde oyó el siguiente diálogo:

- -¿ Está el señor don Daniel?
- -Nó, contestó el portero; aun no ha llegado.
- —¡Dios mio! exclamó una voz de mujer. ¿ Qué hago ahora?
- -¿Para qué lo necesitaba usted? preguntó el portero.
 - -Para decirle que la señorita ha muerto.
 - -¿ Qué señorita?

- -La esposa de él, doña Margarita.
- -; Diablo!...

El padre de Matilde saltó de la cama, llamó al portero e hizo entrar a la sirviente que venia de casa de Daniel.

- -¿ Dices que ha muerto la esposa de Daniel?
- —Sí, señor; la hemos encontrado muerta en su cama.
 - —¿I Daniel no está allá?
- --Nó, señor, me mandaron que viniese a buscarlo aquí....
- —Bien, le interrumpió el padre de Matilde; yo le anunciaré su desgracia apénas llegue. Vete, hija, i aquí lo haremos buscar; talvez ha tenido que hacer alguna dilijencia urjente.

La criada se retiró, i el buen caballero comenzó a vestirse apresuradamente.

—¡Pobre Daniel! se decia entretanto; tan poco tiempo ha que se ha casado!... ¿I a qué parte habrá ido? Voi a comunicar esta desgracia a mi hija...¡Cuánto lo va a sentir, ella que estima tanto a su profesor!... Puede ser que Daniel haya dicho a Matilde adonde tenia que ir... Eso es, ella debe saberlo: voi allá inmediatamente....

I el padre de Matilde, cubriéndose con una bata, se dirijió apresuradamente al dormitorio de su hija.....

Lo dejaremos en camino, dijo la voz de Corina, pues ha llegado el momento en que debo alejarme de vosotros.

- —¡Ya! exclamó Guillermo en estremo contrariado. ¡Al ménos, dime el descenlace de esa escena!....
- —Ese descenlace, dijo Corina, será materia de otra narracion. Tened paciencia.

Las últimas palabras llegaron débiles i apénas perceptibles a los oidos de Guillermo i el doctor, por lo que comprendieron que el espíritu de Corina se alejaba en el espácio.



la social, de la justo herta la modia, honor an que la dicitica la cello de S enjo Do ainaro, honora a una Ve

Dos historias.

—Voi a contaros, decia Guillermo al médico un cuarto de hora despues, cómo fué mi casamiento con Corina, i cuál su trájico i misterioso fin.

Hará unos tres años que en la tarde de un dia de primavera, ví por primera vez en la plaza de Armas a una jóven cuya espléndida belleza fué algo como un rayo que hirió mi corazon. Se paseaba sola o casi sola, pues no iba acompañada mas que de una aya o criada de confianza que marchaba tras de ella.

Fué tal la impresion que hizo en mí esta jóven, que la seguí paso a paso hasta la noche, hora en que se dirijió a la calle de Santo Domingo, i entró a una de las mejores casas de dicha calle.

Durante quince dias, rondé la casa con tanta constancia, que no hubo vez que ella saliera, ya a la iglesia, ya al paseo, que yo no la siguiese como su sombra.

Pregunté inútilmente à todos mis amigos si la co

nocian: expié dia i noche para ver si álguien la visitaba: indagué de unos i otros a qué familia pertenecia; pero en nada fué satisfecha mi curiosidad. Apelé entónces a una sirviente de la casa, i todo lo que obtuve fué saber que la desconocida se llamaba Corina, i que vivia enteramente sola.

Corina, vestida siempre de negro, salia todas las tardes, daba un paseo i se volvia a su casa. Mil veces, sin duda, notó la obstinacion con que yo la seguia; pero su carácter circunspecto, no me daba ánimos para osar ni aun saludarla.

Por fin, un acontecimiento inesperado vino a darme ocasion para entrar en relaciones con ella.

En una de las tardes que se paseaba en la alameda, acompañada de su sirviente, fué ésta acometida de improviso por un ataque apoplético. Corina dió una mirada de angustia a su rededor, i aunque varias personas acudieron atraidas por la novedad, nadie tuvo el interes o la advertencia que yo. Hice acercar mi coche, tomé en brazos a la sirviente, invité a Corina para que aceptara un asiento en él, i nos trasladamos a la casa. De paso hice que nos acompañara un médico, i aunque éste declaró que despues de una sangría la enferma no necesitaba de mas, yo hice llamar a otros. En la noche, el peligro habia desaparecido, i Corina me dió las gracias con efusion.

—Señorita, le dije sin poder contenerme; ya que una casualidad ha hecho que ponga los piés en esta casa que tanto anhelaba visitar, concédame usted el favor de que venga a ella cuando a usted no sea molesto recibirme.

Corina bajó los párpados i pareció meditar.

—Quiero ser enteramente franco con usted, agregué al ver su vacilacion. Para usted no debe ser desconocido el móvil que me trae, si ha notado la constancia con que la he seguido durante tanto tiempo. Si quisiera disculparme de esta impertinencia, pintaria a usted el estado de mi corazon desde que la ví; pero si me es dado con pruebas i no con palabras el hacerlo algun dia, prefiero callarme ahora i obtener de usted el consentimiento que talvez sea el principio de mi felicidad.

Sea que mi ruda franqueza le agradara, sea que los servicios prestados por mí en esa tarde la impulsasen a mostrarse condescendiente, Corina me acordó el derecho de visitarla.

Creo inútil pintaros, doctor, cuál fué mi alegría, i cuál el camino que seguimos hasta llegar a confesarnos que ambos nos amábamos. Mis palabras no podrian pintar esas horas venturosas en que, solos los dos, hablábamos de nuestro porvenir como si lo viéramos pintado ante nuestra vista deslumbrada. No sé si todas las mujeres hagan comprender el amor como me lo hizo comprender a mí Corina. ¡Cuán dulce, cuán inocente parecia en algunas ocasiones; cuán resuelta, cuán ajena a las consideraciones sociales se manifestaba en otras! I si digo ajena a las consideraciones sociales, es en el sentido de que nada le impor-

taban las apariencias o el qué dirán, cuando ella tenia su alma pura i era su vida inmaculada.

Corina era huérfana i natural de Buenos Aires. Su padre, al morir i dejarla en posesion de una regular fortuna, le habiapedido que hiciera muchas dilijencias para encontrar a un hermano que en su tierna edad habia abandonado la casa paterna i dirijídose a Chile. El cumplir con la órden de su padre i abandonar el país donde habia perdido todo lo que era caro a su corazon, la hicieron resolverse a fijar su residencia en nuestra capital......

El carácter de Corina era mas bien melancólico que alegre; de ordinario parecia atacada por un triste recuerdo, i cuando yo la interrogaba, me decia: "Nada será capaz de hacerme olvidar el amor de mi padre." No obstante, en medio de su reflexibilidad, tenia rápidos contrastes en que se manifestaba voluntariosa, enérjica, i en mas de una ocasion, apasionada. En esos momentos, sus mejillas se coloreaban, su pecho se levantaba, i su mirada se encendia. Era que el amor estallaba al verse contenido por el pudor i por una firme voluntad.

Concluiré: estos recuerdos renuevan en mi corazon las heridas, i encienden las cenizas aun no apagadas de mi amor.

Llegó el dia en que Corina me acordó su mano, i como habia sido criada i vivia en la opulencia, quise presentarle una morada digna de ella i de mi amor. Alhajé esta casa como la veis, i cuando ya estuvo preparada, la conduje al altar.

Corina, al darme el primer abrazo ese dia cuando llegamos aquí rodeados de lo mejor de la sociedad, tuvo un pequeño accidente causado por la emocion. Lloró sobre mi pecho algunas lágrimas, me hizo jurarle que la amaria siempre, i el resto del dia pasó contenta i satisfecha, en medio de la jente que habia acudido a mi invitacion.

En la noche, cuando el baile i la alegría estaba en su mayor animacion, una sirviente se acercó a ella, le habló dos palabras al oido, i le entregó un pequeño papel.

Corina lo leyó i la ví palidecer.

- —¿ Qué tienes? la pregunté.
- —Nada, me dijo. Necesito salir un momento a una pieza reservada.
 - -Te acompañaré, vamos a mi escritorio.
 - -Necesito ir sola: volveré al instante.

I como viese que yo iba a insistir, agregó:

-Talvez sea mi hermano.

Salió, i no sé porqué yo me quedé lleno de zozobra.

Pasaron como diez minutos.

Entre el ruido de la música i del baile, oí de repente un grito agudo.

Loco, desatentado, corrí en la direccion de donde habia venido; pero me equivoqué de pieza, i solo des-

pues de correr de un lado a otro, llegué a nuestro dormitorio.

Guillermo calló un instante.

Corina,-agregó con voz opaca, sombría, un tanto temblorosa,-Corina estaba en el medio de la pieza, tendida, con los vestidos en desórden i bañada en un mar de sangre. ¿Puede el lenguaje humano describir lo que se esperimenta en un instante como ese?.....

Me precipité donde ella, la rodeé con mis brazos i la llamé con los nombres mas tiernos. Corina entreabrió los párpados, i la luz que iluminaba la pieza reflejó en sus pupilas que principiaba a empañar la muerte. Entreabrió los labios para hablarme sin duda, pero las palabras espiraron en ellos... Un chorro de sangre salia de su pecho: un puñal habia junto a ella. ¿ Qué mas ví? ¿ Qué hice?... Me dicen que grité, que llamé, que durante un cuarto de hora, durante media hora, mi casa se volvió una babilonia. Seria así, yo no lo sé. Habia recibido en mis labios el último aliento de Corina, i queria depositar en los de ella el último de mi vida... Me dicen que cuando quisieron apartarme de su cadáver, me volví loco i acometí con los que trataban de hacerlo. Yo nada sé. El primer recuerdo que conservo, es el de un juez imbécil i desapiadado, que con preguntas solapadas, trataba de hacerme confesar mi crimen.

Pero ese crímen debia quedar oculto como tantos otros. Nadie pensó en toda la noche en buscar al homicida. La sirviente que habia llevado el papel a Co-

rina, no sabia otra cosa sino que un embozado le habia dicho que entregara ese papelito reservadamente a su señora. La peor prueba que habia en mi contra, era que ninguno de los que estaban en el salon habian oido el grito de Corina, i nadie se habia apercibido de mi brusca salida. El proceso, pues, tuvo que suspenderse i archivarse, miéntras yo volvia a mi casa a sufrir.

Tal es, doctor, la misteriosa historia que ha llenado de luto mi corazon, i que me ha hecho cometer los desatinos que sabeis. ¡Quiera Dios que pueda curarme de mis sufrimientos i recuperar algun dia la felicidad que perdí!

—Eso no lo dudeis, le dijo el doctor. Es bien poco lo que necesita el hombre para ser feliz. Una conciencia tranquila i bastante fe en Dios, he ahí todo. No obstante, a vuestra edad, las lágrimas que arranca el amor son mui amargas; i para corresponder vuestra confianza, voi a narraros a mi vez, a grandes pinceladas, la historia de mi vida.

Debo a Dios que me dotara de una organizacion en la cual arras tuvieron imperio las pasiones, así es que mi infanta mi juventud pasaron serenas i sin amarguras. La única pasion,—si es que así puede llamarse—la única que tuve, fué la de los libros. Leer, estudiar, nutrir mi espíritu con la ciencia, elevarlo con la contemplacion, era mi delirio i mi placer. Mis padres eran en estremo relijiosos i me educaron con todo el esmero que les prescribia su amor; mas cuando ellos

dejaron de existir, los mismos estudios a que me dedicaba fueron enfriando poco a poco mi entusiasmo hasta dejarme frio i perplejo sobre el camino que debia seguir. Hallábanse en este estado mis creencias relijiosas, cuando dí mis últimos exámenes i recibí el diploma que me autorizaba para curar. Fué entónces cuando me consideré feliz, porque me ví libre. Era dueño de mi tiempo, i podia aprovecharlo en lecturas escojidas a mi voluntad, i no dictadas por un reglamento.

Dije adios a los libros del aula para saludar con una bienvenida a los que mi esclavitud no me habia permitido hojear, i emprendí con alegría la tarea de ilustrarme. Las primeras obras que devoré, fueron las que trataban del magnetismo, i ellas me hicieron adquirir la idea de la grandeza de esta ciencia i de lo injustos que han sido algunos hombres al desdeñarla. Efectivamente: como se la ha desdeñado por creerla ficciones de cerebros enfermos, permanece hasta hoi en ciernes, i todos los tratados que hai sobre ella solo son rudimentarios. Despues de esto, leí todo lo que llegó a mis manos, bueno i malo, pero mas malo que bueno por la dificultad que hai en Chile para que entren los libros que llaman prohibidos, i que siempre son los mejores i los que encierran mas grandes verdades.

Pasaré ahora a mi historia mas ántima, a la que se relaciona con el corazon.

Yo, desde el principio, fuí un pésimo médico. Si el enfermo para que me llamaban tenia uno de esos males que la ciencia no cura, lo decia en el acto. En muchas ocasiones buscaba las causas de la enfermedad en el alma, i me señalaron con el nombre de curioso e imprudente: si no habia para qué tomar el pulso, ni hacer sacar la lengua, ni examinar los párpados, etc, etc, no lo hacia, i me llamaron ignorante i poco investigador; por fin, no me sometí jamas a ese poco de farsa, a ese poco de hipocresía, a ese poco de astucia que se necesita en el mundo para progresar. De aquí resultó que no tuve ni nombre, ni dinero, i muchas veces ni enfermos que curar; pero lo que acabó de perderme ante la sociedad, fué que hice algunas curaciones por medio del magnetismo. Entre la jente del pueblo, que eran los que mas acudian a mí, me llamaron brujo, i entre la aristocracia, loco i visionario.

Yo me reia entretanto de eso. Fortuna, no la necesitaba nombre o fama, no la ambicionaba. Me bastaban mis libros, i felizmente el pequeño patrimonio de mis padres me habia asegurado esa felicidad para muchos años.

En estas circunstancias, fuí llamado un dia a la cassa de un caballero opulento.

-Señor, me dijo: ántes que veais a la enferma para que os he llamado, voi a confesaros la verdad. Todos los médicos de Santiago i de Valparaiso han visto a mi hija, i todos la han desahuciado. Vos sois el último a quien he llamado, i como tal, sois mi última esperanza. Vedla, i si la sanais, os juro daros la mitad de mi fortuna,

- —Me bastará, le dije, la satisfacion de devolver a un padre amante, la hija que teme perder.
 - -Venid, me dijo con cierta escitacion.

Entramos a una pieza enteramente cerrada i donde se habia impedido la entrada al aire, so pretesto de que no constipase a la enferma. Era ésta una jóven como de veinte años, cuya vida en realidad estaba ya casi extinguida por una de esas calenturas voraces que precipitan en poco tiempo a la tumba. El estado era desconsolador, pero por un arranque involuntario, por una especie de entusiasmo que me asaltó en un instante, esclamé:

- -Esta jóven no morirá: la sanaré yo.
- —¿ Es posible? me dijo el padre trasportado de alegría. Hacedlo, doctor, i ya os he dicho que la mitad de mi fortuna es vuestra!

Mi primera receta fué hacer abrir un tanto las puertas i las ventanas: la segunda descargar el lecho de una multitud de cobertores que ahogaban a la enferma; i la tercera, por aquella noche, suspender toda droga, todo medicamento.

Al dia siguiente me instalé en la casa i dí principio a la curacion. Administrábale sencillas pociones, i tres veces al dia ordenaba que me dejasen solo, i apelaba al magnetismo. Era esa la verdadera i poderosa curacion que yo hacia a la enferma; fué dándole mi salud, dándole mi cuerpo, dándole el poder i la enerjía de mi alma, como poco a poco fuí levantándola de la tumba que ya se abria para ella. La medicina por medio del

magnetismo, tiene algo de grandioso, algo de sublime, algo que nos acerca a Ese que dijo fiat i todo fué hecho. Efectivamente, curar un dolor, comunicar vida a un ser que muere, nada mas que con nuestra fe, nada mas que con el imperio de nuestro deseo i de nuestra voluntad, ordenar al mismo paciente que vea i examine su mal i nos diga lo que hemos de hacer para aliviarlo, todo eso, amigo mio, es algo tan grande i difícil, que por lo mismo se tiene por imposible.

Para no prolongar minarracion, os diré que a los seis meses, Lucia-tal era el nombre de la jóven,-estaba completamente sana. ¿Os describiré su fisonomía? os daré una idea de su carácter dulce i anjelical? -Seria inútil, i bastará que os diga que a los seis meses yo la amaba con todo mi corazon, i ella con toda su alma. ¿I cómo no amarnos? Ella tenia en sí algo mio: la vida que la alentaba era talvez una parte de la mia, pues siempre despues de cada curacion ella se encontraba mas restablecida i yo me sentia un tanto débil i extenuado. A mas, yo habia velado su convalescencia, era mi brazo el que le servia de apoyo cuando abandonó el lecho, era mi voz la que ella se habia acostumbrado a obedecer como el dócil perrillo la de su amo, era mi deseo el que la hacia esconder sus brillantes pupilas bajo los párpados cuando el insomnio la desvelaba; en una palabra, su existencia i mi existencia se habian confundido en una sola; nuestras almas se habian hecho jemelas; nuestros corazones latian dulce i tranquilamente en nuestros pechos, pero impulsados por una sola voluntad, movidos por una sola causa.

Ya os he dicho que jamas tuve imperiosas pasiones, i aun en esto fuimos iguales con Lucia.

A causa de esto, nos amamos durante dos años como se aman los niños, casi sin decírnoslo, casi sin comprenderlo. Ella era mia enteramente mia: yo era de ella, enteramente de ella. Pero eran solo nuestras almas las que estaban unidas, i las que habrian permanecido así talvez eternamente, si un suceso no hubiese venido a turbar nuestra felicidad.

El padre de Lucia contrajo segundas nupcias con una señora, viuda tambien i con hijas.

Principió a sufrir; nuestras entrevistas comenzaron a hacerse difíciles; i el recien casado, teniendo ótro ser a quien amar, descuidó el amor de su hija. En fin, de todas estas cosas, nació la idea de casarnos. Solo entónces, i por un momento, pensé con dolor que era pobre; pero casi al mismo instante me consolé recordando el carácter de la mujer con quien iba a compartir mi pobre hogar. Lucia no necesitaba riquezas: sentada un en banco de madera, con la cabeza apoyada en mi hombro miéntras yo le leia, habria sido la mujer mas feliz.

Convencido de esto, me aboqué con el dueño de casa para pedirle la mano de su hija. Me escuchó en silencio, i cuando concluí, tomó un lapiz, formó algunos números sobre el papel, i me contestó al fin:

—Caballero, el precio que poneis a la curacion de mi hija, es demasiado. Yo os prometí la mitad de mi fortuna si la sanábais, i como siempre he cumplidocon mi palabra, voi a daros lo prometido. Ascenderá a unos cincuenta mil pesos mal contados.

Al oir aquel insulto que no merecia, me paré, i conteniéndome, le dije:

- -¿Porqué me ofendeis, caballero?
- -¿Es ofenderos el querer yo cumplir un compromiso?
- —Sabeis, le contesté, que siempre he rehusado toda remuneracion.
- —Talvez porque pensabais obtener la que ahora me pedís.
 - -; Os juro!....
- —Mirad, jóven, me interrumpió con una calma glacial. Oidme un momento i os convencereis, si no ahora, mas tarde, cuando haya madurado vuestra razon. Lo primero que debemos respetar en la vida, son las conveniencias sociales, i es por ellas que os niego la mano de mi hija.....
- —¿ Acaso porque soi pobre? le interrumpí. Si es por eso, decidlo i trabajaré, i ántes de dos años, de uno talvez, seré mas rico que vos, haciéndome cruel con los pobres, i.....
- —No es eso, me interrumpió él a su vez con su calma glacial; i ya que quereis que os lo diga, lo haré. Sabed, amigo mio, que en la sociedad se os tiene porun.....
 - -Por un loco! concluí yo.

Eso es; i por mas que yo he querido defenderos diciendo que sois un sabio i probándolo con la sorprendente curacion de mi hija, todos prefieren creer que es efecto de la casualidad. Vos comprendereis cuál seria el ridículo que caeria no solo sobre mí sino sobre la noble i aristocrática familia a que últimamente me he unido, si os concediera la mano de mi hija. Así, jóven, olvidad ese amorcillo, i como sois jóven aun, lo conseguireis pronto. I si quereis seguir un buen consejo que os da una persona que tiene esperiencia, abandonad esas curaciones por el magnetismo i algunas otras rarezas que hai en vuestro carácter, i como teneis talento, aunque un poco viciado es verdad, yo os predigo que medrareis.

Yo nunca he sido orgulloso, agregó el doctor; i aunque el hacer lo que hice, puede tomarse por falta de dignidad, todo lo que diré en mi descargo, es que amaba con toda mi alma a Lucía.

— Señor, le dije; pensad os lo ruego, en lo que haceis. Vuestra hija me ama tanto como yo la amo, i quitármela es quitarnos la vida a ella i a mí. A mas, vos no podeis hacer eso: ella es mia, la vida que vos la dísteis se extinguia cuando la pusísteis en mis manos, i la que ahora tiene es obra mia i de Dios. ¿Dónde está el amor que ántes la teníais? ¿Porqué quereis matarla cuando será tan feliz a mi lado? ¿Temeis acaso que yo no la ame lo bastante? ¿Creeis que sea vuestro dinero el que busco cuando pido su mano? ¡Ah! no lo penseis: nada quiero sino a ella sola! Dád-

mela, os lo suplico de rodillas, i os juro por mi alma, por mi honor, que la haré hasta tal estremo dichosa, hasta tal estremo feliz, que vos, vos su padre que decis que la amais, llegareis a envidiar su ventura!.....

El doctor se interrumpió un momento i lanzó un suspiro. Luego agregó:

—Las últimas palabras, las pronuncié efectivamente de rodillas, miéntras él se ocupaba de escribir con rapidez en un papel.

Cuando concluyó me dijo:

—No perdamos el tiempo, jóven. Lo que os he dicho, era ya una cosa acordada, pues mi esposa i yo habíamos conocido vuestro amor. Tomad, leed esto i ved si os conforma.

Me levanté, tomé el papel con mano convulsa i leí:

"Pagaré a la vista, i a la órden del doctor Simon Bertrand, la cantidad de cincuenta mil pesos.....

No leí mas, desgarré el papel en mil pedazos, i arrojándole a la cara los fragmentos, le dije:

—¡Eres un miserable i un asesino!.....

Tomé mi sombrero i salí dejando en la casa mi corazon.

Aquí el doctor hizo una nueva pausa, como si aquellos recuerdos, salvando los años, vinieran aun a conmover las mas delicadas fibras de sus sentimientos.

—Bendita sea la Providencia, dijo un instante despues, que nos ha dado en la juventud un vigor capaz para resistir los mas rudos golpes del destino. Si no hubiese sido por esa fuerza, yo habria muerto, o habria ido a la casa de locos. Pero gracias a Dios, no sucedió así. Pasado el empuje del primer dolor, creí que nadie tenia derecho para quitarme a Lucía i resolví robar lo que no se me queria dar. Gracias a la distraccion en que los nuevos amores tenian al padre de Lucía, nos fué sumamente fácil vernos, i nuestras sensaciones hasta entónces dormidas, se despertaron al contacto del misterio i de la mayor intimidad que debia reinar en nuestras entrevistas. Permitidme que apele a una comparacion demasiado atrevida talvez, para daros una idea de nuestro amor. Si entre los ánjeles hai uniones allá, en ese que llamamos cielo, creedme, no serán mas puras que lo fué la mia con Lucía Fué la tolerancia, la permision silenciosa, la aquiescencia mútua de dos almas que uniéndose por sus vínculos corporales obedecian las sábias leyes del Creador. Nada de trasportes, porque no obraban los sentidos; nada de impureza porque nuestro primer beso fué tan limpio i suave como el que dá la brisa a su hermana la aurora!... Ya lo veis, amigo mio; mi voz no se altera al contacto de esos recuerdos; i si pudiérais ver mi corazon, veríais elevarse de él algo como un perfume de castidad. Permitidme que recuerde i me detenga un momento en esos dulces instantes de mi vida. El hombre que siente resonar una dulce melodía al contacto de un recuerdo de amor, sabe lo que es ser feliz; por el contrario, el que solo siente una sensacion, ignora lo que es felicidad.

Muchas noches fuimos tan dichosos, que nada te-

níamos que desear. Lucía vivia en un segundo piso, con balcones que daban vista a un estenso i hermoso jardin.

Ahí, a la media noche, solos los dos, apoyados el uno en el otro, contemplábamos el firmamento, hablando de la grandeza de la creacion. Ahí, señalando una estrella que titilaba, nos decíamos: «¿ Cuándo estaremos allá, o cuándo veremos la belleza de ese cielo sin fin?» Otras veces, siguiendo el curso silencioso de la luna, cuya pálida luz se recreaba en la frente de mi amada, nos decíamos: «¡ Quién viajara como ella!»...

Al fin, no prolongaré mi corta historia con estos dulces recuerdos, i llegaré al dia en que ella me anunció que era madre, i en que su estado fué conocido por el orgulloso padre.

Aquel dia bebimos el primer sorbo de hiel: Lucía fué encerrada en su pieza, i pasó un mes sin que nos viéramos. Sus lágrimas, al fin, ablandaron el corazon de una sirviente que con mucho sijilo me introdujo en la casa. Aquel mes de sufrimiento, en que yo varias veces habia querido hablar con el padre de Lucía i otras tantas se habia negado a recibirme; aquel mes, repito, en que yo habia pedido a Dios, ya con lágrimas, ya con reproches que me concediera el amor de mi Lucía, aquel mes habia cambiado de tal modo mi carácter tranquilo, que solo fué con lágrimas de sangre, con amenanzas al destino, como pude estrechar el talle que encerraba el fruto de mi inmenso amor.

Lucía me habló de Dios, de su bondad infinita,

del premio que nos daria en la otra vida por la felicidad que nos quitaba en esta; me habló como puede hablar un ánjel para consolar a un mortal. Pero yo no me hallaba en estado de aceptar esas reflexiones, i fué entónces cuando airado exclamé:

-; Si hai Dios, es un Dios injusto!...

Aquella debia ser la última vez que nos viéramos con Lucia.

En la mañana, un oficial de policía se presentó en mi casa intimándome la órden de seguirlo.

Obedecí i fuí llevado a la presencia de un juez.

Todo lo habia arreglado misteriosamente el padre de mi amada Lucía para castigarme. Del único modo que habria conjurado el castigo, habria sido negándolo todo. Pero era posible cometer esa blasfemia? Confesé todo, enteramente todo, i ahí, delante del mismo juez, hincado de rodillas, pedí nuevamente al airado padre la mano de su hija. No quiso concedérmela, porque lo que él deseaba era vengarse. Todo el amor que tenia ántes a su hija, se habia convertido en odio. El juez, apiadado de mi dolor, interpuso su influencia, pero él exijió que se cumpliera la lei. Por el afecto que habia inspirado mi infortunio, el juez solo me condenó a diez años de destierro, que debia principiarlos a cumplir doce horas despues.

Salí de la capital sin poder hablar ni escribir cuatro letras a Lucía.

Tres años mas tarde, recibí una carta sin firma, pero por la letra conocí que era del padre de Lucia. Decia así:

"Participo a usted que hacen seis meses que murió Lucia, i que su hija, que habia sido bautizada en San Isidro bajo el nombre de Elena Faez, para salvar el honor de la familia, ha dejado tambien de existir hacen ocho dias. Acompaño a usted las fees que acreditan tanto su nacimiento como su defuncion. Todo vínculo con el pasado, queda pues roto entre nosotros, i confío en el honor que usted dice tener, para que esto quede sepultado en un silencio profundo."

Este golpe me habria abatido, continuó el doctor, si ya en esa época no hubiera principiado a elevar mi corazon a Dios.

Ya que no me era dado tener a mi esposa, confiaba al ménos que algun dia tendria cerca de mí a mi hija; pero ya que no era así, dije con Job: "Dios me la dió, Dios me la quitó; cúmplase su santísima voluntad."

Algun tiempo despues, se suspendió mi destierro i volví resuelto a emplear mi vida en aliviar el infortunio de mis hermanos. No podia haber escojido nada mejor: a cada lágrima que he enjugado, a cada suspiro que he ahorrado, he creido recibir una bendicion del cielo.

El doctor i Guillermo continuaron largo rato aun hablando sobre lo insignificante de la vida comparada con la eternidad, i haciendo algunas observaciones sobre la reencarnacion del espíritu.

El médico, siempre inclinado a la meditacion, comparó esta doctrina con la creencia contraria i le fué fácil deducir mil razones convicentes que la apoyaban, sobre todo en aquellas que conciliaban los atributos de Dios.

—Aun suponiendo que la reencarnacion no existiese, concluyó por decir, debemos por lo ménos aceptarla como un símbolo de la escala que nuestro espíritu debe recorrer para llegar a Dios. No seria posible que creados para vivir una eternidad, fuera el cortísimo tiempo que pasamos en la tierra, el que decidiera nuestro porvenir.

Desde aquella noche, la amistad del doctor i de Guillermo se hizo estrechísima.

El jóven visitaba diariamente la casa de aquel, i cada dia el afecto que le acercaba a Elena se hacia mas insinuante i poderoso.

El candor i la belleza de esa niña tan pura como una paloma, hacia tal efecto en el corazon de Guillermo, que mil veces le acaeció quedarse largo rato contemplándola como arrobado miéntras el doctor le hablaba, ya de moral, ya de la utilidad de instruirse en las ciencias para descubrir la verdad. Cuando esto era notado por el médico, se sonreia al ver que sus discursos eran perdidos, i cambiaba de tema. Hablábales del hogar, del amor de los hijos, del orgullo de verse reproducido, i entónces sí que Guillermo i Elena le escuchaban con entusiasmo. Porque Elena, debemos confesarlo, tambien se distraia en algunas ocasiones.

De este modo pasaron como dos meses, i durante

este tiempo, el espíritu de Corina habló varias veces a Guillermo.

Estas comunicaciones se redujeron a instruir al jóven en principios filosóficos i morales, i a hacerle conocer la grandeza de Dios i de la eternidad.

Hé aquí en resúmen algunas de estas enseñanzas:

- No creais inútil la vida, pues no es otra cosa que el medio de conquistarnos por nosotros mismos la eterna felicidad. El que hereda una fortuna, no goza tanto con ella como el que la ha ganado con su trabajo.
- —El castigo es proporcionado à la culpa: el rico avaro será mas tarde un Lázaro el sensual purgará su pecado con la continencia. Recordad siempre esta lei sublime: «El que a cuchillo matare, a cuchillo morirá.»
- -El premio i el castigo principian desde la vida corporal, i lo forman el remordimiento o la satisfaccion interior, que durarán tanto mas, cuanto sea el bien o el mal que se haya hecho.
- —Elevad siempre vuestro corazon a Dios, i esa piedad os hará ser caritativos con vuestros hermanos i enérjicos para vencer vuestras malas inclinaciones.
- —¿ Me preguntais qué es pecado, si os apartais del catálogo que ha formado el catolicismo? Que os responda vuestra conciencia: siempre que ella os advierta, es porque lo que haceis está en pugna con la virtud. Hai despues de esto otras consideraciones: evitar el escándalo. Lo que para vuestras creencias o vues-

tra razon no es malo, para todo un pueblo o gran número de personas puede serlo; entónces, estais obligado a obrar de manera que no los escandaliceis. No creais que esto sea hipocresía si no os guia otro móvil que el respeto de las creencias ajenas.

- —Buscad a Dios en las adversidades, pues ellas son la escala que os conduce al lugar que habeis llamado cielo.
- —La caridad es para el perfeccionamiento, lo que es el báculo para la ancianidad i la brújula para el navegante. No lo olvideis jamas.

Serian muchas las máximas que podriamos copiar, pero nos limitamos a las enunciadas para dar cabida a otras comunicaciones de mayor interes.

nacangaño.

Pasaron seis meses, i Guillermo durante este tiempo, habia podido apreciar cuánto valia Elena. La amaba tierna, profundamente; i el hacerla su esposa, era una esperanza tan dulce i agradable a su corazon, que al solo pensarlo se sentia feliz.

Una idea lo atormentaba casi como un remordimiento. ¿Podria unirse a otra mujer cuando Corina, o el espíritu de Corina estaba siempre cerca de él? A mas, Guillermo habia llegado a temer las comunicaciones de su esposa i mil veces se hacia esta pregunta: ¿Cómo es que Corina, que penetra mis mas ocultos pensamientos, no ha conocido el amor que ocupa mi corazon? I si lo ha conocido, ¿cómo es que jamas me habla de él?

Deseoso el jóven de salir de dudas i de saber a qué debia aténerse, resolvió un dia hablar de ello a Corina.

La primera ocasion que ésta se dejó oir de él quiso en efecto tratar la cuestion; pero Corina no le dió lugar para hacerlo, pues le dijo: -Es ya tiempo, mi amigo mui estimado, que sepas el desenlace de la historia que dejé interrumpida en vez pasada.

Como te dije, el padre de Matilde se dirijió a la pieza de ésta para darle parte de la desgracia de Daniel e indagar de ella si sabia su paradero.

El dormitorio de Matilde estaba herméricamente cerrado, i el bueno i confiado padre tuvo que esperar algunos momentos ántes que su hija viniera a abrir.

Por fin, apareció Matilde cubierta a medias con un valioso chal, i cualquiera otro habria notado la inquietud i zozobra que revelaba en su semblante. Con los pies, los brazos, el cuello i parte de su pecho descubiertos, con el largo pelo destrenzado, con la mirada medio adormecida aun por voluptuosas emociones, Matilde recibió a su padre preguntándole:

- -¿ Qué sucede?
- —Una desgracia, hija; pero abrígate en tu cama: tu salud está mala i te has levantado mui desabrigada.

Matilde obedeció al instante i su padre la dijo:

-- Sabes dónde estará Daniel?

Matilde se turbó i solo despues de hacer un poderoso esfuerzo pudo decir:

- -¿Yo?...¡Absolutamente!
- —Pues el caso es que a Daniel le ha sobrevenido una gran desgracia, dijo el anciano.
- —¡Ah! esclamó Matilde poniéndose mas blanca que las sábanas con que cubria en aquel instante su seno.

—Anoche, continuó el padre de la jóven, ha muerto de repente la esposa de Daniel.

Matilde sofocó un grito; i casi al mismo tiempo las puertas de un ropero que habia en un ángulo de la pieza se abrieron de par en par.

El anciano se quedó yerto, i Matilde se movió ménos que si fuera de piedra.

Daniel, medio vestido, pálido, con el cabello herizado, salió del ropero con los ojos estraviados, i dirijiendose al anciano casi de un salto, le preguntó:

-¿ Dice usted que Margarita ha muerto?

-Sí, balbuceó él maquinalmente, sin saber ni poder apreciar aun aquella estraña situacion.

Daniel, sin sombrero, en mangas de camisa, salió a la calle como un loco,

Pasaron como cinco minutos, i al fin el anciano pudo comprender la verdad. Lívido, con el corazon hecho pedazos, con la mente estraviada ante aquel golpe terrible que le arrebataba su honor hasta entónces inmaculado, con todo el dolor que un padre amante puede sentir al ver degradada a la hija que adora; sintiendo que las sienes le martilleaban, que la sangre se agolpaba impetuosa a su cerebro i su corazon, se levantó terrible i airado, i acercándose a Matilde, la tomó convulsivamente de un hombro, i mirándola, i estremeciéndola con furor, le gritó:

—¿ Qué has hecho?... Habla!...; Qué has hecho?... Matilde saltó de la cama aterrorizada i huyó a una

pieza inmediata.

El anciano se oprimió la cabeza, anduvo dos o tres pasos como un autómata murmurando:

— Mi hija!!... Daniel!!!... Esto es horrible.......
I al decir esto, cayó desplomado.

Miéntras tanto, Daniel habia llegado a su casa, i precipitándose al cuarto de su esposa, pudo ver a ésta que, tendida en una mesa, se hallaba rodeada de tres o cuatro caballeros completamente vestidos de negro.

Al acercarse, arrojó un grito i cayó de espaldas.

Los caballeros que rodeaban a Margarita, eran médicos que se ocupaban de hacer la autopsia del cadáver de aquella.

Tal espectáculo, como lo comprenderás, era horrible para un marido que, si bien es cierto que habia sido infiel a Margarita, fascinado por la belleza i el amor de Matilde, tambien lo es que no habia dejado de amar intensamente a la casta i virtuosa esposa.

Las consecuencias fueron terribles.

Daniel perdió la razon.

El padre de Matilde murió de un ataque de apoplejía.

Los médicos declararon que Margarita habia sido envenenada con estricnocromina.

- -¿I Matilde? qué fué de Matilde? preguntó Guillermo al ver que Corina cesaba de hablar.
- -Matilde, replicó aquella, viéndose sola i confundida por los remordimientos, reunió algun dinero i

abandonó el país para establecerse en Santiago, donde tú la conocistes con el nombre de Corina.

Guillermo se levantó de un salto,

- -¿ Es posible? preguntó en el colmo de la admiracion.
- —¿Tú, tú que parecias tan pura e inocente eras esa infame mujer?
- —Sí, yo era Matilde. Pero oye la conclusion de mi historia. Aunque tomé muchas precauciones para que no fuera notada mi desaparicion, no faltó quien diera noticias a Daniel (que recobró el juicio algun tiempo despues) del lugar a que yo me habia dirijido. Resuelto a vengar la muerte de su esposa al saber que habia sido envenenada con unos dulces que a nombre de él, habian llevado a la casa, vino en mi perseguimiento i durante muchos meses me buscó en vano por todas partes, hasta el dia en que salíamos del templo: despues de haber recibido la bendicion que nos unia a tí i a mí para siemore.

Daniel no me perdió de vista i en la noche me hizo llamar a una pieza aparte como ya sabes.

Estaba completamente embozado i cuando entré no pude conocerlo.

—¡Ha llegado el momento, me dijo cerrándome el paso, de que pagues tus crímenes!

I al decir esto, se descubrió, se acercó a mí, i tomándome de un brazo, agregó:

-¿ Me conoces? Soi tu amante que llego a vengar

la muerte de mi esposa! Eres una infame envenenadora i vas a morir!

Sacó al decir esto un puñal i lo levantó sobre mi cabeza. Cerré los ojos, i yerta de terror, no pude hablar, ni una palabra, hasta que sentí una hoja helada que rasgando mis carnes, me heria en el corazon.

- —¿I eras tú, efectivamente, la que habias envenenado a la esposa de Daniel? preguntó Guillermo.
- —Sí, yo fuí, contestó Corina, quien mandó a Margarita, a nombre de Daniel, un dulce envenenado.

Guillermo se estremeció al considerar la clase de mujer que habia tenido por esposa durante unas pocas horas.

—Ya ves, dijo ella con un metal de voz que revelaba cierta tristeza; ya ves que no era un ánjel, i que tu constancia en recordarme no la merecia. Sin embargo, te diré que al unirme a tí pensaba que podria haçerte dichoso, como creia que tú me ibas hacer a mí. Pero mi crímen no podia quedar impune, i la feliz i tranquila vida del hogar, no se habia hecho para mí...

Guillermo vió llegar la ocasion de hablar a Corina sobre su proyecto.

- —En qué estado, le preguntó, podrá el hombre advquirir mas mérito para su perfeccionamiento: ¿ en el de celibato o en el de padre de familia?
- --En el último, contestó Corina terminantemente i con gran satisfaccion para Guillermo. Sin embargo, agregó aquella, el hombre que sacrifica la felicidad

31

del hogar al deseo de ser mas libre para servir a sus semejantes, hallará un inmenso galardon. Mui pocos son los que pueden ser movidos por este noble impulso. Jesus es el modelo sublime de esa abnegacion, i todo el que no la sienta en sí, debe preferir el matrimonio como mas seguro.

-¿ Qué estado me aconsejas a mí?

-Vamos, mi Guillermo, le dijo Corina; habla con franqueza i descúbreme tu secreto. Pero es inútil, pues lo sé tan bien como tú. ¿Has creido, mi pobre Guillermo, que yo tenga celos de tus amores terrenales? Los celos son inherentes a las pasiones humanas i no alcanzan al alma. Por el contrario, he visto desarrollarse tu amor a Elena, i cada vez que habeis estado el uno cerca del otro, yo os he unido, os he unificado haciendo que tu alma envie a esa otra alma una parte de sí. Ama, Guillermo, a esa jóven: ámala con todo tu corazon, pues si nosotros pudiéramos tener envidia i no supiéramos que algun dia llegaremos al mismo grado de perfeccion, yo envidiaria el alma de Elena. La paz que ves en su mirada, la dulzura que encuentras en su sonrisa, es la paz i la dulzura que tiene en el corazon. Elena será una esposa incomparable i una madre ejemplar, si tú no caes en su camino como el tronco que tapa de improviso el manso curso de un arroyuelo. Así, no pienses mas en mí para amarla, i trata de unirte pronto a ella.

Corina cesó de hablar, i Guillermo, contento con

esta autorizacion, no tuvo ya temor alguno para dedicarse al amor de Elena.

Algunos dias despues, comunicó sus intenciones al doctor, el cuál las manifestó a Elena, quien aceptó al jóven desde ese dia como a su prometido.

Feliz Guillermo con la idea de su próximo enlace, trató de ocuparse de los preparativos.

Las comunicaciones de Corina, el ejemplo del doctor, i mas que todo, la sencillez, la modestia de Elena, habian cambiado tanto el corazon del jóven, que léjos de pensar en el fausto con que en otras circunstancias habria querido rodearla, solo buscaba todo aquello que pudiera alhagar sus humildes aspiraciones. Así, jamas pensó en llevarla a la casa en que habitó Corina; i exajerado en todos sus afectos i determinaciones, vendió aquella con el objeto de adquirir otra mas pequeña, mas alegre, mas llena de luz i de flores.

No le fué difícil encontrar una a medida de sus deseos, en la cual habia dos piezas para el doctor, una para la vieja Marta, i las necesarias para ellos.

Debemos confesar que Guillermo, merced a las mismas circunstancias que lo hacian obrar de esta manera, no tenia mayor placer que cuando podia ejercitar la caridad; sin embargo, exajerado en todo como ya lo hemos dicho, el doctor se veia en la necesidad de contenerlo.

Reconciliacion.

Desvanecidos por Corina los últimos escrúpulos que hacian retardar a Guillermo el dia de su enlace con Elena, los preparativos se terminaron en pocos dias i se fijó un sábado en la noche para la ceremonia.

La fiesta debia ser tan modesta como la desposada, i ningun amigo ni amiga debia profanar la pureza de aquellos amores con las ordinarias chanzas que en tales casos se acostumbra dirijir a los novios.

Llegada la noche del sábado, Elena, el doctor, Guillermo, i dos o tres personas bastante respetables, esperaban al sacerdote en un pequeño gracioso i sencillamente amueblado salon.

Elena vestia de blanco i una corona de azahares rodeaba su cabeza. Jamas la fragante flor del limonero habia sido un símbolo mas perfecto de la pureza, pues Elena era la vírjen inmaculada que no habia manchado su ser ni con un pensamiento innoble. Llegaba al tálamo nupcial mas blanca que la nieve i la espuma, del mar, i su corazon de niño sonreia con la

sencillez de la inocencia i con la tranquilidad de la virtud.

Guillermo i el doctor la contemplaban extasiados. Marta, vestida con su basquiña de los domingos, asomaba la cabeza de cuando en cuando por la puerta que estaba entreabierta, i al ver el grupo que formaban Gillermo i Elena, murmuraba:

—¡Dios me los guarde!... Si parecen un par de tortolitas!.....

En aquel instante golpearon la puerta con violen cia, i Marta corrió a abrir diciendo:

—¡No tiene malas manos el señor cura para golpear!—¿Quién es? agregó en voz alta i llegando a la puerta.

—¿ Está el señor doctor? preguntó una mujer.

Marta iba a decir que no, pero temió que la oyera el médico, i contestó con su voz mas agria i disgustada:

—Si está, pero no puede salir ahora, porque se halla mui ocupado; venga usted mañana!

-Es que la enferma está mui mala i quiere hablar con él en el acto

—Pues vaya usted a ver a otro, contestó Marta bajando la voz, pero con tal acento, que era fácil conocer los esfuerzos que hacia para contener su enojo.

Miéntras tanto, el doctor que habia salido al patio creyendo que el que llegaba era el sacerdote que debia bendecir a los jóvenes, alcanzó a oir las últimas palabras de Marta, i acercándose a ella la dijo:

- -Abre mi buena vieja, i ve quien es.
- —¡Quién ha de ser pues! refunfuñó Marta. De seguro que alguna conveniencia!

I al decir esto con tono irónico, abrió la puerta i dijo al doctor:

- —¡Vaya! ahí la tiene usted!... Puede salir abora tambien i dejar a la jente sola, i a ver si le su dir igo por ahí i despues una tiene que mortificar as v
- —¿ Qué se ofrece, hija mia? dijo el médico rle: na mujer del pueblo, sin hacer caso de los rezong by de Marta.
- —Una señora que se está muriendo, le manda llamar, porque dice que tiene urjencia de hablar con usted.
 - -¿ Está mui enferma? preguntó el doctor.
- —Mui mala, señor; es seguro que no llega a la media noche.
- —Bien, espéreme usted un momento: voi a traer mi sombrero.

El doctor volvió al salon, recomendó a Guillemo que suplicara al sacerdote le esperase algunos momentes, i salió a visitar a la enferma para que era llamado.

—¡Jesus! esclamó Marta yendo de un lado a otro. ¡Esto no se puede aguantar!... Ni ha preguntado, siquiera, a donde lo llaman!... Nó, señor; esto no puede continuar así!.....

Aun no habia corrido un cuarto de hora, cuando se presentó un sacerdote preguntando si era ahí donde lo necesitaban para bendecir un matrimonio.

-Sí, señor; aquí es, dijo Marta. Pase usted al salon donde están los señoritos, para que espere al patron.

- No está en casa? preguntó el sacerdote.

-¡Qué ha de estar, señor, cuando apénas le dicen que v enfermo pobre lo necesita, ya él se vuelve local esp

dico el patron de usted? preguntó él miéntra Uste esaban el patio.

— i señor! i qué médico! esclamó Marta con orgullo.

A ese tiempo llegaban a la puerta del salon, i Marta se anticipó a entrar.

-; Aquí está el señor curita! dijo. Vengan ustedes a recibirlo!

Guillermo se levantó en el acto, illegó a encontrar al sacerdote que habia avanzado unos cuantos pasos en el salon.

- Guillermo! esclamó éste deteniéndose admirado.
- -Yo mismo, reverendo padre Leon, dijo el jóven sonriéndose i dándole la mano.

I como el padre Clemente Leon no hallase que contestar de pronto, Guillermo agregó:

-He querido que usted bendiga mi union con esta señorita, a quien le presento ya como mi esposa.

El padre Leon que habia logrado dominarse, saludó a la jóven, luego a las demas personas, i aceptó la invitacion que le hacia Guillermo para pasar a una pieza inmediata.

—No estrañe usted, le dijo Guillermo, que yo haya querido que sea usted i no otro quien autorice mi
enlace con la mujer que amo. Usted ha sido mi director durante algunos años, i he tenido lugar de conocer su virtud. Permítame concluir, le dijo Guillermo,
al ver que el padre Leon iba a protestar de la virtud
que el jóven le atribuia; permítame concluir, i no
crea que al decirle que usted es uno de los mas virtuosos sacerdotes que conozco, trato de lisonjearle: nada
de eso, estoi íntimamente convencido de su bondad.
Para que usted me crea i conozca que hablo con franqueza, le diré que lo único que repruebo en usted, es
que se deja arrastrar por el fanatismo hácia el culto.

—En el culto que tributamos a Dios, replicó frai Clemente, no puede haber jamas fanatismo.

—Yo creo que sí, reverendo padre, dijo Guillermo. Su empeño para hacerme profesar, nacia de ahí, del deseo que usted tenia de proporcionar a su couvento los medios de ostentacion, de engrandecimiento. El propósito era laudable, su intencion magnífica, pero el resultado no habria sido como puede serlo ahora. Esa fortuna que se hubiera empleado en galas, novenas o procesiones, va a ser distribuida ahora entre los pobres, cuyas bendiciones llegarán al cielo, estoi seguro de ello, mas bien que las preces que ustedes le habrian dirijido.

El padre Leon, que era un hombre sensato i virtuoso, apoyó las ideas de Guillermo, i le dijo que aparte de los beneficios que él deseaba para la órden,

lo que mas le habia compelido a tratar de que Guillermo tomara el hábito era el temor de que los deleites del mundo le arrastrasen a un precipicio, i el creer que ahí, en el convento, estaria libre de la tentacion.

Reconciliados con las esplicaciones que mediaron entre ellos, hablaron aun largamente del porvenir que se esperaba a Guillermo, el cual concluyó diciendo:

—Usted me ayudará, reverendo padre, en mi obra. En el confesonario, en su ministerio, tendrá ocasion de conocer muchas miserias i el mejor medio de remediarlas. Desde luego, voi a poner en manos de usted unos cinco mil pesos para que socorra a los menesterosos, i siempre que haya necesidad de mí, de mi esposa o del doctor para algo, llámenos usted i acudiremos, pues no es otro nuestro deseo i nuestra mayor ambicion.

Una de las virtudes de frai Clemente era la humildad, así es que no tuvo rubor para confesar al jóven que sus propósitos eran laudables, i que se felicitaba de que hubiera seguido sús consejos.

En aquel instante, sintieron pasos en el patio, i ambos entraron al salon.

Era el doctor que llegaba.

Sin detenerse a saludar al padre, se acercó a la prometida de Guillermo i se quedó mirándola un instante. Despues, haciendo esfuerzos para no aparecer mui impresionado, la dijo:

- —; Elena!...; Elena!... ven a mis brazos, a los brazos del hombre que te dió el ser!......
 - —¡Mi padre! esclamó la jóven. ¡Usted es mi padre!
- —Sí, murmuró el anciano recibiendo en los brazos a su hija i estrechándola con efusion a su pecho; ¡sí, tú eres mi hija!!.......

Veamos cómo habia llegado a saberlo el doctor.

La enferma a quien habia ido a visitar el anciano, era Manuela, la mujer que cuidaba de Elena.

Hallábase en sus últimos momentos, i al ver al doctor le dijo:

- —Al comparacer ante el tribunal de Dios, no quiero llevar un cargo mas fuera de los muchos que pesan sobre mi conciencia, i quiero pedir a usted perdon del tiempo que le he privado de su hija.
- —¡De mi hija! esclamó el doctor. ¿De qué hija habla usted?
- —De Elena. ¿Acaso no sabe usted que Elena es su hija?
- —; Nó, buena mujer! Digame usted pronto la verdad!
- —¡Ah! murmuró Manuela. Yo creia que al ir usted a sacarla de casa era porque sabia que era su hija. Pues bien, ya que no ha sido así, voi a confesar a usted toda la verdad.

Durante mucho tiempo, ignoré, dijo la mujer, quiénes eran los padres de Elena, pues esta me fué mandada criar por un sirviente de la casa; pero un dia que

llegaba a pagarme, se acercó a mí una señorita que parecia estar mui enferma, i despues de abrazar i besar con las lágrimas en los ojos a la niña, me dijo: «¿Quiere usted hacer un servicio inmenso a una pobre madre desgraciada?—Hable, señorita, le contesté, i cualquiera cosa que sea, lo haré.—Tome usted, me dijo pasándome como unos cien pesos i algunas alhajas de oro; esto es todo lo que tengo que darle en pago del servicio que voi a solicitar de usted. Yo moriré pronto, i quiero que a la vuelta de algunos años el padre de esta criatura pueda recojerla a su lado. ¿ Ha conocido usted al médico Simon Beltran?—Sí, señorita, le contesté. - Pues bien, agregó, él es el padre de esta niña, i en la actualidad está desterrado. Cuando vuelva, presentese usted a él i le corresponderá con usura sus sacrificios.»

No tuvo tiempo de decirme otra cosa sino que guardara el mas profundo secreto, i se alejó porque en aquel instante venia álguien de la casa. Yo seguí criando a la niña, i al poco tiempo supe que la señorita enferma habia muerto. Despues, me dijeron en la casa que llevara a la niña porque la iban a mandar al campo; pero yo que le habia tomado cariño no quise deshacerme de ella, i me valí del pretesto siguiente para efectuarlo.

Cerca de mi casa habia una mujer a quien se le murió una niñita aunque de mas edad i de otro nombre que Elena. Ofrecíme para hacer las dilijencias de su entiero, i en el curato dejé el nombre i la edad de mi niña.

Como la vecina no sabia leer, no tuvo idea del cambio de nombres que yo habia hecho, i el cadáver fué enterrado como si perteneciera a Elena Faez, que tal era el apellido que llevaba la hija de usted.

Dí parte en la casa de que la niña habia muerto i me mandaron dinero para que sacara la fe de muerte, i una

corta gratificacion para mí.

De este modo sui la dueño absoluta de Elena, i aunque en ese tiempo la idea que me acariciaba era el que usted premiara con usura mis cuidados, despues cambié de opinion al ver la hermosura de la niña i saber la pobreza en que usted vivia.

—La cuidaré, me dije, hasta que un jóven rico se encargue de hacernos dichosas.

Ese jóven rico que yo habia deseado tanto tiempo, se presentó al fin i prometió hacer mi felicidad i la de Elena. Usted lo conoce, doctor: es el señor Guillermo.

Pero al dia siguiente, cuando ví a usted con él, creí que ambos se habian unido para castigar mi crímen, tuve miedo i huí.

Manuela, que habia dicho todo esto con voz apagada, concluyó pidiendo perdon al doctor i entregándole un pequeño anillo que habia pertenecido a Eloisa i en el cual estaba grabado el nombre de ésta.

-Es lo único que he podido conservar, dijo al doctor.

El médico la consoló, le suministró los únicos auxiios que requería su estado, i apesar del deseo que tenia de correr a su casa i abrazar a Elena, no se apatró de su cabecera hasta que la infeliz mujer dejó de existir. Cumplido ese deber, dió a los de la casa cuanto dinero cargaba i se dirijió a la suya diciéndose:

—¡Oh! cuán justo i misericordioso es nuestro Creador, i cuán incomprensibles i sábias sus disposiciones! Si en esa noche yo me niego a visitar al enfermo para que se me llamaba, no habria ido a la casa de Guillermo imi hija habria sido víctima de la excitacion de aquel. ¿Cuál no seria mi dolor ahora si mi inocente hija estuviese deshonrada?

I el buen anciano, haciendo éstas reflexiones, alababa a Dios con infinita gratitud.

La idea de que en aquella noche debia casarse la jóven, le desazonó un tanto, pues sabiendo ahora que era su hija, habria querido gozar por algun tiempo de su posesion absoluta. Mas, acostumbrado a sacrificar todos sus placeres i satisfacciones en obsequio de los demas,

—No importa, se dijo; sea ella completamente feliz, i eso me basta.

CONCLUSION.

Terminada la ceremonia que autorizaba i hacia legal la union de Guillermo i Elena, el padre Leon i las otras personas se retiraron deseando a los desposados una eterna felicidad.

Llegada la hora en que debian recojerse, el doctor Simon estrechó a ambos en sus brazos, los bendijo i a su vez se retiró a su aposento.

Guillermo oyó la voz de Corina que le hablaba, i dejó sola a Elena en su dormitorio.

—Escucha, le dijo aquella, i no olvides lo que voi a decirte. Entras en una vida que para muchos es un martirio i para otros una felicidad. De tí depende el que seas o no dichoso. Ama siempre a esa jóven como la amas hoi: recuerda siempre que de tí espera ella su felicidad, i que tú, como mas fuerte, estás obligado a protejerla, como mas instruido a enseñarla, como mas intelijente a dirijirla i como mas grande de espíritu a perdonarla si te ofendiere. No olvides que ella te da un corazon puro en el pasado, sin exijirte

otra cosa que el que tú conserves puro el tuyo en el porvenir. Desde hoi tus acciones no te pertenecen a tí solo: pertenecen a tu esposa i a la sociedad ahora, i a ellas i tus hijos despues. No rompas la atraccion que os une, profanando la pureza de vuestros amores: la castidad en el himeneo es el lazo que ata eternamente los corazones. No mires solo en tu esposa a la mujer: ve en ella a la madre de tus hijos i ámala con el respeto con que amarias a tu madre, con la delicadeza i ternura con que amarias a una hermana. No abuses jamas de los placeres porque estos traen el desencanto, el cansancio i el hastío.

Ahora, escucha otro consejo que creo mui conveniente que sigas.

Como te he hablado de la caridad diciéndote que es la virtud mas sublime, tú la has practicado en estos últimos tiempos de una manera que me ha complacido. Sin embargo, no exajeres jamas ni aun la virtud pues la harias dejenerar en vicio. Te he visto con el deseo de realizar tu fortuna para repartirla entre los pobres i de reducirte a la miseria para trabajar. Grande es tu idea, pero no la apruebo. ¿Tienes la seguridad de hallar en tu alma la fuerza suficiente para resistir las humillaciones, los desaires, los desdenes que sufre el pobre? ¿Tienes la seguridad de encontrar pronto ese trabajo o esa ocupacion que te dé lo necesario para mantener tu familia? A mas, pronto serás padre, ¿i sabes si tendrás hijos ciegos, sordos, mudos, que no podrán trabajar? Sabes si mas tarde

vuestra hija, viuda o abandonada por el marido, vendrá a tí cargada de familia a pedirte un pan para tus nietos? Qué harias tú al verte pobre, anciano talvez, sin tener mas que tus brazos para acojerla, sin tener mas que tus lágrimas para consolarla? No te arrepentirias de lo que quieres hacer hoi? Por otra parte, reduciéndote a la miseria, ¡qué de veces no encontrarias en tu-ida mil necesidades que no podrias socorrer! Pues bien, si quieres hacerte agradable a Dios, continúa practicando la caridad, pero no olvides las recomendaciones que voi hacerte. Conserva, i si es posible, aumenta tu fortuna i así podrás hacer el bien cuando sea necesario. Proteje a la viuda, acoje al huérfano, enjuga las lágrimas del desgraciado. Al inválido socórrelo, al desvalido atiéndelo. Al que no tenga qué comer i no pueda trabajar, dale para que coma; al que desea trabajar, dale para que trabaje para tí i para él. Funda negocios que te den ganancias para tí i para los que los administren. Sé avaro del oro para darle buen empleo, i hazte la providencia de los desgraciados. No te confies tampoco, del primero que llegue a tí, pues hai muchos que abusan de la caridad i por esto se hace tan rara enel mundo. Con un poco de penetracion podrás conocer a los que finjen a los que tratan de sorprender tu buena fe: los verás solícitos en agradarte, empeñosos en complacerte. Obsérvalos, i ve si esos halagos son propios de su carácter, o los dispensan solo a tí i no al pobre. En fin, sé caritativo pero prudente; pródigo pero desconfiado.

Ahora, mi Guillermo, oye mis últimas palabras.

Dios me ha concedido que vuelva al mundo i que anime al primer ser que tu esposa Elena conciba. Voi a ser hija tuya i de tí dependerá mi progreso. Ataca mis malas tendencias, dirije mis pasos por un sendero recto, i recuerda lo que fuí para que combatas mis malas inclinaciones. Esta será la última vez que oirás mi voz, i en poco tiempo mas me tendrás en tus brazos trastornada en un pequeñito ser que habrá olvidado todo i que llorará o gorjeará segun sean las débiles impresiones que reciba. ¡Adios, mi Guillermo; hasta que nos encontremos en el mundo de los espíritus!

—¡Oye! esclamó el jóven. Tendré mucho gusto en que tú animes el cuerpo de un hijo mio; pero preferiria tenerte siempre como ahora a mi lado para que velaras por mí i me dirijieras en la vida. Estoi tan acostumbrado a oirte, a saber que hai álguien que cuida de mí, que esperimento un vacío en el corazon al pensar que he de vivir solo.

—Te engañas, le dijo Corina. Ningun hombre está solo, pues cada uno tiene quien le inspire el bien. Ese sentimiento innato en la humanidad que lo impulsa hácia lo bueno, es la influencia de los espíritus, i lo que unos llaman conciencia, i los otros ánjel de la guarda. No depende de mí tan solo el retardar mi encarnacion. Todo obedece a una lei sabia e inmutable, i cuando llega la hora de que algo se cumpla, se cumplirá exacta i fielmente. Desde este momento, hasta en el que sea necesario que tome la carne, voi a reco-

jer mi espíritu para prepararlo a la gran prueba de una nueva existencia corporal. Así, vete, Guillermo, al lado de tu esposa para que cumplas con la lei de la reproduccion, miéntras yo pido al Eterno que el cuerpo que me destina sea dócil a mi voluntad. ¡Adios, mi Guillermo: sé bueno i serás feliz!.....

El jóven, vivamente impresionado, permaneció algunos minutos mas sin abandonar su sitio, hasta que al fin, recordando a Elena, se dirijió donde ella.

La inmaculada jóven dormia con la tranquilidad del niño, i una sonrisa dulce como un arrullo, entreabria sus lábios.

Guillermo la contempló largo rato, i blandamente, como la pequeña barquilla que corre en el agua cediendo a la atraccion de un acero imantado, inclinó la frente i rozó con sus lábios los lábios de la jóven.

4 卷

· Algunos meses despues, Guillermo i el doctor so hallaban en una pieza hablando de la conveniencia de publicar los fenómenos a que habian asistido, cuando oyeron una voz que les dijo:

—No lleveis a cabo esa idea, porque se os creeria locos, herejes i malditos por Dios. Las actuales ideas relijiosas están mui arraigadas en el corazon de los hombres, i como la ignorancia en que ahora viven no les permitiria apreciar en lo que valen éstas nuevas creencias, querrian apedrearos como a locos i visiona-

rios. Dejad que cunda la instruccion en los pueblos; que los hombres se convenzan de que la doctrina de Jesucristo se ha adulterado; dejad que lleguen las reformas impulsadas por el adelanto, i entónces publicad vuestra doctrina. Cuando ese dia llegue, esforzaos por que todos comprendan en su verdadero sentido lo que ella es, i decidles: «Nuestra bandera es la caridad, nuestra divisa es el progreso, nuestro término Dios. Existan o no existan las comunicaciones con los espíritus de ultratumba, nosotros adoraremos lo mismo, no a las imájenes, sino al Creador, a quien le elevaremos por templo las buenas intenciones del corazon. Las nuevas creencias vienen a consolidar el amor de los hombres entre sí, haciéndolos hermanos e iguales ante Dios; i cuando la humanidad entera acoja esas ideas, no habrán ni guerras, ni disenciones, pues no existirá mas que un solo deseo: el perfeccionamiento; un solo estímulo: el progreso; una sola i uniforme ambicion: el llegar pronto al lado de Dios.»

El doctor Simon habia conocido en la voz a Eloisa, a la madre de su hija Elena, i congratulado con esto, la preguntó:

- ¿ Has obtenido ya el permiso de comunicarte conmigo?
- —Sí; pero solo esta vez, a fin de que ni tú ni nadie en lo sucesivo pretenda que los espíritus hagan todo, i vosotros os dejeis estar. Es necesario que el hombre trabaje, que siga las inspiraciones de su conciencia, que serán nuestras propias inspiraciones, i que a medida

de sus facultades haga todo lo que pueda sin que nadie lo impulse o lo obligue. Mas tarde, cuando se estienda i amplifique esta doctrina, habrán muchos que impedirán su desarrollo porque harán de ella una farsa i explotarán a los creyentes de buena fe. Habrá tambien fanáticos que obrarán inocentemente el mal; así es que procurad mirar las comunicaciones con los espíritus, como una cosa secundaria. La doctrina, la doctrina que morijera las costumbres, que da esperanzas al alma, que hace grande i sublime a Dios, eso es lo principal. Adios, mi Simon; tú has llenado bien tus obligaciones, i en poco tiempo mas obtendrás el premio; i tú, jóven Guillermo, para quien la prueba principia, no olvides los consejos que te dió el espíritu que ahora anima el ser que lleva en sus entrañas tu esposa Elena.

Guillermo i el doctor no olvidaron la recomendacion de Eloisa, i escribieron su historia para legarla a la posteridad.

De los apuntes hechos por ellos, se ha escrito el presente libro, sin que toque al autor otra cosa que haberle dado la forma del romance.

NOTA DEL AUTOR.

Al estudiar el espiritismo para componer nuestra historia, encontramos dos grandes campos que recorrer: el uno árido i estéril, i el otro fértil i fecundo. Las mesas parlantes, las visiones o apariciones, i otras mil cosas estraordinarias que constituyen la parte fenomenal del espiritismo, se prestaban admirablemente para una ficcion llena de sorpresas e intrigas; miéntras que la parte doctrinal, que es la base de dichas creencias, no nos ofrecia otra cosa que lecciones severas de moral. Desde luego pensamos ocurrir al prime. ro i presentar al lector los mil fenómenos que tanto preocupan i han preocupado a los hombres mas notables en la ciencia; pero al hacerlo, tropezamos con una gran dificultad. Los verdaderos espiritistas, dan mui poca importancia a los fenómenos, i existan o no éstos, ellos lo que acatan i practican es la doctrina. Por otra parte, mostrar los fenómenos despojados de las esplicaciones que los hacen creibles, o presentarlos sin la autorizacion de los respetables testigos que los confirman, era spoyar, en cierto modo, la creencia de los que atribuyen al diablo esas maravillas. (1)

Estas razones nos han impulsado a preferir, mas la demostracion de la doctrina, que la manifestacion de los hechos, aun cuando nuestra novela careciese del interes que éstos la habrian dado. Hemos sacrificado lo agradable a lo útil, i creemos que la mayor parte de nuestros lectores participarán de nuestra opinion. Si no es así, les pedimos nos disculpen, que puede ser que llegue el dia en que las dimensiones de otra obra nos permitan presentarles ambas cosas a la vez.

(1) En las discusiones habidas entre los espiritistas i un revorendo padre jesuita, se ha manifestado claramente por aquellos que no creen en el diablo.

En prensa va la última parte de nuestra novela, hemos visto un folleto escrito por el misionero frai C. F. Benech, en que acepta la verdad de las comunicaciones con los espíritus de ultratumba; pero dice que estos son demonios. Los espiritistas, por su barte, contestan al señor Benech en otro folleto, i entre otras cosas, lo copian un trozo de la DEMOSTRACION DE LA DIVINIDAD DE LA RELIJION, escrito en esta capital por el ilustrado prebendado don Ramon Saavedra, en que acepta la comunicacion con las almas de los muertos i niega sea debida a los demonios. Esta obra aprobada por la autoridad eclesiástica de Chile, i por la Universidad para testo de la enseñanza, es el mejor i mas autorizado argumento que los espiritistas chilenos pueden haber encontrado para dar peso a su doctrina. Por nuestra parte, cumplimos con dar a conocer las diversas opiniones que hai a este respecto, que per lo que hace a nuestro modo de pensar, diremos con franqueza que al señor diablo ni le aceptamos como amigo ni le tememos como enemigo.

INDICE.

Un legado que vale millonesPAJ.	5
Una historia increible	12
Grandeza de la creacion	25
El doctor Simon	30
El indeferentismo relijioso	43
Los claustros	49
Los bienes de la 'tierra juzgados por el padre	
Leon	58
Perinde ac cadaver	63
Peligros del sacerdocio	70
Oportunidad	87
Miseria	96
Magnetismo	100
Visiones	109
Una beldad orgullosa	116
El baile	129
Cambio de morada	156
Verdades	165

ÍNDICE

Continúa la historia de Matilde i Daniel	174
Los enojos de Marta	180
Mas verdades	190
Profesor i discípula	204
Dos historias	
Desengaño	236
Reconciliacion	
Conclusion	
Nota del autor	